



NORA  
ROBERTS

Una vida juntos





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Roman DeWinter nunca había conocido el calor de un hogar... hasta que encontró el camino a la posada de la encantadora Charity Ford. Pero él estaba allí de incógnito en busca de una mente criminal y todas las pruebas la apuntaban a ella. ¿Cómo podría desentrañar toda la trama de falsificación y contrabando y, al mismo tiempo, eliminar a Charity de la lista de sospechosos?



Nora Roberts

**Una vida juntos**

A mi amiga Catherine Coulter,  
porque con ella siempre se puede reír.

## Capítulo 1

Todo lo que necesitaba estaba en la mochila que llevaba a los hombros. Incluido su 38. Si las cosas salían bien, no tendría que utilizarlo.

Roman sacó un cigarrillo de la cajetilla arrugada que llevaba en el bolsillo delantero y le dio la espalda al viento para encenderlo. Un niño de unos ocho años corrió a lo largo de la barandilla del ferry, alegremente ajeno a los gritos de su madre. Sintió una oleada de empatía por el pequeño. Desde luego, hacía frío, pero era una vista magnífica. Sentado en la sala protegida por cristales se estaría más cobijado, pero eso le quitaría algo a la experiencia.

Una mujer rubia con las mejillas rosadas y una nariz cada vez más roja sujetó al muchacho. Los oyó gruñirse mutuamente mientras ella tiraba del pequeño hacia el interior. Pensó que las familias rara vez coincidían en algo. Se apoyó en la barandilla y siguió fumando mientras el ferry atravesaba la aglomeración de islas del Estrecho de Puget.

Habían dejado atrás el horizonte de Seattle, aunque las montañas de Washington aún se elevaban altas para asombrar e impresionar al observador. Prefería la ciudad, con su ritmo, sus multitudes, su energía. Su anonimato. Siempre la había preferido. Le resultaba imposible entender de dónde había salido esa insatisfacción inquieta o por qué lo atribuía tanto.

El trabajo. Durante el último año, le había echado la culpa al trabajo. La presión era algo que siempre había aceptado, incluso buscado. Siempre había creído que la vida sin ella sería aburrida y sin sentido. Pero últimamente no había sido suficiente. Iba de un sitio a otro, llevando poco y dejando menos.

« Hora de largarse », pensó mientras veía pasar un barco pesquero. Hora de seguir adelante. « ¿Y hacer qué? ». Podía trabajar para sí mismo. En alguna ocasión ya había jugado con esa idea. Podía viajar. Ya había dado la vuelta al mundo, aunque quizá fuera diferente como turista.

Nadie le prestaba mucha atención, aunque algunas mujeres lo miraban dos veces.

Superaba un poco la altura media, con la complexión tensa y sólida de un boxeador de peso ligero. La cazadora holgada y los vaqueros gastados escondían unos músculos bien tonificados. No llevaba gorro y el tupido pelo negro volaba libremente lejos de su cara bronceada y de mejillas hundidas. Estaba sin afeitarse.

Los ojos, de un verde pálido y limpio, podrían haber suavizado la apariencia de indiferencia, pero eran intensos, directos y, en ese momento, aburridos.

Prometía ser un encargo, lento, rutinario.

Oyó el anuncio de que iban a atracar y recogió la mochila. Rutinario o no, era su trabajo. Lo ejecutaría, redactaría el informe y luego se tomaría unas semanas para descubrir qué quería hacer con el resto de su vida.

Desembarcó entre el ruido de otros pasajeros. En ese momento, una fragancia a flores dulces y silvestres competía con el olor más oscuro del agua. Las flores crecían en esplendor libre y Romántico, muchos capullos tan grandes como su puño. Una parte de él apreció el color y el encanto que ofrecían, pero rara vez se tomaba el tiempo de detenerse a olerías.

Los coches bajaron por la rampa y se dirigieron o bien a casa o bien a un día de turismo.

Sacó otro cigarrillo, lo encendió y echó un vistazo casual a su alrededor... los jardines bonitos y coloridos, los encantadores hotel y restaurante blancos, los letreros que ofrecían información sobre los ferrys y el aparcamiento. Ya todo era cuestión de sincronización. Prescindió de la cafetería con terraza, aunque le habría encantado tomar una taza de café, y enfiló hacia la zona del aparcamiento.

No tardó en ver la furgoneta, el modelo pintado de blanco y azul con el lema Whale Watch Inn en el costado. Su trabajo radicaba en conseguir entrar en el vehículo y en la posada. Si la otra parte había cuidado los detalles, sería algo rutinario. Si no, ya encontraría un modo distinto.

Demorándose, se agachó para atarse un zapato. En ese momento no quedaba más que media docena de vehículos en el aparcamiento, incluida la furgoneta. Se tomó otro momento para abrirse la cazadora cuando vio a la mujer.

Tenía el pelo recogido en una trenza, no suelto como aparecía en la foto del expediente. A la luz del sol, parecía ser de un rubio más profundo y rico. Llevaba gafas oscuras de montura grande que le ocultaban la mitad del rostro, pero sabía que no se equivocaba. Podía ver la delicada línea de la mandíbula, la nariz pequeña y recta, la boca carnosa y bonita.

La información era exacta. Medía un metro sesenta y tres, cuarenta y cinco kilos, con una complexión pequeña y atlética. Vestía de forma casual... vaqueros, jersey amplio de color crema sobre una camisa azul. Esta hacía juego con sus ojos. Los vaqueros estaban metidos en unas botas de ante que llegaban hasta los tobillos, y de sus orejas colgaban unos finos pendientes de cristal.

Caminaba con determinación, las llaves oscilando de una mano y un bolso grande de lona colgando del hombro. No había ninguna coquetería en su andar, aunque un hombre lo notaría. Pasos largos y elásticos, un contoneo sutil de las caderas, la cabeza alta, los ojos al frente.

Roman tiró el cigarrillo.

Esperó hasta que llegó a la furgoneta antes de ir tras ella.

Charity dejó de tararear el final de la Novena de Beethoven, miró la rueda delantera derecha y maldijo. Como no creía que nadie estuviera mirando, le propinó una patada, luego fue a la parte posterior de la furgoneta para sacar el gato.

—¿Tienes algún problema?

Se sobresaltó y a punto estuvo de dejar caer el gato sobre su pie; giró en redondo.

«Un cliente duro», ése fue el primer pensamiento de Charity al mirar a Roman. Tenía los ojos entrecerrados por el sol. Una mano se cerraba en torno a la correa de su mochila y la otra estaba metida en su bolsillo. Se llevó la mano al corazón, se cercióró de que aún latía y sonrió.

—Sí. Una rueda pinchada. Acabo de dejar a una familia de cuatro en el ferry, dos de cuyos miembros tenían menos de seis años y eran candidatos al reformatorio. Tengo los nervios crispados, la tubería rota en la habitación seis y mi fontanero ha ganado la lotería. ¿Y tú?

El expediente no había mencionado que tenía una voz rica y oscura, como el café con leche que se bebe en Nueva Orleans. Con la cabeza indicó la rueda.

—¿Quieres que la cambie?

Charity podría haberlo hecho, pero no era de las que rechazara ayuda cuando se la ofrecían. Además, seguro que él la cambiaría más deprisa, y tenía el aspecto de alguien a quien le irían bien los cinco dólares que pensaba darle.

—Gracias —le entregó el gato, luego sacó un caramelo de limón del bolso. La rueda se comería el tiempo que tenía destinado para el almuerzo—. ¿Acabas de llegar en el ferry?

—Sí —no era muy conversador, pero empleó la cordialidad de ella con la misma habilidad que usaba el gato—. He estado viajando un poco. Pensé en estar cierto tiempo en las Oreas, ver si logro divisar algunas ballenas.

—Has venido al lugar adecuado. Ayer vi a un grupo desde mi ventana —se apoyó en la furgoneta para disfrutar de la luz del sol. Mientras él trabajaba, le observó las manos. Fuertes, competentes, rápidas. Apreciaba que alguien pudiera ejecutar bien un trabajo sencillo—. ¿Estás de vacaciones?

—Viajando. Acepto trabajos variados aquí y allá. ¿Sabes de alguien que busque ayuda?

—Es posible —con los labios fruncidos, lo analizó mientras extraía la rueda. Se irguió y mantuvo una mano en la llanta—. ¿Qué clase de trabajo?

—Lo que sea. ¿Dónde tienes la de repuesto?

—¿De repuesto? —mirarlo a los ojos más de diez segundos era como verse hipnotizada.

—La rueda —las comisuras de los labios se alzaron en una sonrisa renuente



— Necesitas una que no esté pinchada.

—Claro. La de repuesto —movió la cabeza ante su propia tontería y fue a buscarla—. Está en la parte de atrás —giró y tropezó con él—. Lo siento.

Apoyó una mano en su brazo para estabilizarla. Permanecieron un momento bajo la luz del sol, ceñudos.

—No pasa nada. Yo la sacaré.

Cuando subió a la furgoneta, Charity soltó un suspiro prolongado. Tenía los nervios más a flor de piel de lo que habría imaginado.

—Oh, cuidado con... —hizo una mueca cuando él se puso en cuclillas y se quitó el resto de una piruleta de la rodilla. Soltó una risa espontánea—. Lo siento. Un recuerdo de la Isla Oreas de Jimmy « El Destructor» MacCarthy, un bandido de cinco años.

—Preferiría tener una camiseta.

—Sí, ¿quién no? —le quitó el caramelo pegajoso, lo envolvió en un pañuelo de papel y lo guardó en el bolso—. Somos un establecimiento familiar —explicó mientras bajaba con la rueda de repuesto—. Casi todo el mundo disfruta teniendo niños alrededor, pero de vez en cuando recibes una pareja como Jimmy y Judy, los demonios gemelos de Walla Walla, y por la cabeza se te pasa convertir el lugar en una estación de servicio. ¿Te gustan los niños?

Alzó la cabeza mientras encajaba la rueda en su sitio.

—A distancia segura.

Ella rio.

—¿De dónde eres?

—St. Louis —podría haber elegido una docena de lugares. No habría sabido explicar por qué había elegido la verdad—. Pero no voy allí a menudo.

—¿Familia?

—No.

El modo en que lo dijo hizo que ella contuviera su curiosidad innata. No quería invadir la intimidad de nadie.

—Yo nací aquí mismo, en Oreas. Cada año me digo que voy a tomarme seis meses para viajar. A cualquier parte —se encogió de hombros—. Nunca lo consigo. De todos modos, éste es un lugar hermoso. Si no te limita una fecha, puede que te descubras quedándote más tiempo del planeado.

—Es posible —se puso de pie para guardar el gato—. Si puedo encontrar trabajo y un lugar donde quedarme.

Charity no lo consideró un impulso. Lo había estudiado, evaluado y analizado durante casi quince minutos. Casi todas las entrevistas de trabajo apenas tardaban un poco más. Tenía una espalda fuerte y unos ojos inteligentes, aunque desconcertantes, y si el estado de la mochila y de los zapatos que llevaba servía para indicar algo, era evidente que la suerte no le sonreía. Tal como daba a entender su nombre, le habían enseñado a echarle una mano a la gente. Y si al

mismo tiempo con ello solucionaba uno de sus problemas más inmediatos y acuciantes...

—¿Se te dan bien las manualidades? —le preguntó.

La miró sin poder evitar que su mente se desviara.

—Sí. Bastante bien.

Las cejas de ella, junto con su tensión, subieron un poco al ver la rápida inspección a que la sometió.

—Me refiero con las herramientas. Martillo, sierra, destornillador. ¿Puedes realizar reparaciones de carpintería domésticas?

—Claro —iba a ser fácil, casi demasiado. Se preguntó por qué sentía el leve y desacostumbrado tirón de culpabilidad.

—Como ya he dicho, mi fontanero ganó mucho dinero en la lotería. Se ha ido a Hawai a estudiar biquinis y comer bajo el sol. Le desearía lo mejor, salvo por el hecho de que nos hallábamos en pleno proceso de restaurar el ala oeste de la posada —señaló el logotipo en la furgoneta—. Si se te dan bien las herramientas, puedo ofrecerte comida y alojamiento y cinco dólares la hora.

—Suena como que hemos solucionado nuestros respectivos problemas.

—Estupendo —le ofreció la mano—. Me llamo Charity Ford.

—De Winter —se la estrechó—. Roman De Winter.

—De acuerdo, Roman —abrió la puerta—. Sube a bordo.

Mientras ocupaba el asiento del pasajero, pensó que no parecía ingenua. Aunque él bien sabía, y mejor que la mayoría, que las apariencias sí engañaban. Estaba exactamente donde quería estar, y no había tenido que recurrir a ninguna estrategia. Encendió un cigarrillo cuando ella salió del aparcamiento.

—Mi abuelo construyó la posada en 1938 —dijo ella, bajando la ventanilla—. Con el paso de los años la fue agrandando, pero en realidad sigue siendo una posada. Espero que andes buscando un lugar remoto.

—Me agrada.

—A mí también. Casi siempre —con una sonrisa para sus adentros, pensó que era un tipo hablador. Aunque estaba bien, y a que ella podía hablar por los dos—. La temporada aún no ha empezado, de modo que todavía no estamos llenos —apoyó el codo en la ventanilla y con alegría se encargó del peso de la conversación—. Deberías disponer de mucho tiempo libre. La vista desde Mount Constitution es realmente espectacular. O si lo prefieres, las rutas de senderismo son magníficas.

—Pensé que podría pasar algo de tiempo en B. C.

—Eso es fácil. Toma el ferry a Sydney. Nos va bastante bien con los grupos de excursionistas.

—¿Nos?

—A la posada. El abuelo construyó media docena de cabañas en los sesenta. Ofrecemos una tarifa especial a los grupos. Pueden alquilar las cabañas con

desayuno y cena incluidos. Son un poco rústicas, pero a los turistas les encantan. Recibimos un grupo más o menos una vez por semana. Durante la temporada podemos triplicarlo.

Entró en un camino estrecho y sinuoso y mantuvo la velocidad a noventa.

Roman ya conocía las respuestas, pero sabía que podía parecer extraño que no formulara las preguntas.

—¿Tú diriges la posada?

—Sí. He trabajado allí de forma interrumpida desde que tengo memoria. Cuando mi abuelo murió hace un par de años, yo me encargué de todo —hizo una pausa. Aún dolía; suponía que siempre lo haría—. A él le encantaba. No sólo el lugar, sino la idea de conocer a personas nuevas cada día, de ayudarlas a que se sintieran cómodas, de averiguar cosas de ellas.

—Supongo que marcha bien.

—Nos arreglamos —se encogió de hombros. Giraron por un recodo donde el bosque cedía paso a una amplia extensión de agua azul. La curva de la isla se veía con claridad y resultaba un marcado contraste con su verde y marrón profundos. En las colinas de atrás, se veían unas pocas casas—. Hay vistas similares por toda la isla. Incluso cuando vives aquí, te deslumbran.

—Y el paisaje es bueno para el negocio.

Ella frunció un poco el ceño.

—No le hace daño —lo miró—. ¿De verdad estás interesado en ver ballenas?

—Parecía una buena idea ya que estaba aquí.

Detuvo la furgoneta y señaló hacia los riscos.

—Si tienes paciencia y unos buenos prismáticos, ahí arriba es una buena apuesta. Como ya he dicho, las hemos avistado desde la posada. No obstante, si quieres verlas de cerca, lo mejor es desde un bote —cuando él no dijo nada, arrancó otra vez el vehículo. Se dio cuenta de que la ponía nerviosa. No daba la impresión de mirar el agua o el bosque, sino a ella.

Roman miró las manos de ella. Fuertes, competentes, pragmáticas, aunque los dedos comenzaban a martillar con cierto nerviosismo sobre el volante. Se acercó otro coche. Sin aminorar, Charity alzó una mano en saludo.

—Ésa era Lori, una de nuestras camareras. Hace un turno temprano para poder estar en casa cuando vuelven sus hijos del colegio. Por lo general funcionamos con un personal compuesto de diez personas, a las que se suman cinco o seis más a tiempo parcial durante el verano.

Rodearon la siguiente curva y la posada apareció a la vista. Era exactamente tal como había esperado, y, al mismo tiempo, resultaba mucho más atractiva que en las fotos que le habían mostrado. Era de tablillas blancas con unos adornos azules alrededor de las ventanas arqueadas y ovaladas. Había torrecillas llamativas, paseos estrechos y un porche amplio. Una extensión de césped conducía directamente al agua, donde sobresalía un embarcadero angosto y

desvencijado. Atracado allí había una pequeña lancha motora que se mecía con suavidad en la corriente.

La rueda de un molino giraba en un estanque somero en el costado de la posada y golpeaba el agua musicalmente. Al oeste, donde los árboles comenzaban a espesarse, pudo distinguir las cabañas de las que había hablado ella. Por doquier había flores.

—En la parte de atrás hay un estanque más profundo —Charity rodeó el costado y se detuvo en un pequeño aparcamiento de gravilla que ya estaba lleno a medias—. Allí mantenemos las truchas. El sendero te lleva hasta las cabañas una, dos y tres. Luego se bifurca hasta las cuatro, cinco y seis —bajó y aguardó que él se situara a su lado—. Casi todos emplean la entrada de atrás. Si quieres, luego puedo enseñarte la propiedad, pero primero te acomodaremos.

—Es un lugar bonito —comentó casi sin pensar, y fue sincero.

Había dos mecedoras en el porche trasero y un sillón de madera que necesitaba que le repasaran la pintura blanca. Se volvió para estudiar la vista que un invitado pasaría por alto desde el asiento vacío. En parte bosque y en parte agua, era muy atractiva. Apacible. Acogedora. Pensó en la pistola que llevaba en la mochila. Volvió a pensar que las apariencias engañaban.

Charity lo observó con el ceño levemente fruncido. No parecía mirar, sino absorber. Habría jurado que si seis meses más tarde alguien le pedía que describiera la posada, sería capaz de hacerlo hasta la última paja.

Entonces se volvió hacia ella, y la sensación permaneció, más personal e intensa en ese momento.

—¿Eres artista? —preguntó ella de repente.

—No —sonrió y el cambio en su cara fue veloz y agradable—. ¿Por qué?

—Me lo preguntaba —decidió que había que tener cuidado con esa sonrisa.

Las puertas dobles de cristal se abrieron para dar a una sala grande y aireada que olía a lavanda y a humo de madera. Había dos sofás y dos sillones grandes y mullidos cerca de una enorme chimenea de piedra donde crepitaban unos leños. Por toda la sala había antigüedades. A una mesa cerca de ellos, dos mujeres jugaban una partida de Scrabble.

—¿Quién gana hoy? —preguntó Charity.

Las dos alzaron la cara y exhibieron unas sonrisas radiantes.

—Estamos parejas —la mujer de la derecha se arregló el pelo al ver a Roman. Era lo bastante mayor como para ser su abuela, pero se puso las gafas e irguió los hombros—. No sabía que pensaras traer a otro huésped, querida.

—Yo tampoco —se acercó para añadir otro tronco a la chimenea—. Roman DeWinter, la señorita Lucy y la señorita Millie.

El volvió a exhibir su sonrisa.

—Señoritas.

—DeWinter —Lucy se puso las gafas para echar un mejor vistazo—. ¿No

conocíamos a un DeWinter, Millie?

—No que yo recuerde —Millie, siempre dispuesta a coquetear, siguió sonriéndole a Roman, aunque para ella apenas era más que un borrón miope—. ¿Ha estado con anterioridad en la posada, señor DeWinter?

—No, señora. Es mi primera visita a las San Juan.

—Le espera una grata sorpresa —Millie suspiró. Se dijo que era una pena lo que hacían los años. Parecía ayer que los jóvenes atractivos le habían besado la mano e invitado a dar un paseo. En la actualidad la llamaban señora. Con melancolía, regresó al juego.

—Llevan viniendo a la posada desde antes de lo que puede recordar mi memoria —le dijo a Roman mientras lo conducía por el vestíbulo—. Son encantadoras —sacó un juego de llaves y abrió una puerta—. Por aquí se va al ala oeste —con paso vivo, avanzó por otro pasillo—. Como puedes ver, las obras estaban bien avanzadas antes de que George ganara la lotería —señaló las tablas de madera apiladas contra la pared recién pintada—. Aún no se han terminado las puertas y los accesorios originales están en esa caja.

Después de quitarse las gafas de sol, las metió en el bolso. El la miró a los ojos mientras Charity examinaba la obra de George.

—¿Cuántas habitaciones hay?

—En este ala hay dos individuales, una doble y una suite familiar, todas en diversas fases de desorden —rodeó una puerta apoyada contra una pared y entró en una habitación—. Puedes ocupar ésta. Es la más próxima a estar terminada en esta sección.

Era una habitación pequeña y luminosa. Tenía la ventana con un cristal tintado y daba a la rueda de molino. La cama estaba desnuda y el suelo necesitado de pulir. Un papel evidentemente nuevo cubría todas las paredes desde el techo hasta un carril de madera. Debajo se veía simple escayola.

—Ahora no parece gran cosa —comentó Charity.

—Está bien —había estado en lugares que hacían que esa habitación pareciera una suite del Waldorf.

De forma automática, ella fue a comprobar el armario y el cuarto de baño adjunto, tomando nota mental de lo que hacía falta.

—Puedes empezar por aquí, si logras estar más cómodo. No tengo preferencias. George trabajaba de acuerdo con su propio sistema. Yo jamás lo entendí, pero, por lo general, acababa las cosas.

Dedicó los siguientes treinta minutos a mostrarle el ala y a explicarle exactamente qué quería. Roman escuchó, hizo pocos comentarios y estudió la disposición de la zona. Sabía por los planos que había estudiado que el trazado de esa zona era igual que el del ala este. Dispondría de acceso fácil a la planta principal y al resto de la posada.

Mientras miraba las paredes a medio terminar, pensó que le esperaba

trabajo. Lo consideró una pequeña bonificación. Disfrutaba trabajando con las manos, algo a lo que apenas había podido dedicarse en el pasado.

Ella se mostró muy precisa en sus instrucciones. Era una mujer que sabía lo que quería y que pensaba conseguir. Le gustaba eso. No le cabía ninguna duda de que era buena en lo que hacía, y a fuera dirigir una posada... u otra cosa.

—¿Qué hay ahí arriba? —señaló unas escaleras al final del pasillo.

—Mis habitaciones. Nos ocuparemos de ellas una vez que hayamos terminado con las de los huéspedes —movió las llaves, mientras sus pensamientos seguían una docena de direcciones—. Y bien, ¿qué te parece?

—¿Qué?

—El trabajo.

—¿Tienes herramientas?

—En el cobertizo, del otro lado del aparcamiento.

—Podré hacerlo.

—Sí —le lanzó las llaves. Estaba segura de que podría. Se hallaban en la sala de estar octogonal de la suite familiar. Estaba vacía salvo por el material y las lonas de protección. Y silenciosa. De pronto notó que se encontraban muy próximos y que no podía oír ni un sonido. Sintióse tonta, sacó una llave de la anilla—. La necesitarás.

—Gracias —la guardó en el bolsillo.

Charity respiró hondo y se preguntó por qué sentía como si acabara de dar un largo paso con los ojos cerrados.

—¿Has comido?

—No.

—Te acompañaré a la cocina. Mae te preparará algo.

Salió, quizá con demasiada precipitación. Quería escapar de la sensación de que estaba completamente a solas con él. Y desvalida. Movié los hombros. «Un pensamiento estúpido», se dijo. Jamás había estado desvalida. No obstante, experimentó una oleada de alivio al cerrar la puerta a su espalda.

Lo llevó abajo, por el recibidor vacío y al gran comedor decorado con tonos pastel. En cada mesa había pequeños jarrones con flores frescas. Unos amplios ventanales daban a la vista del agua y en la pared del sur había empotrado un acuario.

Se detuvo allí un momento y observó la habitación hasta quedar satisfecha de que las mesas se hallaran preparadas para la cena. Luego empujó una puerta de vaivén para entrar en la cocina.

—Y yo digo que necesita más albahaca.

—Y yo digo que no.

—Hagas lo que hagas —murmuró Charity—, no te muestres de acuerdo con ninguna de las dos. Señoras —recurrió a su mejor sonrisa—. Os he traído a un hombre hambriento.

La mujer que vigilaba la olla alzó una cuchara goteante. La mejor manera de describirla era ancha... cara, caderas, manos. Inspeccionó a Roman con rapidez y ojos entrecerrados.

—Siéntate, entonces —le dijo, indicando con el dedo pulgar una larga mesa de madera.

—Mae Jenkins, Roman DeWinter.

—Señora.

—Y Dolores Rumsey.

La otra mujer sostenía un frasco con hierbas. Era estrecha como Mae ancha. Después de ofrecerle a Roman un gesto de asentimiento, comenzó a deslizarse hacia la olla.

—Mantente alejada de eso —ordenó Mae—, y ofrécele al hombre un poco de pollo frito.

Musitando, Dolores se alejó en busca de un plato.

—Roman va a reanudar las restauraciones donde las dejó George —explicó Charity—. Se alojará en el ala oeste.

—No eres de por aquí —Mae volvió a mirarlo.

—No.

Con un bufido, le sirvió una taza de café.

—Parece que no te sentarían mal un par de buenas comidas.

—Aquí las recibirás —intervino Charity, interpretando su papel de apaciguadora. Sólo hizo una leve mueca cuando Dolores plantó un plato de pollo frío y de ensalada de patata delante de Roman.

—Necesita más eneldo —Dolores lo miró con ojos centelleantes, como si lo retara a estar en desacuerdo—. No quiere escucharme.

Roman dedujo que su mejor opción era sonreírle y mantener la boca llena. Antes de que Mae pudiera responder, la puerta volvió a abrirse.

—¿Puede un hombre conseguir una taza de café aquí? —el hombre se detuvo y miró con curiosidad a Roman.

—Bob Mullins, Roman DeWinter. Lo contraté para terminar el ala oeste. Bob es uno de mis varios manos derechas.

—Bienvenido a bordo —se acercó a la cocina para servirse una taza de café, añadiéndole tres terrones de azúcar mientras Mae chasqueaba la lengua.

El dulce no parecía surtir efecto en él. Era alto, quizá un metro ochenta y cinco, y no podía pesar más de setenta y cinco kilos. Llevaba corto el pelo castaño claro alrededor de las orejas y peinado hacia atrás de su frente alta.

—¿Vienes del este? —preguntó entre sorbos de café.

—Del este de aquí.

—¿Has aclarado el asunto de esa factura con el frutero? —preguntó Charity.

—Todo solucionado. Recibiste un par de llamadas mientras estabas fuera. Y hay unos papeles que necesitan tu firma.

—Les echaré un vistazo —comprobó el reloj—. Bueno —miró a Roman—. Estaré en el despacho próximo al vestíbulo si necesitas saber algo.

—Me las arreglaré.

—De acuerdo —lo estudió otro momento. No terminaba de entender cómo podía estar en una habitación con otras cuatro personas y parecer tan solo—. Nos vemos luego.

Roman hizo un recorrido largo e informal de la posada antes de comenzar a trasladar herramientas al ala oeste. Los pájaros trinaban en los árboles y llegaba el sonido lejano de una lancha motora. Oyó llorar a un bebé y las notas de una sonata de Mozart al piano.

Si él mismo no hubiera repasado los datos, habría jurado que se encontraba en el lugar equivocado.

Elegió la suite familiar y se puso manos a la obra, preguntándose cuánto tardaría en poder entrar en las habitaciones de Charity.

Había algo reconfortante en trabajar con las manos. Pasaron dos horas y se relajó un poco. Un vistazo al reloj le hizo decidir realizar otro viaje innecesario al cobertizo. Charity había mencionado que el vino se servía a las cinco en lo que ella llamaba la sala de las tertulias. No le iría mal echarle otro vistazo más detenido a los huéspedes del hotel.

Emprendió la marcha, pero se detuvo en el umbral de su cuarto. Había oído algo, un movimiento. Con cautela, entró e inspeccionó la habitación vacía.

Tarareando, Charity salió del cuarto de baño, donde acababa de dejar unas toallas limpias. Desplegó una sábana y comenzó a hacer la cama.

—¿Qué haces?

Conteniendo un grito, trastabilló hacia atrás, luego se sentó en la cama para recuperar el aliento.

—Dios mío, Roman, no hagas eso.

La observó con ojos entrecerrados.

—Te pregunté qué hacías.

—Debería de ser obvio —palmeó el juego de sábanas.

—¿También te encargas de las tareas domésticas?

—De vez en cuando —recobrada, se puso de pie y alisó la sábana bajera sobre la cama—. Hay jabón y toallas en el cuarto de baño —lo informó, y luegoladeó la cabeza—. Parece que podrías usarlos —desplegó la encimera con un movimiento diestro—. ¿Has estado ocupado?

—Ése fue el trato.

Con un murmullo de asentimiento, ella metió las esquinas de la sábana en el pie de la cama tal como Roman recordaba que había hecho su abuela.

—Te he dejado una manta y una almohada adicionales en el armario.

La observó ir de un extremo a otro. No recordaba la última vez que había



visto hacer una cama a alguien. Agitaba pensamientos que no podía permitirse el lujo de tener.

—¿Paras alguna vez?

—Se sabe que lo he hecho —extendió una colcha blanca—. Mañana esperamos a un grupo, de modo que todos están ocupados.

—¿Mañana?

—Mmm. En el primer ferry procedente de Sydney —satisfecha, ahuecó las almohadas—. ¿Has...?

Calló al volverse y prácticamente caer contra él. Instintivamente, las manos de Roman se dirigieron a sus caderas mientras ella apoyaba las suyas en los hombros de él. Un abrazo... no planeado, no deseado y de una intimidad perturbadora.

Se dio cuenta de que era esbelta bajo el jersey grueso y largo, incluso más de lo que podría esperar un hombre. Y sus ojos eran más azules de lo que tenían derecho a ser, más grandes y suaves. Oía como la posada, con esa mezcla acogedora de lavanda y humo de leños. Atraído, no la soltó, aunque supo que debería hacerlo.

—¿He qué? —extendió los dedos sobre sus caderas y la atrajo un poco más. Vio la confusión en los ojos; la reacción lo llamó.

Ella había olvidado todo. Sólo podía mirarlo fijamente, casi aturdida por las sensaciones que la atravesaban. De forma involuntaria, los dedos se cerraron sobre la camisa de él. Recibió la impresión de fuerza, una fuerza despiadada con el potencial para la violencia. El hecho de que la excitara la dejó sin habla.

—¿Quieres algo? —murmuró él.

—¿Qué?

Pensó en besarla, en pegar la boca con fuerza sobre la suya y zambullirse en ella. Disfrutaría del sabor, de la pasión momentánea.

—He preguntado si querías algo —despacio, subió las manos hasta su cintura por debajo del jersey.

La conmoción del calor, la presión de los dedos, la devolvieron a la realidad.

—No —comenzó a retroceder, se encontró inmobilizada y luchó contra el pánico creciente. Antes de que pudiera volver a hablar, él la había soltado. Decepción. Pensó que era una reacción extraña echar de menos quemarse—. Iba a... —respiró hondo y esperó a que los nervios dispersos se asentaran—. Iba a preguntarte si habías encontrado todo lo que necesitabas.

—Eso parece —respondió, sin dejar de mirarla.

Ella juntó los labios para humedecerlos.

—Bien. Tengo mucho que hacer, así que dejaré que vuelvas a tus tareas.

La sujetó por el brazo antes de que pudiera alejarse. Quizá no fuera lo más inteligente, pero quería volver a tocarla.

—Gracias por las toallas.

—Claro.

La observó marcharse a toda velocidad. Pensativo, sacó un cigarrillo. No recordaba que alguna vez lo hubieran desconcertado con tanta facilidad. Desde luego, no una mujer que no había hecho otra cosa que mirarlo. No obstante, tenía por costumbre caer de pie.

Quizá fuera ventajoso intimar con ella, jugar con la reacción que percibía que provocaba en Charity. Sin prestar atención a una oleada de disgusto consigo mismo, encendió una cerilla.

Tenía que hacer un trabajo. No podía permitirse el lujo de pensar en Charity Ford como en algo que no fuera un medio para alcanzar un fin.

Aspiró una bocanada y maldijo el dolor apagado en su estómago.

## Capítulo 2

Apenas había amanecido y el cielo hacia el este era fantástico. Roman se hallaba cerca del camino estrecho con las manos metidas en los bolsillos de atrás. Aunque rara vez tenía tiempo para eso, disfrutaba de las mañanas en las que el aire estaba fresco y centelleante. Ahí un hombre podía respirar, y si disponía de ese lujo, podía vaciar la mente y simplemente experimentar.

Se había prometido a sí mismo treinta minutos, treinta minutos solitarios para relajarse. El sol atravesó las formaciones de nubes y las convirtió en colores y formas vividas y salvajes. De ensueño. La fragancia de flores, una celebración de la primavera, se transportó delicadamente en la brisa.

Se preguntó por qué había estado tan seguro de preferir la velocidad y el ruido de las ciudades.

Vio a un ciervo salir de entre los árboles y alzar la cabeza para olfatear el aire. De pronto pensó que eso era libertad. Conocer el lugar que uno ocupaba en el espacio y estar satisfecho con él.

Se sentía inquieto. Incluso al tratar de absorber y aceptar la paz que lo rodeaba, sintió la manifestación de impaciencia. Ése no era su lugar. Él no tenía un lugar. Era una de las cosas que lo hacía tan perfecto para su trabajo. Ninguna raíz, ninguna familia, ninguna mujer que esperara su regreso. Así era como quería su vida.

Pero había sentido una satisfacción tremenda al ejecutar el trabajo de carpintería el día anterior, al dejar su huella en algo que perduraría. Pensó que era mejor para su tapadera. Si mostraba cierta destreza y cuidado en el trabajo, lo aceptarían con más facilidad.

Ya era aceptado.

Charity confiaba en él. Le había dado un techo, comida y trabajo, pensando que necesitaba las tres cosas. Parecía una mujer sin engaños. Algo había vibrado entre ellos la noche anterior; sin embargo, ella no había hecho nada para provocarlo o prolongarlo. No le había ofrecido una invitación silenciosa.

Simplemente, lo había mirado y todo lo que ella había sentido había quedado casi ridículamente claro en sus ojos.

No podía pensar en ella como una mujer. No podía pensar en ella como que alguna vez pudiera ser su mujer.

La había deseado. Durante un breve y cegador instante el día anterior, la había anhelado. Un error muy serio. Había bloqueado esa necesidad, pero no había dejado de emerger... cuando la oyó entrar en el ala oeste para pasar la noche, cuando había escuchado el sonido de la música de Chopin bajar suavemente por la escalera que conducía a sus habitaciones. Y otra vez en mitad de la noche, al despertar con el profundo silencio del campo, pensando en ella, imaginándola.

No tenía tiempo para deseos. En otro lugar, en otra época, quizá hubieran podido disfrutar el uno del otro el tiempo que duraran esos placeres. Pero en ese momento, Charity era parte de una misión... nada menos, nada más.

Oyó el sonido de pisadas a la carrera y se puso tenso de forma instintiva. El ciervo, alerta como él, levantó la cabeza, para perderse entre el follaje unos momentos después. Tenía el arma en la pantorrilla, más por hábito que por necesidad, pero no la empuñó. Si la necesitaba, podría tenerla en la mano en menos de un segundo. Aguardó, preparado, para ver quién corría por el camino desierto al amanecer.

Charity respiraba agitadamente, más por el esfuerzo de mantener el ritmo con su perro que por la carrera de cinco kilómetros. Ludwig brincaba por delante, tirando ora a la derecha, ora a la izquierda, enganchándose a veces con la correa. Era una costumbre diaria. Podría haber controlado al pequeño cocker dorado, pero no quería estropearle la diversión. Por eso se adaptaba a la dirección y el ritmo que imponía él.

Titubeó unos instantes al ver a Roman. Luego, debido a que Ludwig quería emprender la carrera, tensó la correa para que aminorara el ritmo.

—Buenos días —saludó, y se detuvo cuando Ludwig decidió saltar sobre las pantorrillas de él y ladrarle—. No muerde.

—Es lo que dicen todos —pero sonrió y se agachó para acariciarlo detrás de las orejas. De inmediato, Ludwig se tiró al suelo, se dio la vuelta y dejó la barriga al descubierto—. Bonito perro.

—Bonito y malcriado —añadió Charity—. Tengo que mantenerlo encerrado debido a los huéspedes, pero come como un rey. Te has levantado temprano.

—Tú igual.

—Supongo que Ludwig se merece una buena carrera cada mañana, ya que se muestra tan comprensivo por estar encerrado.

Para mostrar agradecimiento, Ludwig corrió una vez alrededor de Roman, enredándose con la correa en torno a sus piernas.

—Ahora sólo necesito que entienda el concepto de correa —se agachó para desenredarla y controlar al animal saltarín.

Ella llevaba abierta la cremallera de la cazadora ligera, revelando una camiseta ceñida y oscurecida entre los pechos por el sudor. Tenía el cabello severamente tirante hacia atrás, lo que acentuaba su estructura ósea. La piel

parecía casi translúcida al brillar por la carrera. Experimentó el deseo de tocarla, de comprobar la sensación que produciría al tacto. Y ver si aquella reacción instantánea renacería.

—Ludwig, quédate quieto un minuto —rió y tiró del collar.

En respuesta, el perro saltó y le lamó la cara.

—Veo que es obediente —comentó Roman.

—Comprenderás por qué necesito la valla. Cree que puede jugar con todo el mundo —con la mano rozó la pierna de Roman mientras luchaba con la correa.

Cuando él le tomó la muñeca ambos se paralizaron.

Sintió que el pulso de ella se paralizaba para desbocarse de inmediato. Fue una reacción rápida y vulnerable que le resultó insoportablemente excitante. Aunque le costó, no cerró los dedos. Su intención había sido detenerla antes de que descubriera el arma. En ese momento los dos se hallaban en cuclillas en el centro del camino desierto, con el perro que intentaba meterse entre ambos.

—Estás temblando —dijo con cautela, pero sin soltarla—. ¿Siempre reaccionas de esa manera cuando un hombre te toca?

—No —como la desconcertaba, se quedó quieta y esperó para ver qué sucedía a continuación—. Estoy segura de que es la primera vez.

Le satisfizo oírlo, y al mismo tiempo lo irritó, porque quería creerlo.

—Entonces, deberemos ir con cuidado, ¿no crees? —la soltó y luego se incorporó.

Más despacio, porque no estaba segura de su equilibrio, ella se puso de pie. Aunque Roman se contenía, por los ojos de él pudo ver que estaba enfadado.

—No se me da muy bien ser cautelosa.

La miró con fuego en los ojos, aunque lo extinguió con celeridad.

—A mí, sí.

—Sí —la mirada fugaz y encendida la había alarmado, pero ella siempre había mantenido su terreno. Ladeó la cabeza para estudiarlo—. Creo que tienes que serlo, con esa veta violenta con la que debes luchar. ¿Con quién estás furioso, Roman?

No le gustaba que lo analizaran con tanta facilidad. Observándola, bajó una mano para acariciar a Ludwig, que apoyaba las patas delanteras en su rodilla.

—En este momento, con nadie —le respondió, aunque era mentira. Estaba furioso... consigo mismo.

Ella movió la cabeza.

—Tienes derecho a mantener tus secretos, pero yo no puedo evitar preguntarme por qué estarías enfadado contigo mismo o por responderme.

Miró a un lado y otro del camino. Bien podrían haber estado solos en la isla.

—¿Querías que hiciera algo al respecto, aquí y ahora?

Se dio cuenta de que él podría. Y lo haría. Si lo empujara demasiado, haría exactamente lo que quisiera y cuando lo quisiera. El escalofrío de excitación que

la recorrió la irritó. Esos tipos de machos eran para otras mujeres, para mujeres diferentes... no para ella. Adrede, miró la hora.

—Gracias, estoy segura de que es una oferta deliciosa, pero he de volver a preparar el desayuno —luchando con el perro, se marchó a lo que consideró un paso digno—. Te comunicaré si después puedo sacar quince minutos de alguna parte.

—¿Charity?

—¿Sí? —giró la cabeza y lo miró con frialdad.

—Tienes la zapatilla desabrochada.

Ella simplemente alzó la barbilla y continuó andando.

Roman sonrió y metió los dedos pulgares en los bolsillos de los vaqueros. Era una pena que empezara a gustarle.

Estaba interesado en el grupo de la excursión. Fue sencillo demorarse en la planta baja ante una segunda taza de café en la cocina, conversando con Mae y Dolores. No había esperado que lo pusieran a trabajar, pero cuando se encontró con unos cuantos manteles sobre el brazo, no dudó en echar una mano.

Charity, que lucía una sudadera roja con el logo de la posada en la parte frontal, arreglaba con meticulosidad una servilleta en un vaso de agua. Roman aguardó un momento.

—¿Dónde quieres que los ponga?

Ella lo miró al tiempo que se preguntaba si debería estar enfadada con él; decidió que no. En ese momento, necesitaba toda la ayuda adicional que pudiera recibir.

—Un buen comienzo sería en las mesas. Los blancos debajo de todo, encima los de color albaricoque, ladeados. ¿De acuerdo? —indicó una mesa ya preparada.

—Claro —comenzó a extender los manteles—. ¿A cuántas personas esperas?

—Quince del grupo —alzó una copa a la luz y la depositó sobre la mesa sólo después de haberla sometido a una inspección crítica—. Tienen desayuno incluido. Aparte de los clientes ya registrados. Servimos entre las siete y media y las diez —miró la hora, satisfecha, luego se trasladó a otra mesa—. También recibimos comensales imprevistos. Aunque es durante el almuerzo y la cena cuando todo adquiere una cualidad frenética.

Le dio unas instrucciones a las camareras, terminó de preparar otra mesa y luego fue a la pizarra que había junto a la entrada, donde comenzó a copiar el menú de la mañana con letra elegante y fluida.

Dolores, cuyo pelo rojo en punta y labios fruncidos hicieron que Roman pensara en una gallina flaca, atravesó la puerta de vaivén y plantó los puños sobre sus caderas menudas.

—No tengo que aceptar esto, Charity.

Ésta continuó escribiendo con calma.

—¿Aceptar qué?

—Hago lo que puedo, y sabes que te dije que me sentía floja.

Dolores siempre se sentía floja. En especial cuando no se salía con la suya. Añadió una tortilla francesa con jamón a la lista.

—Sí, Dolores.

—Tengo el pecho tan tenso, que apenas puedo respirar.

—Mmmm.

—Estuve despierta la mitad de la noche, pero he venido, como siempre.

—Y yo te lo agradezco, Dolores. Sabes lo mucho que dependo de ti.

—Bueno —levemente apaciguada, tiró de su mandil—. Supongo que se puede contar conmigo para hacer mi trabajo, pero ya puedes decirle a la mujer que hay ahí... —con el dedo pulgar indicó la cocina—. Puedes decirle que me deje en paz.

—Hablaré con ella, Dolores. Intenta ser un poco paciente. Todos estamos un poco agotados esta mañana, con Mary Alice de baja otra vez.

—¿De baja? —bufó Dolores—. ¿Hoy en día lo llaman así?

—¿A qué te refieres? —preguntó, sin dejar de escribir.

—No sé por qué su coche permaneció toda la noche en la entrada de vehículos de Bill Perkin si está enferma. Ahora bien, en mi condición...

Charity dejó de escribir. Roman enarcó una ceja al oír el súbito acero que exhibió su voz.

—Hablabamos de esto más tarde, Dolores.

Desinflada, ésta hizo un mohín y regresó a la cocina.

Guardándose el enfado, Charity se volvió hacia la camarera.

—¿Lori?

—Casi lista.

—Bien. Si puedes encargarte de los clientes del hotel, volveré a echarte una mano en cuanto registre al grupo.

—No hay problema.

—Estaré en la recepción con Bob —con gesto distraído, se echó la trenza a la espalda—. Si te ves abrumada, manda a buscarme. Roman...

—¿Quieres que sirva mesas?

Le dedicó una sonrisa veloz y agradecida.

—¿Sabes hacerlo?

—Puedo imaginarlo.

—Gracias —miró el reloj y se marchó.

No había esperado divertirse, pero costaba no hacerlo. Las notas de música clásica y el murmullo de conversaciones hacían que fuera casi imposible no relajarse. Transportó bandejas desde y hasta la cocina. Los intercambios

apagados entre Mae y Dolores resultaban más divertidos que molestos.

De modo que disfrutó del momento. Y aprovechó su posición para llevar a cabo su trabajo.

Mientras recogía las mesas junto a los ventanales, vio un miniautobús turístico detenerse ante la entrada principal. Contó cabezas y estudió las caras del grupo. El guía era un hombre grande con una camisa blanca que se tensaba sobre los hombros. Tenía una cara redonda, rubicunda y alegre que no dejaba de sonreír mientras conducía a sus pasajeros al interior. Roman cruzó la sala para verlos arremolinarse en el recibidor.

Eran una mezcla de parejas y familias con hijos pequeños. El guía, ya sabía que se llamaba Block, saludó a Charity con una sonrisa calurosa y luego le entregó su lista de nombres.

Se preguntó si ella sabría que Block había pasado una temporada en Leavenworth por fraude. ¿Era consciente de que el hombre con quien bromeaba había eludido una segunda condena sólo por un tecnicismo legal?

Mientras ella asignaba cabañas y entregaba llaves, dos integrantes del grupo se acercaron a la recepción para cambiar dinero. Cincuenta para uno y sesenta para el otro, notó mientras le entregaban moneda canadiense al ayudante de Charity y ellos recibían dólares estadounidenses.

A los diez minutos, todo el grupo estaba sentado en el comedor para desayunar. Charity entró detrás de ellos mientras se ponía un mandil. Abrió un bloc y comenzó a tomar los pedidos.

Roman notó que no daba la impresión de tener prisa. Por el modo en que charlaba, sonreía y respondía preguntas, era como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Pero se movía como el relámpago. Llevó tres platos en el brazo derecho, sirvió café con la mano izquierda y le hizo carantoñas a un bebé... todo a la vez.

Sirvió otra ronda de café en una mesa de cuatro, bromeó con un hombre calvo con una corbata a rayas y luego se dirigió hacia Roman.

—Creo que la crisis ha pasado.

Le sonrió, pero él captó algo... ¿Furia? ¿Decepción?

—¿Hay algo que no hagas?

—Intento mantenerme fuera de la cocina. El restaurante tiene una categoría de tres tenedores—miró con ganas la cafetera. Ya tendría tiempo para beber una taza—. Quiero darte las gracias por echar una mano esta mañana.

—De nada—descubrió que quería verla sonreír. Sonreír de verdad—. Las propinas fueron buenas. La señorita Millie me deslizó un billete de cinco.

Los labios de ella se curvaron con rapidez, y fuera lo que fuere lo que hubiera nublado sus ojos se despejó durante un momento.

—Le encanta tu aspecto con el cinturón de las herramientas. ¿Por qué no te tomas un descanso antes de empezar en el ala oeste?



—De acuerdo.

La recepción estaba desierta. Decidió que el ayudante de Charity debía de estar o bien en el despacho lateral o bien llevando maletas a las cabañas. Pensó en meterse por el otro lado para echar un rápido vistazo a los libros, aunque llegó a la conclusión de que podía esperar. Algunos trabajos había que realizarlos en la oscuridad.

Una hora más tarde, Charity entraba en el ala oeste. Había logrado contener su humor al pasar junto a los huéspedes de la planta baja. Había sonreído y charlado un poco con una pareja mayor que jugaba al parchís en el salón. Pero cuando la puerta se cerró a su espalda, soltó una serie de maldiciones contenidas y furiosas. Quería patear algo.

Roman se plantó bajo el umbral de una puerta y la observó avanzar por el pasillo.

—¿Algún problema?

—Sí —espetó. Se alejó una media docena de pasos de él y luego giró en redondo—. Puedo soportar la incompetencia e incluso cierto grado de estupidez. Hasta puedo tolerar cierta manifestación de pereza. Pero no soporto que me mientan.

Roman aguardó un poco. La furia no iba dirigida contra él.

—De acuerdo —aceptó, y esperó.

—Podría haberme dicho que quería tiempo libre o un turno distinto. Hasta es posible que se lo hubiera podido solucionar. Pero a cambio me miente. Llama para decirme que está enferma. Me preocupé por ella —volvió a darse la vuelta, luego cedió y pateó una puerta—. Odio que me tomen por tonta. Y odio que me mientan.

Era una simple cuestión de sumar dos más dos.

—Hablas de la camarera... ¿Mary Alice?

—Por supuesto —otra vez se dio la vuelta—. Hace tres meses vino a suplicarme que le diera un trabajo. Ahora se acuesta con Bill Perkin, de modo que se da de baja. Tuve que despedirla —suspiró como un motor que suelta vapor—. Me duele la cabeza cada vez que he de despedir a alguien.

—¿Ha sido eso lo que te ha estado molestando toda la mañana?

—En cuanto Dolores mencionó a Bill, lo supe —más calmada en ese momento, se frotó un dolor insistente entre los ojos—. Luego tuve que dedicarme a los ingresos y a los desayunos antes de poder llamarla y despedirla. Se puso a llorar —miró a Roman con expresión desdichada—. Sabía que iba a llorar.

—Escucha, lo mejor que puedes hacer es tomarte una aspirina y olvidarlo.

—Ya he tomado algunas.

—Dales tiempo para que surtan su efecto —antes de darse cuenta de lo que hacía, alzó las manos y le enmarcó la cara. Movi6 los dedos pulgares en círculos lentos y le masajeó las sienas—. Hay demasiadas cosas ahí dentro.

—¿Dónde?

—En tu cabeza.

Sintió los ojos pesados y la sangre caliente.

—No en este momento —echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Instintivamente, se adelantó—. Roman... —suspiró cuando el dolor desapareció de su cabeza y se agitó en su núcleo—. A mí también me gusta cómo te queda el cinturón de las herramientas.

—¿Sabes lo que estás pidiendo?

Estudió la boca de él. Eran unos labios plenos y firmes, y desde luego serían implacables sobre una mujer.

—No exactamente —lo miró y pensó que quizá ahí radicaba el atractivo. No lo sabía. Pero sentía, y lo que sentía era nuevo y estimulante—. Tal vez sea mejor de esa manera.

—No —aunque sabía que era un error, no pudo resistir la tentación de acariciarle la línea de la mandíbula, luego los labios—. Siempre es mejor conocer las consecuencias antes de emprender una acción.

—De modo que volvemos a ser cautelosos.

—Sí —bajó las manos.

Debería sentirse agradecida. En vez de aprovecharse de sus emociones confusas, se retiraba y le brindaba espacio. Quería estar agradecida, pero sólo sintió el aguijón del rechazo. « Él empezó », pensó. « Otra vez. Y él ha parado. Otra vez ». Estaba harta de moverse al ritmo de los caprichos de él.

—Pierdes muchas cosas de esa manera, ¿verdad, Roman? Un montón de calor, un montón de júbilo.

—Un montón de decepciones.

—Es posible. Supongo que a algunos nos cuesta más vivir nuestras vidas alejados de los demás. Pero si ésa es tu elección, perfecto —respiró hondo. El dolor de cabeza volvía redoblado—. No vuelvas a tocarme. Tengo por costumbre terminar lo que empiezo —miró la habitación que había detrás de ellos—. Haces un buen trabajo aquí —comentó con brusquedad—. Dejaré que vuelvas a él.

La maldijo mientras lijaba el alféizar de la ventana. No tenía derecho a hacer que se sintiera culpable sólo porque quería mantener las distancias. No involucrarse no era una costumbre para él; se trataba de una cuestión de supervivencia.

Pero era algo más que atracción, y, desde luego, diferente de cualquier cosa que hubiera sentido con anterioridad. Siempre que se hallaba cerca de ella, su objetivo se veía obnubilado con fantasías de lo que sería estar con ella, abrazarla, hacerle el amor.

Y se recordó que no eran otra cosa que fantasías. Si las cosas salían bien, se marcharía en cuestión de días. Y antes de irse, existía la posibilidad de que le destrozara la vida.

Se recordó que era su trabajo.

La vio salir con los recién casados a los que llevaría hasta el ferry. Eso le brindaría una hora para inspeccionar las habitaciones.

Sabía cómo repasar un cuarto centímetro a centímetro sin dejar rastro de su paso: Primero se concentró en lo obvio... el escritorio en el salón pequeño. Era corriente que las personas fueran descuidadas en la intimidad de sus propios hogares.

A menudo dejaban atrás un trozo de papel, una nota garabateada, un nombre en una agenda... cosas que un ojo entrenado podía descubrir.

Era un escritorio antiguo, de caoba sólida con unas pequeñas marcas y arañazos. Dos de los tiradores de latón estaban sueltos. Como el resto de la habitación, estaba limpio y organizado. Los papeles personales de ella, seguros, facturas, correspondencia, se hallaban archivados a la izquierda. Los asuntos de la posada ocupaban tres cajones de la derecha.

Un rápido vistazo le permitió ver que la posada obtenía un beneficio razonable, siendo casi todo reinvertido en el negocio. La cocina con la que Mae se mostraba tan posesiva había sido adquirida seis meses antes.

Se había adjudicado un sueldo para sí misma, sorprendentemente modesto. No encontró, ni siquiera tras un estudio más crítico, ninguna prueba de que recurriera a las finanzas de la posada para mejorar su propia situación.

Había una foto enmarcada de ella delante de la rueda del molino, en donde se la veía con un hombre de pelo blanco y aspecto frágil.

Decidió que sería el abuelo, pero estudió la imagen de Charity. Tenía el cabello recogido en una coleta y el peto holgado que llevaba puesto estaba manchado en las rodillas. Supuso que de alguna labor de jardinería. Sostenía un puñado de flores estivales. Aparentaba no tener ninguna preocupación en el mundo, pero notó que el brazo libre rodeaba al anciano, desempeñando una función de apoyo.

Dejaba notas para sí misma: «Devolver muestras del papel de la pared. Bloques nuevos para el baúl de los juguetes. Llamar al afinador del piano. Reparar rueda pinchada».

No encontró nada que justificara el motivo de su presencia en la posada. Abandonó el escritorio y con meticulosidad investigó el resto del salón.

Luego, se dirigió al dormitorio adjunto. La cama con dosel estaba cubierta con una colcha de encaje y adornada con unos bonitos y pequeños cojines. Junto a ella, había una mecedora preciosa y antigua, los reposabrazos pulidos como el cristal. La ocupaba un oso de peluche grande y de color púrpura con unos ligeros amarillos.

Había dejado las ventanas abiertas y la brisa agitaba las cortinas finas. Pensó que se trataba de la habitación de una mujer, femenina, con sus fragancias delicadas y colores pálidos. Sin embargo, de algún modo daba la bienvenida a un

hombre. Hacía que deseara disponer de una hora, una noche, en esa suavidad y comodidad.

Atravesó la gastada alfombra hecha a mano y, enterrando el disgusto que le producía, inspeccionó la cómoda.

Encontró algunas joyas que tomó por herencias. Irritado con Charity, pensó que deberían estar en una caja fuerte. Había un frasco de perfume. Sabía exactamente el olor que tendría. Estuvo a punto de abrirlo y llevárselo a la nariz antes de contenerse. El perfume no le interesaba. Sí las pruebas.

Un paquete de cartas llamó su atención. ¿De un amante? Descartó el súbito aguijonazo de celos que sintió como algo ridículo.

Mientras desataba con cuidado la fina cinta de satén, pensó que la habitación lo estaba volviendo loco. Era imposible no imaginarla allí, acurrucada en la cama, vestida con algo blanco y tenue, el cabello suelto y las velas encendidas.

Se sacudió mentalmente mientras desplegaba la primera carta. La fecha le mostró que habían sido escritas cuando asistió a la universidad en Seattle. Al hojearlas descubrió que eran de su abuelo. Todas. Estaban escritas con afecto y humor, y contenían docenas de pequeñas anécdotas de la vida cotidiana en la posada. Volvió a dejarlas tal como las había encontrado.

Su ropa era informal, salvo por algunos vestidos que colgaban en el armario. Había botas, zapatillas y dos pares de zapatos elegantes de tacón alto a cada lado de unas pantuflas peludas con forma de elefante. Como el resto de la habitación, estaban colocados con meticulosidad. Ni siquiera en el armario había encontrado una mota de polvo.

Además de un despertador y de un bote de crema para las manos, en la mesilla había dos libros. Uno era una antología de poesía y el otro una novela de misterio con una tapa dantesca. En el cajón tenía unos cuantos chocolates y en el CD portátil a Chopin. Había docenas de velas, quemadas hasta diversas alturas. En una pared colgaba un paisaje marino de azules y grises profundos y tormentosos. En la otra, una colección de fotos, la mayoría sacadas en la posada, muchas de su abuelo. Buscó detrás de cada una. Descubrió que la pintura estaba decolorándose, nada más.

Sus habitaciones estaban limpias. Se plantó en el centro del dormitorio, asimilando la fragancia de la cera de vela, popurrí y perfume. No podrían haber estado más limpias de haber sabido que las someterían a inspección. Lo único que sabía después de una hora era que se trataba de una mujer organizada a quien le gustaba la ropa cómoda, Chopin y que tenía debilidad por los chocolates y las novelas fantásticas.

¿Por qué eso la volvía fascinante?

Fruunció el ceño y metió las manos en los bolsillos, luchando por alcanzar la objetividad como nunca antes le había sucedido. Todas las pruebas apuntaban a que estaba metida en unos asuntos bastante dudosos. Todo lo que había

descubierto en las últimas veinticuatro horas indicaba que era una mujer abierta, honesta y trabajadora.

¿Qué debía creer?

Fue hacia la puerta en el extremo opuesto de la habitación. Daba a un porche diminuto con unas largas escaleras que llevaban hasta el estanque. Quiso abrirla, salir y respirar el aire fresco, pero le dio la espalda y volvió por el mismo camino que había ido.

La fragancia de su dormitorio permaneció horas con él.

### Capítulo 3

—Te dije que esa chica no servía.

—Lo sé, Mae.

—Te dije que cometías un error al aceptarla como lo hiciste.

—Sí, Mae —Charity contuvo un suspiro—. Me lo dijiste.

Con un gruñido satisfecho, Mae terminó de limpiar su ojito derecho, la cocina de ocho fuegos. Charity podía dirigir la posada, pero Mae tenía su propia idea acerca de quién estaba al mando.

—Eres demasiado blanda, Charity.

—Creía que habías dicho que era obstinada.

—Eso también —como quería a su joven jefa, Mae sirvió un vaso de leche y cortó una porción generosa de la tarta de chocolate doble. Dejó ambas cosas en la mesa—. Ahora come esto. De niña, mi tartas siempre hacían que te sintieras mejor.

Se sentó y pasó un dedo por la capa de chocolate.

—Le habría dado algunos días libres.

—Lo sé —le frotó la espalda—. Ése es el problema contigo. Te tomas tu nombre demasiado en serio.

—Odio que me tomen por tonta —ceñuda, se llevó a la boca un bocado enorme de tarta—. ¿Crees que conseguiré otro trabajo? Sé que tiene que pagar un alquiler.

—Las personas como Mary Alice siempre aterrizan de pie. No me sorprendería que se fuera a vivir con ese chico Perkin, así que no te preocupes por ella. ¿Acaso no te dije que no duraría ni seis meses?

Se llevó más tarta a la boca.

—Me lo dijiste —convino.

—Y ahora, ¿qué me dices de ese hombre que has traído a casa?

—Roman DeWinter —bebió un trago de leche.

—Nombre estrafalario —miró en torno a la cocina, sorprendida y un poco decepcionada de que no quedara nada por hacer—. ¿Qué sabes de él?

—Necesitaba un trabajo.

Mae se pasó las manos enrojecidas por el mandil.

—Creo que hay un montón de carteristas, ladrones de gatos y asesinos en

masa que necesitan trabajo.

—No es un asesino en masa —afirmó. Pensó que era mejor que se reservara el juicio acerca de las otras ocupaciones.

—Puede, puede que no.

—Es una persona que va de un lugar a otro —se encogió de hombros y se llevó otro trozo de tarta a la boca—. Pero yo no diría que sin rumbo. Sabe adonde va. En cualquier caso, con George disfrutando en Hawái, necesitaba a alguien. Hace bien el trabajo, Mae.

Mae había llegado a la misma conclusión después de realizar una breve visita al ala oeste. Pero tenía otras cosas en mente.

—Te mira.

Charity pasó un dedo por el vaso, ganando tiempo.

—Todo el mundo me mira. Siempre estoy aquí.

—No te hagas la tonta conmigo, jovencita. Yo te eché talco en el trasero.

—Qué tendrá que ver eso con lo que estamos hablando —respondió con una sonrisa—. Bueno, me mira —movió otra vez los hombros—. Yo le devuelvo la mirada —cuando Mae enarcó las cejas, Charity sonrió—. ¿No me estás diciendo siempre que necesito un hombre en mi vida?

—Hay hombres y hombres —afirmó con sabiduría—. Éste no está mal a la vista, y no le da miedo trabajar. Pero tiene una veta dura en él. Ese hombre ha visto mundo, pequeña, de eso no hay ninguna duda.

—Supongo que prefieres que pase mi tiempo con Jimmy Loggerman.

—Gusano aburrido.

Después de una carcajada, Charity apoyó la barbilla en las manos.

—Tenías razón, Mae. Me siento mejor.

Complacida, Mae se quitó el mandil. No dudaba de que Charity era una chica sensata, pero tenía intención de vigilar a Roman.

—Bien. No comas más tarta, o permanecerás despierta toda la noche con dolor de barriga.

—Sí, señora.

—Y deja ordenada mi cocina —añadió al ponerse un abrigo marrón.

—Sí, señora. Buenas noches, Mae.

Suspiró cuando la puerta se cerró. La marcha de Mae por lo general señalaba el final del día. Los huéspedes estarían en sus camas o terminando una partida tardía de cartas. Con la excepción de una emergencia, ya no había nada que hacer hasta el amanecer.

Nada salvo pensar.

Últimamente le había dado vueltas a la idea de incorporar un jacuzzi, que pudiera atraer a más clientes. En el invierno, los huéspedes podrían llegar de una larga caminata para darse un baño caliente y borboteante y rematar el día con una copa frente a la chimenea.

Luego estaba la idea de incorporar una tienda de regalos, donde vender el arte y la artesanía de los artistas locales. Nada demasiado complicado. Quería mantener las cosas sencillas, con el espíritu de la posada.

Se preguntó si Roman se quedaría el tiempo suficiente para realizar las obras.

No era inteligente pensar en él en relación con cualquiera de sus planes. Probablemente, no fuera inteligente pensar en él de ninguna manera. Los hombres como Roman no se quedaban mucho tiempo en ningún lugar.

Pero parecía que le era imposible dejar de pensar en él. Casi desde el primer momento había sentido algo. Una cosa era la atracción. Después de todo, se trataba de un hombre atractivo, de un modo duro y peligroso. Pero había más. Jugó con el resto de la tarta, deseando poder localizar qué era. Quizá, sencillamente, se debiera a que no se parecían en nada. Roman era taciturno, suspicaz, solitario.

Sin embargo... ¿era su imaginación o una parte de él estaba a la espera, deseando abrirse? Él necesitaba a alguien, aunque probablemente no fuera consciente de ello.

Mae tenía razón. Siempre había sentido debilidad por los seres perdidos, con historias desdichadas. Pero eso era distinto. Cerró los ojos un momento, deseando poder explicarse por qué era tan diferente.

Jamás había experimentado nada como las sensaciones que la habían golpeado desde la aparición de Roman. Era más que físico. Ya podía admitirlo. Pero seguía sin tener sentido. Aunque jamás había considerado que los sentimientos necesitaran tener sentido.

Sería mejor, mucho mejor, para ambos mantener la relación breve que habían iniciado en un ámbito puramente laboral. Amistosa pero cautelosa. Era una pena que le costara tanto combinar esas dos cosas.

La observó jugar con las migas de la tarta en el plato. Tenía el pelo suelto y revuelto, como si hubiera deshecho la trenza para pasar dedos impacientes por él. Los pies descalzos estaban cruzados a la altura de los tobillos, apoyados en la silla que tenía enfrente.

Relajada. Roman no estaba seguro de haberla visto en algún momento tan relajada. Era un marcado contraste con la energía agitada que la impulsaba durante el día.

Deseó que hubiera estado en su habitación, dormida. Había querido evitar encontrarse con ella. Eso era personal. La necesitaba fuera de su camino para inspeccionar el despacho que había junto al recibidor. Eso era profesional.

Sabía que debería retroceder y mantenerse fuera de la vista hasta que ella se retirara a dormir.

Se la veía tan cómoda, como si estuviera esperando que apareciera y se sentara a su lado para mantener una conversación trivial.



Era una locura. No quería que ninguna mujer lo esperara, y menos ella.

Pero no se escondió en las sombras del comedor, aunque podría haberlo hecho. Salió a la luz, hacia ella.

—Creía que la gente se acostaba pronto en el campo.

Se sobresaltó, aunque se recobró con rapidez. Casi estaba acostumbrada al modo silencioso en que él se movía.

—Mae me dio tarta de chocolate y una charla. ¿Quieres un poco?

—No.

—Menos mal. De lo contrario, yo habría repetido y me habría puesto mala. No tengo poder de voluntad. ¿Una cerveza?

—Sí. Gracias.

Se levantó con pereza, fue a la nevera y recitó una serie de marcas. Él eligió una y la observó servírsela en una jarra. La aceptó cuando se la ofreció, sin quitarle la vista de encima.

—¿Por qué me miras de esa manera? —murmuró.

Él se contuvo, luego bebió un trago largo.

—Tienes una cara hermosa.

Charity enarco una ceja cuando Roman se sentó y sacó un cigarrillo. Después de recoger un cenicero de un cajón, se sentó al lado de él.

—Me gusta aceptar cumplidos siempre que los recibo, pero no creo que ése sea el motivo.

—Es suficiente motivo para que un hombre mire a una mujer —bebió otro trago—. Has tenido una noche ajetreada.

—Lo bastante como para tener que contratar pronto a otra camarera. No tuve oportunidad de darte las gracias por ayudarme con la gente que vino a cenar.

—No hay problema. ¿Has perdido el dolor de cabeza?

Alzó la vista, pero no vio ninguna burla en su expresión.

—Sí, gracias. Enfurecerme contigo hizo que me olvidara de Mary Alice, y el resto lo consiguió la tarta de chocolate de Mae —pensó en preparar algo de té, pero decidió que le daba mucha pereza—. ¿Qué tal ha sido tu día?

Le sonrió en un ofrecimiento relajado de amistad que le costó rechazar e imposible aceptar.

—Bien. La señorita Millie dijo que la puerta de su habitación se atascaba, así que fingí que la lijaba.

—Alegrándole el día.

Él no pudo evitar sonreír.

—Me parece que nunca antes me habían comido de esa manera con la mirada.

—Oh, supongo que sí —ladeó la cabeza—. Pero, con disculpas a tu ego, en el caso de la señorita Millie es más una cuestión de miopía que de lujuria. Es demasiado coqueta para llevar gafas delante de cualquier hombre de más de

veinte años.

—Prefiero seguir pensando que me desea —indicó—. Me ha comentado que lleva viniendo aquí desde el año cincuenta y dos —lo sorprendía que alguien pudiera regresar una y otra vez al mismo lugar.

—La señorita Lucy y ella ya forman parte del entorno. De pequeña, creía que estábamos emparentadas.

—¿Llevas mucho tiempo dirigiendo este lugar?

—Con ciertos períodos de inactividad, mis veintisiete años de vida —sonrió y ladeó la silla hacia atrás—. No querrás oír la historia de mi vida, ¿verdad, Roman?

Él soltó una bocanada de humo.

—No tengo nada que hacer —y quería oír su versión de lo que había leído en su historial.

—De acuerdo. Nací aquí. Mi madre se enamoró un poco más tarde en la vida que la mayoría. Tenía casi cuarenta años cuando me tuvo, y era frágil. Hubo complicaciones. Al morir, mi abuelo me crió, de modo que crecí aquí en la posada, salvo durante los períodos de tiempo en que estuve ingresada en un internado. Me encantaba este lugar —miró en torno de la cocina—. En el colegio, lo añoraba, y también al abuelo. Incluso en la universidad lo echaba tanto de menos, que venía a casa todos los fines de semana. Pero él quería que viera otras cosas antes de asentarme aquí. Iba a viajar un poco, conseguir ideas nuevas para la posada. Ver Nueva York, Nueva Orleans, Venecia. No sé... —calló con melancolía.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Mi abuelo enfermó. Yo estaba en mi último año de universidad cuando descubrí lo enfermo que se encontraba. Quise dejarlo, venir a casa, pero la idea lo desasosegó tanto, que pensé que lo mejor era graduarme. Aguantó tres años más, pero fue... difícil —no quería hablar de las lágrimas y el terror, ni del agotamiento de dirigir la posada al tiempo que cuidaba de una persona casi inválida—. Era el hombre más valiente y amable que jamás he conocido. Formaba tanta parte de este lugar, que aún hay veces en las que espero entrar en una habitación y verlo comprobar si hay polvo en los muebles.

Él guardó silencio un momento, pensando tanto en lo mucho que había dejado fuera como en lo que le había contado. Sabía que su padre figuraba como «desconocido»... un obstáculo difícil en cualquier parte, pero mucho más en una ciudad pequeña. En los últimos seis meses de vida de su abuelo, los gastos médicos habían estado a punto de llevarse por delante la posada. Pero ella no habló de esas cosas; ni tampoco detectó señal alguna de amargura.

—¿Piensas alguna vez en vender el lugar, en seguir adelante?

—No. Oh, de vez en cuando pienso en Venecia. Hay docenas de lugares a los que me gustaría ir, siempre y cuando pueda regresar a la posada —se levantó

para ir a buscarle otra cerveza—. Cuando diriges un lugar como éste, llegas a conocer gente de todas partes. Siempre hay una historia de un lugar nuevo.

—¿Viajes indirectos?

Le dolió, tal vez porque se acercaba mucho a lo que ella misma pensaba.

—Quizá —le dejó la botella junto al brazo, luego llevó sus platos al fregadero—. Algunos estamos predestinados para ser aburridos.

—Yo no he dicho que fueras aburrida.

—¿No? Bueno, supongo que lo soy para alguien que recoge sus cosas y se marcha siempre que lo desea y adonde le place. Simple, asentada e ingenua.

—Pones palabras en mi boca.

—Es fácil, y a que rara vez las pones tú. Apaga las luces al irte.

La tomó por el brazo cuando pasó a su lado, en un movimiento reflejo que lamentó casi antes de terminarlo. Pero estaba hecho, y la mirada malhumorada y desafiante que le lanzó ella inició una reacción en cadena que le recorrió todo el sistema. Había cosas que podría hacer con ella, cosas que anhelaba hacer, que ninguno de los dos olvidaría jamás.

—¿Por qué estás enfadada?

—No lo sé. Da la impresión de que no consigo hablar más de diez minutos contigo sin ponerme con los nervios de punta. Como por lo general me llevo bien con todo el mundo, supongo que es tu culpa.

—Probablemente tengas razón.

Se calmó un poco. No era culpa de él que no llegara a cumplir sus sueños de viajar.

—Llevas aquí poco menos de cuarenta y ocho horas y ya casi me he peleado contigo tres veces. Para mí eso es un récord.

—Yo no llevo la cuenta.

—Oh, creo que sí. Dudo que olvides algo. ¿Has sido poli?

Tuvo que realizar un esfuerzo deliberado para mantener la expresión y no tensar los dedos.

—¿Por qué?

—Dijiste que no eras un artista. Ésa fue mi primera conjetura —se relajó, aunque aún no le había soltado el brazo. La furia era algo que disfrutaba sólo en ráfagas breves y veloces—. Es el modo en que miras a la gente, como si archivaras descripciones y cualquier marca distintiva. Y a veces cuando estoy contigo, siento como si debiera prepararme para un interrogatorio. ¿Eres escritor, entonces? Cuando estás en el negocio de la hostelería, te vuelves buena en adivinar las profesiones de las personas.

—Esta vez te equivocas.

—Bueno, ¿qué eres, entonces?

—Ahora mismo, soy un manitas.

Ella se encogió de hombros.

—Otra de las características de las personas que trabajan en la hostelería es respetar la intimidad, pero si resultas ser un asesino en masa, Mae jamás me permitirá olvidarlo.

—Por lo general, sólo mato a una persona por vez.

—Es una buena noticia —ignoró la ansiedad súbitamente muy real de que decía la verdad—. Me sigues sujetando el brazo.

—Lo sé.

—¿Debería pedirte que me soltaras?

—Yo no me molestaría.

Respiró hondo.

—De acuerdo. ¿Qué quieres, Roman?

—Quitarnos esto de en medio. Para los dos.

Se puso de pie. El paso hacia atrás que dio ella fue instintivo.

—No creo que sea una buena idea.

—Yo tampoco —con la mano libre, le alzó el pelo. Era suave, espeso y pleno, dándole la sensación de que perdía los dedos en él—. Pero preferiría lamentar algo que hice que algo que no hice.

—Yo preferiría no lamentarlo.

—Es demasiado tarde —la pegó a él—. De un modo u otro, los dos tendremos mucho que lamentar.

Se mostró deliberadamente rudo. Sabía cómo ser gentil, aunque rara vez llevaba ese conocimiento a la práctica. Con ella podría haberlo sido. Quizá debido a que lo sabía, descartó cualquier deseo de ternura. Quería asustarla, cerciorarse de que cuando la soltara, huiría de él, porque lo que más anhelaba era que así fuera.

Tenía un sabor celestial. Jamás había creído en el cielo, pero el sabor estaba en sus labios, puros, dulces y prometedores. Su mano había ido al pecho de él en un gesto automático de defensa. Sin embargo, no se oponía, como había tenido la certeza de que sucedería. Salió al encuentro del beso duro y casi brutal con pasión entrelazada con confianza.

La mente de Roman se vació. Era una experiencia aterradora para un hombre que mantenía los pensamientos bajo un control tan riguroso. Entonces se llenó con ella, con su aroma, su contacto, su sabor.

Se separó... por su propio bien. Era y siempre había sido un superviviente. Respiraba de forma entrecortada. Tenía una mano aún cerrada sobre el pelo de ella y con la otra le sujetaba con firmeza el brazo. No podía soltarla. La miró y en los ojos vio su propio reflejo.

La maldijo en una última y rápida negación... antes de volver a aplastarle la boca con los labios. Se dijo que no iba al cielo. Sino al infierno.

Ella quería aplacarlo, pero él jamás le dio la oportunidad. Igual que antes, la envió a un lugar más ardiente y sin aire, donde sólo había espacio para la

sensación.

Tenía la espalda pegada contra la superficie lisa y fresca de la nevera, atrapada allí por las líneas firmes y tensas del cuerpo de él. De haber sido posible, lo habría acercado más.

Desesperada, le mordisqueó el labio inferior y sintió una nueva oleada de excitación al oírlo gemir y profundizar un beso ya insondable.

Quería ser tocada. Intentó murmurar esa necesidad apremiante y nueva sobre su boca, pero sólo logró gemir. El cuerpo le palpitaba. La simple expectación al pensar en sus manos recorriéndola toda le producía escalofríos.

Durante un momento, sus corazones latieron el uno contra el otro al mismo ritmo salvaje.

Roman se apartó, consciente de que se había acercado peligrosamente a una línea que no se atrevía a cruzar. Apenas podía respirar, mucho menos pensar. Hasta tener la seguridad de que sería capaz de hacer ambas cosas, permaneció en silencio.

—Vete a la cama, Charity.

No se movió, convencida de que si daba un paso, las piernas le cederían. Sentía el calor que emanaba del cuerpo de él. Pero lo miró a los ojos y supo que ya estaba más allá de su alcance.

—¿Así de simple?

Pudo captar el dolor en su voz y deseó convencerse de que ella se lo había buscado. Fue a recoger la cerveza, pero cambió de parecer al ver que tenía la mano poco firme. Sólo había clara una cosa. Tenía que deshacerse de ella, rápidamente, antes de volver a tocarla.

—No eres el tipo de mujer con quien tener un sexo rápido en el suelo de la cocina —el color que la pasión había llevado a las mejillas de ella se desvaneció.

—No. Al menos, nunca lo he sido —después de respirar hondo, dio un paso al frente. Creía en enfrentarse a los hechos, incluso a los que eran desagradables—. ¿Es todo lo que esto habría sido, Roman?

Él cerró las manos con fuerza.

—Sí —corroboró—. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Comprendo —no apartó los ojos de los suyos, deseando poder odiarlo—. Lo siento por ti.

—No lo sientas.

—Estás al mando de tus sentimientos, Roman, no de los míos. Y lo siento por ti. Algunas personas pierden una pierna, un ojo o una mano. Se enfrentan a esa pérdida o se amargan. No veo qué parte te falta a ti, pero es igual de trágica —no contestó y tampoco había esperado que lo hiciera—. No te olvides de las luces.

Esperó hasta que se marchó antes de buscar una cerilla. Necesitaba tiempo para ganar el control de su cabeza, y de sus manos, antes de ir a inspeccionar el despacho. Lo que lo preocupaba era que iba a necesitar mucho más tiempo para

ganar el control de su corazón.

Casi dos horas y media más tarde, caminó dos kilómetros para utilizar el teléfono público de la gasolinera más cercana. Se había alzado un poco de viento que transmitía el sabor de la lluvia. Esperó que aguantara hasta haber regresado a la posada.

Realizó la llamada y esperó que se estableciera la conexión.

—Conby.

—De Winter.

—Llamas tarde.

Ni se molestó en comprobar el reloj. Sabía que eran casi las tres de la mañana en la Costa Este.

—¿Te he despertado?

—¿He de dar por hecho que te has establecido?

—Sí. Amañar la lotería del manitas despejó el camino. Arreglar el pinchazo me brindó la oportunidad. La señorita Ford es... confiada.

—Eso quiere que creamos. Confiada no significa que no sea ambiciosa. ¿Qué tienes?

—Sus habitaciones están limpias —encendió una cerilla y la acercó al extremo de un cigarrillo—. Ahora hay un grupo turístico, en su mayor parte canadiense. Unos pocos cambiaron dinero. Nada superior a cien dólares.

La pausa fue muy breve.

—Eso apenas es suficiente para hacer que el negocio valga la pena.

—Conseguí una lista en el despacho. Los nombres y las direcciones de los huéspedes registrados.

Otra pausa, más larga, y un sonido crujiente que le indicó que su contacto buscaba material para escribir.

—Dámela.

Leyó los nombres de la copia que había hecho.

—Block es el guía turístico. Es el habitual, viene una vez a la semana para una estancia de una o dos noches, dependiendo del paquete.

—Vision Tours.

—Exacto.

—Tenemos a un hombre allí. Tú concéntrate en Ford y en su personal. Es imposible que lo consigan sin tener a alguien dentro. Ella es la respuesta obvia.

—No encaja.

—¿Perdona?

Roman aplastó el cigarrillo con el tacón de su bota.

—He dicho que no encaja. La he observado. He repasado su contabilidad personal, maldita sea. Tiene menos de tres mil dólares de efectivo disponible. Todo lo demás lo invierte en el lugar, desde la compra de sábanas nuevas hasta

jabones.

—Comprendo —otra pausa—. Supongo que nuestra señorita Ford no ha oído hablar de cuentas en bancos suizos.

—He dicho que no es ese tipo, Conby. Es el enfoque equivocado.

—Yo me ocuparé de los enfoques, DeWinter. Tú ocúpate de hacer tu trabajo. No debería tener que recordarte que nos ha llevado casi un año estar cerca de poder desmontar esta operación. La Agencia quiere que la completemos con rapidez, y eso es lo que espero de ti. Si te plantea un problema personal, será mejor que me lo comuniques ahora.

—No —sabía que los problemas personales no estaban permitidos—. Si quieres perder el tiempo y el dinero de los contribuyentes, a mí me da igual. Ya te llamaré.

—Hazlo.

Colgó. Lo hizo sentirse un poco mejor saber que Conby iba a perder una noche de sueño. Aunque los tipos como él rara vez descansaban. Despertaría a un pobre funcionario a las seis y le pediría que pasara la lista por el ordenador. Se bebería un café, miraría la tele y esperaría los resultados en su cómoda casa de los suburbios de Washington.

El trabajo duro quedaba para otros.

Mientras emprendía el largo regreso hasta la posada, se recordó que esas eran las reglas del juego. Pero últimamente empezaba a cansarse de las reglas.

Charity lo oyó llegar. Con curiosidad, miró el reloj después de oír que la puerta de abajo se cerraba. Era la una pasada y la lluvia había comenzado casi treinta minutos antes con un siseo apagado que prometía ganar fuerza a lo largo de la noche.

Se preguntó dónde habría estado.

Cerró los ojos y se dijo que no era asunto suyo. El problema era que siempre sentía demasiado. Pero ésa era una ocasión en que no podía permitirse ese lujo.

Algo le había pasado cuando la había besado. Algo estimulante, que había llegado a lo más hondo de ella y abierto posibilidades inagotables. Moviò la cabeza y pensó que no eran posibilidades, sino fantasías. Si era inteligente, aceptaría ese momento de excitación y dejaría de querer más.

Su madre se había entregado a una persona sin rumbo y le había entregado el corazón, la confianza y el cuerpo. Había terminado embarazada y sola. Sabía que lo había añorado durante meses. Había muerto en el mismo hospital en el que había dado a luz, unos días más tarde. Traicionada, rechazada y avergonzada.

Charity sólo había descubierto la extensión de esa vergüenza cuando falleció su abuelo. Este había guardado el diario que había escrito su madre. Ella lo había quemado, no por vergüenza, sino por compasión. Siempre consideraría a su

madre una mujer trágica que había buscado el amor sin encontrarlo jamás.

Pero mientras permanecía despierta escuchando el ruido de la lluvia, se recordó que no era su madre. Era mucho, mucho menos frágil. Había sido bautizada en honor del amor y había sentido su calor toda la vida.

Y en ese momento en su vida había entrado una persona sin rumbo.

Recordó que le había hablado de remordimientos. Temía que fuera lo que fuera lo que sucediera, o no, entre ellos, iba a arrepentirse.



## Capítulo 4

Pasó la mayor parte de su tiempo encerrado en el ala oeste. Trabajar lo ayudaba a pensar. Aunque en varias ocasiones oyó entrar y salir a Charity, ninguno buscó la compañía del otro. Comprendía que podía ser más objetivo cuando no estaba cerca de ella.

Charity Ford no delegaba en la dirección de la posada. Fuera lo que fuera lo que hubiera en ella o pasara por ella, se hallaba directamente bajo su escrutinio. Lógicamente, eso significaba que se hallaba involucrada por completo, y quizá incluso al mando, de la operación que él había ido a dismantelar.

Y, sin embargo... lo que le había dicho a Conby la noche anterior seguía siendo verdad. No encajaba.

La mujer trabajaba casi veinticuatro horas al día para lograr que la posada fuera un éxito. La había visto hacer de todo, desde plantar geranios hasta recoger leña. Y a menos que fuera un actriz sobresaliente, disfrutaba con todo.

No parecía el tipo de mujer que quisiera ganar dinero de forma fácil. Ni la clase de mujer que anhelaba todas las cosas que podía comprar el dinero fácil. Pero eso se lo decía el instinto, no los hechos contrastados.

El problema radicaba en que Conby sólo aceptaba hechos. Mientras que él siempre había confiado mucho en el instinto. Su trabajo era demostrar la culpabilidad de ella, no que fuera inocente. No obstante, en menos de dos días había modificado sus prioridades.

No sólo se reducía a una cuestión de encontrarla atractiva. Eso le había pasado con otras mujeres y no había tenido ningún reparo en derribarlas. Se trataba de justicia. Una de las pocas cosas en las que creía sin reserva era en la justicia.

Con Charity, necesitaba estar seguro de que sus conclusiones sobre ella se basaban en más que las emociones que le provocaba. Los sentimientos y el instinto eran algo diferente. Si un hombre en su posición se permitía dejarse arrastrar por los sentimientos, no le resultaba de utilidad a nadie.

Entonces, ¿qué era? Sin importar lo mucho que lo meditara, no podía localizar una razón específica por la que estuviera seguro de su inocencia. Porque era el conjunto. Ella, la posada, la atmósfera que la rodeaba. Hacía que deseara creer en que esas personas, esos lugares, existieran. Y que existieran inmaculados.

Se estaba ablandando. Una mujer bonita, unos ojos grandes y azules, y empezaba a pensar en cuentos de hadas. Disgustado, llevó las brochas y los cubos de pintura al fregadero para limpiarlos. Iba a tomarse un descanso, del trabajo y de sus propias divagaciones.

En la sala de estar, Charity pensaba con igual renuencia en él mientras depositaba un montón de discos entre las señoritas Millie y Lucy.

—Qué idea encantadora —la señorita Lucy se acomodó las gafas para leer las etiquetas—. Un baile a la antigua usanza —desde una de las unidades del ala este, les llegó el llanto implacable de un crío—. Estoy segura de que esto mantendrá entretenidos a todos.

—Los jóvenes no saben qué hacer en un día de lluvia. Los críspa. Oh, mirad —la señorita Millie alzó un disco de cuarenta y cinco revoluciones por minuto—. Rosemary Clooney. ¿No es adorable?

—Elegid vuestros favoritos —Charity miró en torno de la habitación con expresión distraída. ¿Cómo iba a poder prepararse para una fiesta cuando sólo era capaz de pensar en Roman?—. Dependo de vosotras.

La larga mesa del bufé se había despejado para acomodar los refrescos. Si podía contar con Mae, quien jamás le había fallado, no tardarían en llegar desde la cocina.

Se preguntó si asistiría Roman. ¿Oíría la música y entraría en silencio en la habitación? ¿La miraría hasta que el corazón empezara a martillarle y olvidara que había algo o alguien más que él?

Llegó a la conclusión de que se estaba volviendo loca. Miró la hora. Eran las tres menos cuarto. Se le había transmitido la noticia a todos los huéspedes y, con un poco de suerte, estaría preparada para ellos en cuanto comenzaran a llegar. Las damas se habían enfrascado en una discusión sobre Perry Como. Las dejó y comenzó a empujar el sofá.

—¿Qué haces?

Soltó un chillido y para sus adentros maldijo a Roman.

—Como sigas moviéndote a hurtadillas, me va a dar algo.

—No me movía a hurtadillas. Estabas tan ocupada en bufar y resoplar, que no me oíste.

—No bufaba ni resoplaba —se apartó el pelo sobre el hombro y lo miró con ojos centelleantes—. Pero estoy ocupada, así que si te apartas dé mi camino... —agitó una mano y él se la atrapó, sin soltarla.

—Te he preguntado qué haces.

Tiró, luego tiró con más fuerza, luchando por controlar su humor. Si quería pelea, estaba dispuesta a complacerlo.

—Tejo una colcha —espetó—. ¿Tú qué crees que estoy haciendo? Muevo el sofá.

—No, no lo estás haciendo.

—¿Perdona?

—Digo que no mueves el sofá. Es demasiado pesado.

—Gracias por tu opinión, pero ya lo he movido otras veces —bajó la voz al notar las miradas interesadas que les lanzaban las señoritas—. Y si te apartas de mi camino, lo moveré otra vez.

Permaneció donde estaba, bloqueándole el paso.

—Tienes la necesidad de hacerlo todo por ti misma, ¿verdad?

—¿Eso qué significa?

—¿Dónde está tu ayudante?

—El ordenador ha tenido un fallo. Como Bob está mejor preparado para ocuparse de eso, yo me dedico a mover lo muebles. Y ahora...

—¿Dónde lo quieres?

—No te he pedido que... —pero él ya se había puesto al otro extremo del sofá.

—He dicho dónde lo quieres.

—Contra la pared lateral —alzó su extremo y trató de no mostrarse agradecida.

—¿Qué más?

Se alisó la falda del vestido.

—Ya te he dado una lista de tareas.

Enganchó un dedo pulgar en el bolsillo mientras permanecían plantados a cada lado del sofá. Tuvo ganas de poner la mano sobre la cara enfadada de ella y darle un buen empujón.

—Las he terminado.

—¿El grifo de la cabaña cuatro?

—Necesitaba una goma nueva.

—¿La ventana de la dos?

—Un poco de lija.

Se estaba quedando sin opciones.

—¿La pintura?

—La primera capa se está secando —ladeó la cabeza—. ¿Quieres ir a comprobarlo?

Suspiró. Costaba permanecer irritada cuando había hecho todo lo que le había pedido.

—Eres eficiente, ¿verdad, DeWinter?

—Así es.

Empezó a respirar otra vez, consciente de repente de que había contenido el aliento ante la inspección a que la había sometido él. Se recordó que no tenía tiempo para dejar que la distrajera.

—Se te ve un poco cansada —añadió él.

—Estoy demasiado ocupada para sentirme cansada —aliviada, llamó a una

camarera que subía los escalones cargada con una bandeja llena—. Déjala en el bufé, Lori.

—La segunda tanda viene justo detrás de mí.

—Estupendo. Sólo necesito... —calló cuando los primeros huéspedes mojados atravesaron la puerta de atrás. Rendida, se volvió hacia Roman. Si pensaba mantenerse en su camino, bien podía ser útil—. Te agradecería si enrollaras la alfombra y la guardaras en el ala oeste. Luego serás bienvenido a disfrutar de la velada.

—Gracias. Puede que lo haga.

Charity recibió a los huéspedes, colgó sus chaquetas, les ofreció refrescos y puso música casi antes de que Roman pudiera llevarse la alfombra. En quince minutos, había logrado que el grupo se mezclara.

Mientras la observaba, pensó que estaba hecha para eso. Estaba hecha para ser el centro de las cosas, para hacer que las personas se sintieran bien. Sin embargo, su lugar siempre había estado en los laterales.

—Oh, señor DeWinter —oliendo a lilas, la señorita Millie le ofreció una taza y un plato—. Tiene que beber un poco de té. No hay nada como el té para desterrar la melancolía en un día lluvioso.

Sonrió. Si hasta ella, con sus ojos nublados, podía ver que se hallaba taciturno, debía ir con cuidado.

—Gracias.

—Me encantan las fiestas —comentó con melancolía al ver a unas parejas bailar al son de una melodía de Clooney—. De joven, casi nunca pensaba en otra cosa. Conocí a mi marido en una fiesta como ésta. Eso fue hace casi cincuenta años. Bailamos durante horas.

Jamás se habría considerado galante, pero era difícil resistirse a esa mujer.

—¿Le gustaría bailar ahora?

Un leve rubor invadió sus mejillas.

—Me encantaría, señor DeWinter.

Charity observó a Roman sacar a bailar a la señorita Millie. El corazón se le suavizó. Intentó endurecerlo otra vez, pero le resultó una causa perdida. Pensó que resultaba muy dulce, en especial cuando él era cualquier cosa menos un hombre dulce. Dudaba de que los tés y las damas soñadoras y mayores fueran el estilo de Roman. Suspiró y condujo a un grupo de niños a la sala del televisor, donde les puso un vídeo de la Disney.

Roman la vio marcharse. Y la vio regresar.

—Ha sido maravilloso —le dijo la señorita Millie cuando paró la música.

—¿Qué? —de inmediato recuperó la concentración—. El placer ha sido mío —y le alegró el día dándole un beso en la mano.

Cuando ella regresó suspirando junto a su hermana, la había olvidado y sólo pensaba en Charity.

Ella reía cuando un hombre mayor la sacó a bailar. La música había cambiado. En ese momento era algo más vivo, enérgico y con sabor latino. Un mambo. O un merengue. No sabría reconocer la diferencia. Al parecer, ella sí la conocía. Siguió la música complicada y estrafalaria como si la hubiera bailado toda la vida.

La falda se abrió, se enroscó en torno a sus piernas y volvió a extenderse cuando giró. Rió, con el rostro próximo al de su pareja a medida que coordinaban los pasos. El primer agujonazo de celos lo enfureció e hizo que se sintiera como un tonto. El hombre con el que bailaba era lo bastante mayor como para ser su padre.

Cuando la música terminó, había logrado suprimir esa incómoda emoción, aunque otra había surgido para ocupar su lugar. El deseo. La deseaba, quería tomarla de la mano y llevársela lejos de allí, a un lugar oscuro y tranquilo donde sólo pudieran oír la lluvia. Quería ver cómo abría mucho los ojos y se descentraban tal como había sucedido cuando la besó. Quería experimentar la sensación increíble de la boca al suavizarse y encenderse bajo la suya.

—Es toda una lección mirarla, ¿verdad?

Roman giró la cabeza cuando Bob se acercó para tomar un sandwich de la bandeja.

—¿Qué?

—Charity. Mirarla bailar es toda una lección —se llevó el diminuto sandwich a la boca—. En una ocasión, intentó enseñarme, con la esperanza de que pudiera sacar a bailar a las damas en ocasiones como ésta. El problema es que no sólo tengo dos pies izquierdos, sino también dos piernas izquierdas —se encogió de hombros con alegría y tomó otro canapé.

—¿Has conseguido arreglar el ordenador?

—Sí. No eran más que unos fallos menores. Pero no soy capaz de enseñarle nada a Charity sobre circuitos impresos y software, como ella no puede enseñarme nada sobre samba. ¿Cómo va el trabajo?

—Bastante bien —miró a Bob servirse una taza de té y añadirle tres terrones de azúcar—. Acabaré en unas dos o tres semanas.

—Ya encontrará algo más para que haga —miró hacia donde Charity y una nueva pareja bailaban un foxtrot—. Siempre tiene una idea nueva para este lugar. Últimamente, le está dando vueltas a añadir un solarío y a poner un jacuzzi.

Roman encendió un cigarrillo. En ese momento miraba a los huéspedes y tomaba notas mentales para pasarle a Conby. Había dos hombres que parecían estar solos, aunque charlaban con otros miembros del grupo turístico. Block se hallaba junto a las puertas, con un plato lleno de sandwiches que despachaba con asombrosa facilidad, al tiempo que sonreía a nadie en particular.

—La posada debe de estar funcionando bien.

—Es estable. Hace un par de años, la situación estaba un poco delicada, pero

Charity siempre encuentra un modo de mantener el barco a flote. Para ella no hay nada más importante.

Roman guardó silencio un momento.

—No sé mucho sobre el negocio de la hostelería, pero da la impresión de que ella sabe lo que hace.

—Desde luego — eligió un trozo de tarta con una crema rosada—. Charity es la posada.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para ella?

—Unos dos años y medio. En realidad, no podía permitirse mi sueldo, pero quería cambiar cosas, modernizar la contabilidad. Insuflarle nueva vida al lugar. Y fue exactamente lo que hizo.

—Eso parece.

—Así que eres del este —hizo una pausa, pero continuó cuando Roman no realizó ningún comentario—. ¿Cuánto tiempo planeas quedarte?

—El tiempo que haga falta.

—¿El tiempo que haga falta para qué? —bebió un sorbo de té.

—Terminar el trabajo —miró con indiferencia hacia el ala oeste—. Me gusta acabar lo que empiezo.

—Sí. Bueno... —distribuyó varios canapés en un plato—. Me voy a ofrecérselos a las damas con la esperanza de que dejen que me los coma yo.

Lo vio pasar junto a Block e intercambiar unas palabras rápidas con él antes de cruzar la habitación. Con el deseo de disponer de tiempo para pensar, se escabulló de regreso al ala oeste.

Aún llovía cuando volvió unas horas más tarde. La música sonaba, una balada lenta y melódica de los años cincuenta. La habitación tenía una luz más tenue en ese momento, iluminada únicamente por el fuego de la chimenea y una lámpara con un globo de cristal. También estaba vacía, con la excepción de Charity, ocupada en recoger mientras tarareaba al son de la música.

—¿Se acabó la fiesta?

Ella alzó la vista, luego volvió a dedicarse a recoger tazas y platos.

—Sí. No te quedaste mucho tiempo.

—Tenía trabajo que hacer.

Como no quería dejar de moverse, se dedicó a vaciar ceniceros. Ya se había aferrado demasiado a su sentimiento de culpabilidad.

—Esta mañana estaba cansada, pero eso no es excusa para haber sido grosera contigo. Lamento si te di la impresión de que no podías divertirme unas horas.

No quería aceptar una disculpa que sabía que no merecía.

—Disfruto con el trabajo.

Eso hizo que se sintiera peor.

—A pesar de ello, por lo general no voy por ahí ladrando órdenes. Estaba

enfadada contigo.

—¿Ya no?

Alzó la vista y lo miró con ojos claros y directos.

—Lo estoy. Pero ése es mi problema. Si te ayuda en algo, estoy igual de enfadada conmigo misma por comportarme como una niña porque anoche no permitiste que la situación se descontrolara.

Incómodo, se sirvió una copa de vino.

—No te comportaste como una niña.

—Entonces, como una mujer desdeñada, o algo igualmente dramático. Intenta no contradecirme cuando me estoy disculpando.

A pesar de sus mejores esfuerzos, no pudo evitar que los labios se le curvaran en una leve sonrisa mientras bebía. Como no anduviera con cuidado, podía llegar a descubrir que estaba loco por ella.

—De acuerdo. ¿Hay más?

—Un poco —tomó uno de los escasos canapés que quedaban, pareció debatir consigo misma y se lo llevó a la boca—. No debería permitir que mis sentimientos personales interfirieran con la dirección de la posada. El problema es que casi todo lo que pienso o siento se relaciona con la posada.

—Ninguno de los dos pensaba en la posada anoche. Tal vez ése es el problema.

—Tal vez.

—¿Quieres que vuelva a poner el sofá en su sitio?

—Sí —« todo sigue igual », se dijo ella mientras iba a levantar su extremo. En cuanto estuvo en su sitio, rodeó el sofá para ahuecar los cojines—. Te vi bailar con la señorita Millie. Eso la entusiasmó.

—Me cae bien.

—Creo que así es —convino despacio; luego se irguió y lo estudió—. No eres el tipo de hombre que brinda con facilidad su simpatía.

—No.

Quiso acercarse a él, alzar una mano a su mejilla. « Es ridículo », se dijo. Sin contar la disculpa, seguía enfadada con él por lo sucedido la noche anterior.

—¿Tan dura ha sido la vida? —murmuró.

—No.

Con una risa leve, ella movió la cabeza.

—Aunque tampoco me lo reconocerías si lo hubiera sido. He de aprender a no hacerte preguntas. ¿Por qué no establecemos una tregua, Roman? La vida es demasiado corta para los resentimientos.

—No tengo ningún resentimiento hacia ti, Charity.

Ella sonrió un poco.

—Es tentador, pero no voy a preguntarte qué clase de sentimientos albergas hacia mí.

—No sería capaz de decírtelos, ya que aún no he logrado desentrañarlos —lo sorprendió oír sus propias palabras. Después de vaciar la copa de vino, la dejó a un lado.

—Bueno —desconcertada, se echó el pelo atrás con las dos manos—. Es lo primero que me has dicho que realmente puedo comprender. Parece que estamos en el mismo barco. ¿Doy por sentado que tenemos una tregua?

—Claro.

Miró atrás cuando otro disco cayó sobre el plato.

—Ésta es una de mis favoritas. Smoke Gets In Your Eyes —sonreía otra vez al mirarlo—. No me has invitado a bailar.

—No.

—La señorita Millie afirma que eres muy bueno —extendió una mano en un gesto que era tanto un ofrecimiento de paz como una invitación.

Incapaz de resistir, la tomó en la suya. Sus ojos permanecieron bloqueados el uno en el otro mientras la atraía despacio hacia él.



## Capítulo 5

Un fuego ardía lentamente en la chimenea. La lluvia golpeaba contra las ventanas. Él disco era viejo y con ruido, la melodía de una tristeza embrujadora. Lo quisieran o no, sus cuerpos encajaban. Con suavidad, deslizo la mano por el hombro de él, Roman por la cintura de ella. Con las caras próximas, comenzaron a bailar.

La altura añadida de los tacones colocó sus ojos a la altura de los de Roman. Él podía oler la suave fragancia que parecía ser parte de ella. Seducido, la aproximó. Los muslos se rozaron. Aún más cerca. Los cuerpos se fundieron.

Sólo se oía la música, la lluvia, el crepitar del fuego. Una luz sombría remolineaba en la habitación. Podía sentir el corazón de ella palpitar contra el suyo, veloz, no muy firme.

Tampoco él estaba muy firme.

Se preguntó si era eso todo lo que hacía falta. ¿Sólo tenía que tocarla para pensar que era el principio y el fin de todo? Y para desear... Subió la mano por su espalda y extendió los dedos hasta enredarlos en su pelo. Para desear que pudiera pertenecerle.

No estaba seguro de cuándo había enraizado en él ese pensamiento. Quizá había comenzado nada más verla. Era... debería haber sido... inalcanzable para él. Pero cuando la tenía en brazos, cálida, prácticamente entregada, por su cabeza centelleaban docenas de posibilidades.

Ella quería sonreír, realizar algún comentario ligero, fácil. Pero no fue capaz de emitir las palabras. Tenía un nudo en la garganta. El modo en que la miraba, como si fuera la única mujer que hubiera visto alguna vez o que quisiera ver, le hizo olvidar que el baile supuestamente era un gesto de amistad.

Sabía que tal vez nunca fuera su amiga, sin importar lo mucho que se esforzara. Pero con los ojos de él encima, entendió lo fácil que podría ser su amante.

Quizá estaba mal, pero no pareció importar mientras se deslizaban por el suelo. La canción hablaba de amor traicionado, pero ella sólo oía poesía. Sintió que la voluntad se evaporaba a medida que la música reverberaba por su cabeza. No, no parecía importar. Nada parecía importar siempre y cuando continuara meciéndose en sus brazos.

Ni siquiera intentó pensar, en ningún momento trató de razonar. Siguiendo el dictamen de su corazón, pegó los labios a la boca de Roman.

Instantáneas. Irresistibles. Irrevocables. Las emociones pasaron de uno al otro, luego se fundieron en un torrente de necesidad. No esperaba que se mostrara gentil, aunque su beso le había ofrecido confort al igual que pasión. Roman se zambulló en ella con una velocidad y fuerza que la dejaron aturrida, para anhelar más.

Cuando sus lenguas se encontraron, Charity pensó que era eso lo que impulsaba a la gente a realizar actos locos y desesperados. Una vez que se probaba ese placer loco y doloroso, jamás se podía olvidar, siempre se añoraba. Le rodeó el cuello con los brazos mientras se entregaba a disfrutarlo.

Con unos besos veloces e intensos, Roman los empujó a ambos al borde del abismo. Sabía que era algo más que deseo. El deseo jamás había dolido, al menos no tan profundamente. Era como un arañazo, que no se tardaba en olvidar y curar. Se trataba de una herida descarnada y profunda.

La lujuria jamás le había desterrado todo pensamiento coherente de la mente. No obstante, sólo podía pensar en ella. Eran pensamientos caóticos, todos prohibidos. Desesperado, le llenó la cara de besos, mientras unas fantasías salvajes de caricias y de probar cada centímetro de su cuerpo le remolineaban por la cabeza. No sería suficiente. Jamás sería suficiente. Sin importar lo mucho que aceptara de ella, siempre lo llamaría de vuelta. Y podría hacerlo suplicar. Esa certeza lo aterraba.

Charity volvía a temblar, a la vez que se pegaba a Roman. Sus jadeos y suspiros suaves lo empujaron al límite de la razón. Encontró otra vez su boca y se dio un festín con ella.

Apenas era capaz de reconocer el cambio, no podía encontrar una causa. De pronto ella fue como cristal en sus manos, algo preciado, frágil, que necesitaba proteger y defender. Le tomó el rostro con las manos, con dedos leves y de caricias cautelosas. La boca, hambrienta unos momentos antes, se suavizó.

Aturrida, Charity se tambaleó. Se sintió invadida por unas emociones nuevas y vibrantes. Débil por esa embestida, dejó que la cabeza le cayera hacia atrás. Inertes, los brazos se desplomaron a los costados. Había belleza ahí, una belleza suave y tenue que jamás había sabido que existía. La ternura logró lo que la pasión aún no había conseguido. Con la libertad de un pájaro que emprende el vuelo, su corazón fue hacia él.

El amor, la primera vez que se experimentaba, resultaba devastador. Sintió que las lágrimas le quemaban los ojos, oyó su propio gemido de rendición. Y probó esa gloria a medida que los labios de él jugaban suavemente con los suyos.

Siempre recordaría ese instante en que su mundo había cambiado... la música, la lluvia, la fragancia de las flores frescas. Nada volvería a ser lo mismo jamás. Ni querría que lo fuera.

Aturdida, se echó hacia atrás para levantar una mano hacia su cabeza mareada.

—Roman...

—Ven conmigo —reacio a pensar, volvió a pegarla contra él—. Quiero saber lo que se siente al estar contigo, desvestirte, tocarte.

Con un gemido, volvió a rendirse a su boca.

—Charity, Mae quiere que... —Lori se detuvo ante las escaleras. Después de carraspear, contempló el cuadro de la pared opuesta como si la fascinara—. Perdonadme. No era mi intención...

Charity se había apartado como impulsada por un muelle y buscaba recobrar la compostura.

—Está bien. ¿De qué se trata, Lori?

—Es, bueno... Mae y Dolores... Quizá podrías ir a la cocina cuando tengas un minuto —terminó de bajar las escaleras con una sonrisa en los labios.

—Debería... —calló para respirar hondo, pero apenas logró emitir un suspiro trémulo—. Debería bajar —retrocedió un paso—. En cuanto empiezan, necesitan... —se interrumpió en el momento en que Roman la sujetó por el brazo.

Él esperó hasta que levantó la cabeza y volvió a mirarlo.

—Las cosas han cambiado.

Sonaba tan sencillo dicho de esa manera...

—Sí. Sí, lo han hecho.

—Para bien o para mal, Charity, terminaremos esto.

—No —distaba mucho de hallarse calmada, pero sí estaba determinada—. Si está bien, lo terminaremos. No voy a fingir que no te deseo, pero tienes razón al decir que las cosas han cambiado, Roman. Verás, sé lo que siento ahora y he de acostumbrarme a ello.

La aferró con más fuerza cuando se volvió para irse.

—¿Qué sientes?

No habría podido mentir aunque lo hubiera querido. Cuando se trataba de sentimientos, carecía de la habilidad o del deseo de suprimirlos.

—Estoy enamorada de ti.

Los dedos que la sujetaban se abrieron. La soltó muy despacio, con cuidado, como si retrocediera de algún animal peligroso.

Ella leyó la conmoción en su cara. Era comprensible. Y leyó la desconfianza. Eso era doloroso. Le dedicó una última mirada seria antes de darse la vuelta.

—Al parecer, los dos tenemos que acostumbrarnos a ello.

Mentía. Se lo repitió una y otra vez mientras iba de un lado a otro de la habitación. Si no a él, desde luego a sí misma. A la gente no le costaba nada mentir acerca del amor.

Se detuvo junto a la ventana y clavó la vista, en la oscuridad. La lluvia se había detenido y la luna se asomaba con intermitencias entre las nubes. Abrió la ventana y respiró el aire fresco y húmedo. Necesitaba algo para despejar la cabeza.

Irritado, le dio la espalda a la vista de los árboles y las flores y otra vez se puso a ir de un lado a otro. Las sonrisas relajadas, la bienvenida abierta, la amistad... luego la pasión, la reacción desinhibida, la seducción. Quería creer que era una trampa, aunque a su mente bien entrenada la idea le resultaba absurda.

No tenía motivo para sospechar de él. Su tapadera era sólida. Charity lo consideraba alguien que estaba de paso. Era él quien ponía la trampa.

Se dejó caer en la cama y encendió un cigarrillo, más por hábito que por deseo de fumarlo. Las mentiras formaban parte de su trabajo y se le daban muy bien. Dio una calada y reflexionó que ella no le había mentado. Le había despertado anhelos y había justificado el deseo por un desconocido diciéndose que estaba enamorada.

Pero si era verdad...

No podía permitirse el lujo de pensar de esa manera. Se apoyó en el cabecero y clavó la vista en la pared. No podía permitirse el lujo de pensar lo que sería que lo amarán, y menos por esa mujer para quien el amor lo significaba todo. Aunque no hubiera formado parte de su misión, tendría que evitar a Charity Ford.

Ella primero pensaría en el amor, luego en una casa con vallas blancas, cenas los domingos y veladas junto al fuego. Jamás sería bueno para ella. Con un pasado cuestionable y un futuro incierto, no había nada que pudiera ofrecerle a una mujer como Charity.

Pero, por Dios, la deseaba. La necesidad le carcomía las entrañas. Sabía que en ese momento se encontraba arriba. La imaginó acurrucada en la cama con dosel, bajo las sábanas blancas, quizá con una vela blanca ardiendo en la mesilla.

Le bastaba con subir las escaleras y cruzar la puerta. Ella no lo echaría. Y si lo intentaba, sólo necesitaría unos momentos para vencer su resistencia. Al creerse enamorada, cedería, y luego le abriría los brazos. Anhelaba estar en ellos, hundirse en esa cama, en ella... y dejar que el olvido los reclamara a los dos.

Pero le había pedido tiempo. No iba a negarle lo que él mismo necesitaba. Y, en el tiempo que le concediera, emplearía toda su destreza para acometer lo que sabía que podía hacer por ella. Demostraría que era inocente.

Roman observó al grupo turístico pagar la cuenta a la mañana siguiente. En una escalera en el centro del vestíbulo, se tomó su tiempo para cambiar bombillas. El sol había salido y bañaba el espacio mientras algunos miembros del

grupo se demoraban después del desayuno.

En la recepción, Charity charlaba con Block. Él llevaba una camisa blanca y su perpetua sonrisa. Sacó una calculadora del maletín y comprobó si las cuentas de ella coincidían con las suyas.

Bob asomó la cabeza desde el despacho y le entregó una hoja impresa. Charity y Block compararon listados. Sin dejar de sonreír, él sacó un fajo de billetes del maletín. Pagó en efectivo, con dólares canadienses. Charity guardó el dinero en un cajón y luego le entregó el recibo.

—Siempre es un placer, Roger.

—Tu fiesta de ayer salvó el día —le dijo—. Mi gente la considera lo mejor del viaje.

Complacida, le sonrió.

—Aún no han visto Mount Rainier.

—Unos cuantos piensan repetir —le palmeó la mano, luego miró el reloj—. Es hora de llevármelos. Te veré la semana próxima.

—Buen viaje, Roger —se volvió para darle cambio a un huésped que se marchaba, luego vendió unas postales y unas cadenas con unas ballenas en miniatura.

Roman cambió la bombilla del techo y se demoró hasta que el vestíbulo volvió a quedar vacío.

—¿No es extraño que una empresa como ésa pague en efectivo?

Charity alzó la vista de la lista de reservas.

—Nunca rechazamos un pago en efectivo —le sonrió, tal como se había prometido que haría. Mientras él bajaba de la escalera, se recordó que sus sentimientos eran su problema. Sólo deseaba que las horas que había dedicado la noche anterior a ahondar en su alma le hubieran aportado una solución.

—Lo lógico sería pagar con una tarjeta de crédito o con un cheque.

—Es la política de su empresa. Créeme, con un hotel pequeño e independiente, un cliente que paga en efectivo como Vision puede marcar toda la diferencia.

—Apuesto que sí. ¿Hace mucho que trabajas con ellos?

—Un par de años. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Block no parece el típico guía turístico.

—¿Roger? No, supongo que se parece más a un luchador —volvió a concentrarse en los papeles. Le costaba mantener una conversación superficial cuando tenía los sentimientos tan a flor de piel—. Realiza un buen trabajo.

—Sí. Estaré arriba.

—Roman —había tanto que quería decirle, pero podía sentir que ya se había distanciado de ella—. Nunca hemos hablado de tu día libre —comenzó—. Puedes tomarte los domingos, si te apetece.

—Puede que lo haga.

—Y puedes decirle a Bob las horas que has trabajado al final de cada semana, es él quien se encarga de las nóminas.

—De acuerdo. Gracias.

Más tarde, Charity decidió que no iba a ser fácil hablar con él. Pero tenía que hacerlo. Sin embargo, se demoraba, ganando tiempo.

No era típico de ella. Toda su vida había tenido la costumbre de encarar los problemas. Y no sólo en el ámbito profesional, sino también en el personal. Había sobrellevado no tener padres. Incluso de niña, nunca había eludido las preguntas a veces dolorosas sobre su situación.

Aunque había contado con el apoyo de su abuelo. Había sido tan sólido, tan cariñoso. La había ayudado a entender que era un ser independiente.

Pero en ese momento ya no estaba. Y ella había dejado de ser una adolescente. Pero si algo le había enseñado era que los sentimientos honestos no tenían por qué inspirar vergüenza.

Armada con un termo lleno de café, fue al ala oeste.

Roman había terminado el salón. El olor a pintura fresca era fuerte, a pesar de que había dejado abierta una ventana para airearlo. Aún había que poner las puertas y barnizar los suelos, pero ya podía imaginar la habitación con cortinas vaporosas y la alfombra de motivos florales que había guardado en el desván.

Desde el dormitorio de más allá, le llegó el zumbido de una sierra eléctrica. Al empujar la puerta para asomarse, pensó que era un sonido bueno, constructivo.

Tenía los ojos entrecerrados en gesto de concentración, inclinado sobre la madera apoyada en un par de caballetes. El serrín danzaba dorado contra la luz del sol. «Sabe hacer cosas», pensó mientras lo veía medir la madera para el siguiente corte. «Buenas cosas, incluso cosas importantes». Estaba segura de ello. No sólo porque lo amaba, sino porque era él. Cuando una mujer dedicaba toda su vida a ser anfitriona de desconocidos, aprendía a juzgar y a ver.

Esperó hasta que dejó la sierra para abrir del todo la puerta. Antes de que pudiera hablar, él giró en redondo. El paso hacia atrás de Charity fue instintivo, a la defensiva. Se dijo que era ridículo, pero pensó que si él hubiera tenido un arma, la habría desenfundado.

—Lo siento —los nervios que había tratado de controlar, se fueron al infierno—. Debería haber pensado que te sobresaltaría.

—No pasa nada —dijo, aunque lo irritó que lo hubiera sorprendido. Quizá si no hubiera estado pensando en ella, la habría percibido.

—Tenía que hacer algunas cosas arriba, así que pensé en traerte un poco de café —dejó el termo en un escalón de la escalera—. Y quería comprobar cómo iban las cosas. El salón tiene un aspecto estupendo. ¿Quieres un poco de café? —se sentía un poco más serena.

—Sí. Yo lo serviré.

—Tienes las manos llenas de polvo —lo frenó y desenroscó la tapa del termo—.  
—Doy por hecho que nuestra tregua vuelve a estar en vigor.

—No sabía que se hubiera cancelado.

Sirvió el café en la taza de plástico y miró alrededor.

—Ayer te puse incómodo. Lo siento.

Aceptó la taza y se sentó sobre un caballete.

—Vuelves a poner palabras en mi boca, Charity.

—En esta ocasión no me hace falta. Pusiste expresión de que te hubiera golpeado con un ladrillo —inquieta, movió los hombros—. Supongo que yo habría podido reaccionar de la misma forma si alguien de repente me dice que me ama. Y más cuando nos conocemos desde hace tan poco.

Al descubrir que no le apetecía, dejó el café a un lado.

—Reaccionabas al momento.

—No —se volvió hacia él, sabiendo que era importante que hablaran cara a cara—. Creí que podrías pensar eso. De hecho, incluso consideré jugar sobre seguro y dejar que lo creyeras. Los engaños se me dan de pena. Parecía más justo decirte que no tengo por costumbre... Lo que quiero decir es que por regla general no me arrojo en brazos de los hombres. La verdad es que tú eres el primero.

—Charity —se pasó una mano por el pelo y se quitó el pañuelo que llevaba en la frente—. No sé qué decirte.

—No tienes que decir nada. La cuestión es que vine con mi discurso preparado. Era bueno... sereno, comprensivo, con unos toques de humor. Pero lo estoy fastidiando —se dirigió hacia la ventana. En un impulso, la levantó para aspirar el aroma de las campánulas—. La cuestión es que —repitió, odiándose por darle la espalda— no podemos fingir que no lo dije. No puedo fingir que no lo siento. Eso no significa que espere que tú sientas lo mismo, porque no es así.

—¿Qué esperas?

Lo tenía justo detrás. Se sobresaltó cuando su mano le aferró el hombro. Hizo acopio de coraje y se dio la vuelta.

—Que seas honesto conmigo —habló con rapidez y no notó el ligero retroceso de Roman—. Agradezco que no trates de fingir que me amas. Puedo ser sencilla, pero no estúpida. Sé que podría ser más fácil mentir, pronunciar lo que crees que quiero oír.

—No eres sencilla —murmuró, alzado una mano para acariciarle la mejilla—.  
—Jamás he conocido a una mujer más desconcertante y complicada.

Primero sintió sorpresa, luego placer.

—Es lo más agradable que me has dicho jamás. Nadie me ha acusado nunca de ser complicada —le tomó la mano.

—No fue un cumplido.

Eso la hizo sonreír. Relajada otra vez, se sentó en el alféizar.

—Mejor aún. Espero que esto signifique que hemos terminado de sentirnos incómodos en la compañía del otro.

—No sé qué siento en tu compañía —subió las manos por sus brazos hasta llegar a los hombros, luego volvió a bajarlas hasta los codos—. Pero la palabra que lo describe no es « incómodo» .

Conmovida, ella se puso de pie.

—He de irme.

—¿Por qué?

—Porque es pleno día, y si me besas, podría llegar a olvidarlo.

Excitado ya, la acercó.

—Siempre organizada.

—Sí —apoyó una mano en su torso para mantener cierta distancia entre ellos —. Arriba tengo algunas facturas que debo revisar —con aliento contenido, retrocedió hacia la puerta—. Te deseo, Roman. Lo que pasa es que no estoy segura de que pueda manejar eso.

« Yo tampoco », pensó cuando se cerró la puerta. Con otra mujer, habría tenido la certeza de que la liberación física habría puesto fin a la tensión. Con Charity sabía que hacer el amor sólo añadiría otra capa al poder que ejercía sobre él.

Quizá había reaccionado con tanta vehemencia a su declaración de amor porque tenía miedo de estar enamorándose de ella.

—¡Roman! —llamó Charity con voz encantada. Él abrió la puerta y la vio de pie en el rellano, en lo alto de las escaleras—. Ven. Deprisa. Quiero que las veas.

Desapareció, dejando que él deseara que lo hubiera llamado a cualquier sitio menos a ese dormitorio.

Cuando entró, lo llamó otra vez, en ese momento con impaciencia en la voz.

—Date prisa, no sé cuánto van a quedarse.

Estaba sentada en el alféizar de la ventana, el tronco superior asomado por la abertura, las piernas largas enganchadas justo encima de los tobillos. Sonaba música, algo vibrante, apasionado.

—Maldita sea, Roman, te las vas a perder. No te quedes ahí parado. No te llamé para atarte a los postes de la cama.

Como se sentía como un tonto, fue junto a ella.

—Mira —sostenía unos prismáticos y con ellos señaló hacia el mar—. Oreas.

Se asomó por la ventana y siguió la dirección de la mano de ella. En la distancia pudo ver un par de formas que surcaban las aguas. Fascinado, le quitó los prismáticos.

—Hay tres —encantado, se unió a ella en el alféizar. Sus piernas quedaron alineadas y con gesto distraído apoyó un mano en su rodilla. En esa ocasión, en vez de fuego, hubo un calor sencillo.

—Sí, hay una cría. Creo que puede ser la misma que divisé hace unos días —



cerró una mano sobre la suya mientras ambos contemplaban el mar—. Son magníficas, ¿verdad?

—Sí, lo son —la cría apenas era visible entre las dos ballenas adultas—. En realidad, nunca esperé verlas.

—¿Por qué? La isla recibe su nombre por ellas —trató de seguirlas con la vista—. Mi primer recuerdo claro de ver a una fue con cuatro años. El abuelo me llevó en un pequeño bote. Una saltó del agua a menos de diez metros. No paré de chillar —riendo, se apoyó en el marco de la ventana—. Pensé que nos iba a tragar enteros, como a Jonás o quizá a Pinocho. Pero al final el abuelo logró calmarme. Nos siguió durante diez o quince minutos. Después de aquello, no dejé de pedirle que nos sacara otra vez a verlas.

—¿Y lo hizo?

—Todos los lunes por la tarde durante aquel verano. No siempre veíamos algo, pero fueron días maravillosos, los mejores —giró la cara hacia la brisa—. Fui afortunada de tenerlo el tiempo que lo tuve, pero hay ocasiones... en que desearía que estuviera aquí. Es una tontería.

—No —le tomó la mano por primera vez y enlazó los dedos con los de ella—. No lo es.

Volvió a mirarlo.

—Puedes ser un hombre agradable —sonó el teléfono y ella gimió, pero fue a contestar de todos modos—. Hola. Sí, Bob. ¿Qué quiere decir que no piensa entregarlas? Una nueva dirección y un cuerno, llevamos tratando con esa empresa diez años. Sí, de acuerdo. Bajaré de inmediato. Oh, espera —alzó la vista—. Roman, ¿siguen ahí?

—Sí. Van hacia el sur. No sé si se están alimentando o dando un paseo.

Rió y se acercó otra vez el auricular al oído.

—Bob... ¿Qué? Sí, era Roman —enarcó una ceja—. Así es. Estamos en mi habitación. Lo llamé porque divisé unas oreas desde mi ventana. Quizá quieras decirselo a los huéspedes que veas. No, no hay motivo para que estés preocupado. ¿Por qué iba a haberlo? Bajo ahora mismo —colgó, moviendo la cabeza—. Es como tener la casa llena de escoltas —musitó.

—¿Algún problema?

—No. Bob acaba de darse cuenta de que estabas en mi dormitorio... o más bien de que estábamos solos aquí, y se ha puesto en plan hermano mayor —abrió un cajón y sacó una cinta. Con pocos movimientos se recogió el pelo—. El año pasado, Mae amenazó con envenenar a un huésped que se me insinuó. Es como si tuviera quince años.

La estudió. Llevaba unos vaqueros con una sudadera con el mapa de la isla.

—Lo parece.

—No tomo eso como un cumplido —pero no tenía tiempo para discutir—. Me espera una pequeña crisis abajo. Puedes quedarte y seguir observando a las

ballenas —se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo—. Oh, casi lo olvidaba. ¿Sabes montar estanterías?

—Es probable.

—Estupendo. Creo que al salón de la suite familiar le vendrían bien algunas. Ya hablaremos del asunto.

La oyó bajar a toda velocidad. Estaba seguro de que podría manejar cualquier crisis que hubiera en el otro extremo de la posada. Mientras tanto, lo había dejado a solas en su habitación. Sería sencillo volver a inspeccionar su escritorio. Miró hacia el mar. Sería algo que podría hacer sin titubeos.

Pero no podría. Charity confiaba en él. En algún momento durante las últimas veinticuatro horas, había llegado a un punto en el que no era capaz de violar esa confianza.

Eso lo volvía inútil. Maldijo y se apoyó otra vez en la ventana. Sin ni siquiera haber sido consciente de ello, Charity había socavado por completo su capacidad para desempeñar el trabajo para el que estaba entrenado. Lo mejor sería que llamara a Conby para que lo quitara del caso. Lo mejor sería presentar la dimisión en ese momento y no al final de la misión. Era una simple cuestión de responsabilidad.

Tampoco pensaba hacer eso.

Necesitaba quedarse. No tenía nada que ver con sentirse amado, en casa. Necesitaba creer eso. También necesitaba acabar su trabajo y demostrar más allá de cualquier atisbo de duda la inocencia de Charity. Ésa sí era una cuestión de lealtad.

Conby habría dicho que su lealtad tenía que estar del lado de la Agencia, no de una mujer a la que conocía desde hacía menos de una semana. Y se habría equivocado. Dejó los prismáticos. Había ocasiones, contadas ocasiones, en que a alguien se le presentaba la oportunidad de hacer algo bueno, correcto. Eso nunca antes le había importado, pero le importaba en ese momento.

Si lo único que podía darle a Charity era un nombre limpio, pensaba hacerlo. Y luego saldría de su vida.

Se incorporó y miró alrededor de la habitación. Deseó no ser otra cosa que el trotamundos que Charity había llevado a su casa. Entonces, tal vez tendría derecho a amarla. Pero en esas circunstancias, lo único que podía hacer era salvarla.

## Capítulo 6

La temperatura subía. La primavera estallaba, llena de gloria, color y fragancia. La isla era un paraíso de flores silvestres, árboles verdes y pájaros. Al amanecer, con finos dedos de niebla sobre el agua, era un lugar místico, atemporal.

Roman se hallaba a un lado del camino y observaba salir el sol tal como había hecho sólo unos días atrás. Sabía que Charity había salido a correr con su perro y que pasaría junto a él a su regreso.

Necesitaba verla, hablar con ella, estar con ella.

La noche anterior, había abierto la caja y examinado los billetes que ella había juntado con precisión para ser depositados ese día. Había encontrado más de dos mil dólares canadienses falsos. El primer impulso había sido contárselo, exponerle todo lo que sabía y lo que necesitaba saber. Pero se había contenido. Decírselo no probaría su inocencia ante hombres como Conby.

Disponía de lo suficiente como para atrapar a Block Y creía que casi suficiente para pillar a Bob. Pero no podría cazarlos sin proyectar sombras sobre Charity. Por propia admisión de ella, y según las afirmaciones del personal leal, en la posada no se podía tirar un alfiler sin que ella lo supiera.

Si eso era así, ¿cómo iba a poder demostrar que durante casi dos años se había desarrollado una operación de falsificación y contrabando bajo sus propias narices?

Él lo creía como nunca había estado seguro de nada. Pero Conby y los demás querían hechos. Dio una calada al cigarrillo y vio cómo la niebla se disipaba con el sol. Debía ofrecerles hechos. Hasta entonces, no les daría nada.

Podía esperar y cerciorarse de que Conby bajaba el hacha sobre Block el próximo viaje que realizara el guía a la posada. Eso le daría tiempo suficiente para asegurarse de que Charity no se viera involucrada. Una vez que terminara todo y ella supiera la parte que él había desempeñado en la operación, lo odiaría. Pero lo superaría. No le quedaría otra alternativa.

Oyó un coche y giró la vista; luego volvió a mirar el agua. Se preguntó si algún día podría regresar a ese mismo sitio a esperar a Charity.

«Fantasías», se dijo, tirando el cigarrillo a medio fumar a la tierra. Últimamente perdía mucho tiempo en fantasías.

El coche avanzaba a toda velocidad, con el motor protestando por el esfuerzo. Miró otra vez, irritado porque perturbaran su mañana y sus pensamientos.

Su irritación le salvó la vida.

Sólo necesitó un instante para darse cuenta de lo que pasaba y otro instante para esquivarlo. Mientras el coche avanzaba hacia él, saltó a un lado y rodó por la hierba. Tenía la pistola en la mano al tiempo que se incorporaba. Captó un vistazo de la parte de atrás del vehículo al acelerar por una curva. Ni siquiera dispuso de tiempo para maldecir antes de oír el grito de Charity.

Corrió, ajeno al fuego que tenía en el muslo donde el coche lo había rozado y a la sangre que manaba de su brazo donde se había golpeado con una piedra. Ya se había enfrentado a la muerte en otras ocasiones. Ya había matado. Pero hasta ese momento, con el grito de ella reverberando aún en su cabeza, nunca había entendido el terror. No había entendido la agonía hasta no verla extendida junto al camino.

El perro estaba acurrucado junto a ella, gimiendo, pegando el hocico a su cara. Se volvió al acercarse Roman y empezó a gruñir, luego a ladrar.

—Charity —se agachó a su lado y le buscó el pulso con mano temblorosa—. Tranquila, pequeña. Te vas a poner bien —le susurró mientras tanteaba para ver si había algún hueso roto.

¿La habían atropellado? Con todo el control que poseía, bloqueó la visión de Charity volando por el aire. Aún respiraba. Se aferró a eso. El perro gimió cuando le giró la cabeza y examinó el corte que tenía en la sien. Era el único punto de color en su cara. Contuvo la sangre con el pañuelo y maldijo al sentir que los dedos se le humedecían.

Con expresión sombría, guardó el arma y luego la alzó en brazos. El cuerpo parecía sin huesos. Tuvo miedo de que se derritiera. Durante el kilómetro que los separaba de la posada, no dejó de hablarle, aunque ella permaneció quieta y pálida.

Bob salió corriendo desde la entrada principal.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Qué diablos le has hecho?

Roman se detuvo el tiempo suficiente para lanzarle una mirada lóbrega y furiosa.

—Creo que tú lo sabes. Tráeme las llaves de la furgoneta. Necesita ir al hospital.

—¿Qué es todo esto? —Mae cruzó la puerta mientras se secaba las manos en el mandil—. Lori dijo que vio... —palideció, pero comenzó a moverse con sorprendente velocidad y apartó a Bob para llegar hasta Charity—. Llévala arriba.

—La voy a llevar al hospital.

—Arriba —repitió, retrocediendo para abrirle la puerta—. Llamaremos al doctor Mertens será más rápido. Vamos, muchacho. Llama al doctor, Bob. Dile

que se dé prisa.

Roman cruzó la puerta, con el perro pisándole los talones.

—Y llama a la policía —añadió—. Cuéntales que ha habido un atropello con fuga.

Sin perder tiempo en más palabras, Mae se dirigió hacia la casa. Jadeaba al llegar a la primera planta, pero no aminoró el paso en ningún momento. Al entrar en el dormitorio de Charity, ésta ya había recobrado el color.

—Ponía en la cama... con cuidado —apartó la colcha y luego, con igual eficacia, hizo a un lado a Roman—. Ya está, pequeña, te pondrás bien. Ve al cuarto de baño —le dijo a él—. Tráeme una toalla limpia —apoyó la cadera en la cama, tomó la cara de Charity con una palma ancha y examinó la herida de la cabeza—. Parece peor de lo que es —suspiró. Después de aceptar la toalla que le ofreció Roman, la pegó a la sien de ella—. Las heridas en la cabeza sangran mucho. Pero no es profunda.

—Debería recuperar el conocimiento.

—Dale tiempo. Luego quiero que me cuentes qué paso, pero ahora voy a desvestirla para comprobar si tiene alguna otra herida. Ve a esperar abajo.

—No pienso dejarla.

Mae alzó la vista. Tenía los labios fruncidos y los ojos surcados por líneas de preocupación. Pasado un momento, simplemente, asintió.

—De acuerdo, pero sé de alguna utilidad. Tráeme las tijeras que hay en su escritorio. Quiero cortarle esta camisa. Puedes quedarte —confirmó cuando él le entregó las tijeras—. Pero sin importar lo que haya estado pasando entre vosotros dos, te darás la vuelta hasta que la deje decente.

Cerró las manos con impotencia y se las metió en los bolsillos al girar.

—Quiero saber dónde está herida.

—Frena —Mae le quitó la camisa y controló sus emociones mientras examinaba los arañazos y magulladuras—. Busca en el primer cajón de la cómoda y saca un camisón. Uno con botones. Y que no se te desvien los ojos —agregó—, o te echaré de aquí.

En respuesta, él arrojó un camisón blanco sobre la cama.

—No me importa lo que lleve puesto. Quiero saber el alcance de sus heridas.

—Lo sé, muchacho —la voz de Mae se suavizó al deslizar el brazo laxo de Charity en una manga—. Tiene algunas magulladuras, eso es todo. Nada roto. El corte en la cabeza va a necesitar algún cuidado, pero los cortes sanan. Fue peor cuando se cayó de un árbol. Esa es mi chica. Está recuperándose.

Entonces él se volvió para mirar, sin importarle que tuviera o no puesto el camisón. Pero Mae ya había terminado de abotonárselo. Apenas logró controlar el impulso de ir hasta su lado. Sintió una profunda sensación de alivio cuando los ojos de ella parpadearon. Al oírla gemir, se pasó las manos heladas por los muslos.

—¿Mae? —mientras se afanaba por centrar los ojos, extendió una mano. Podía ver la forma sólida de su cocinera, pero poco más—. ¿Qué...? Oh, Dios mío, mi cabeza.

—Te palpita bien, ¿verdad? —comentó Mae con energía, pero agarró la mano de Charity entre las suyas. Se la habría besado si hubiera creído que nadie lo notaría—. El médico te la arreglará.

—¿Médico? —desconcertada, trató de sentarse, pero el dolor estalló en su cabeza—. No quiero un médico.

—Pero te verá de todos modos.

—No voy a... —discutir requería mucho esfuerzo. Cerró los ojos y se concentró en despejar la mente. Era evidente que se encontraba en la cama... pero ¿cómo diablos había llegado allí?

Recordó que había estado paseando al perro, y Ludwig había encontrado irresistible un árbol junto al camino. Entonces...

—Había un coche —volvió a abrir los ojos—. Debían de ir borrachos o locos. Fue como si vinieran directamente hacia mí. Si Ludwig no hubiera estado tirando y a de mí para sacarme del camino... —no estaba preparada para desarrollar esa idea—. Creo que tropecé. No sé.

—Ya no importa —le aseguró Mae—. Lo analizaremos más tarde.

Tras una llamada viva, la puerta se abrió. Entró un hombre bajo, pequeño y activo con una mata tupida de pelo blanco. Llevaba un maletín negro, un peto holgado y botas embarradas. Charity le echó un vistazo y volvió a cerrar los ojos.

—Váyase, doctor Mertens. No me siento bien.

—No va a cambiar nunca —Mertens asintió en dirección a Roman, luego se acercó para inspeccionar a su paciente.

Roman se marchó con sigilo a la sala de estar. Necesitaba un momento para serenarse, para acallar la furia que crecía en su interior una vez que sabía que Charity iba a ponerse bien. Había perdido a sus padres, había enterrado a su mejor amigo, pero nunca, nunca, había experimentado la clase de pánico que sintió al verla sangrando e inconsciente junto al camino.

Sacó un cigarrillo y fue a la ventana abierta. Pensó en el conductor del Chevy viejo y herrumbroso que la había atropellado. Incluso a medida que se calmaba su furia, había una cosa que entendía con perfecta claridad. Sería un placer matar a quienquiera que la hubiera lastimado.

—Perdona —Lori se hallaba en el umbral con las manos apretadas—. Ha llegado el sheriff. Quiere hablar contigo, de modo que lo he hecho subir —tiró del mandil y clavó la vista en la puerta cerrada del otro lado de la habitación—. ¿Charity?

—El doctor está con ella —repuso—. Se pondrá bien.

Lori cerró los ojos y respiró hondo.

—Se lo diré a los demás. Pase, sheriff.

Roman estudió a un hombre barrigudo, al que evidentemente habían sacado de la cama. Tenía la camisa metida a medias en los pantalones y bebía una taza de café al entrar.

—¿Es usted Roman DeWinter?

—Así es.

—Soy el sheriff Royce —se sentó con un suspiro en el reposabrazos del sillón rosa de Charity—. ¿Qué es eso de atropello y fuga?

—Hace unos veinte minutos, alguien trató de atropellar a la señorita Ford.

Royce giró la cabeza para mirar la puerta cerrada, tal como había hecho Lori.

—¿Cómo está?

—Conmocionada. Tiene un corte en la cabeza y unas magulladuras.

—¿Estaba usted con ella? —sacó un bloc y un lápiz corto.

—No. Me hallaba a unos cuatrocientos metros. El coche se lanzó hacia mí, luego continuó la carrera. Oí el grito de Charity. Cuando llegué a su lado, se hallaba inconsciente.

—¿Pudo echarle un vistazo al coche?

—Un Chevy azul oscuro. Un sedán del 67 o 68. Tenía mal el amortiguador. El guardabarros derecho delantero estaba oxidado. Matrícula de Washington, Alfa, Foxtrot, Juliet 847.

Royce enarcó ambas cejas mientras apuntaba la descripción.

—Tiene buen ojo.

—Así es.

—¿Lo bastante buena como para adivinar si lo quiso atropellar a propósito?

—No tengo que adivinar. Enfilaba hacia mí.

Sin parpadear, Royce siguió tomando notas. Añadió un recordatorio para realizar una comprobación rutinaria de Roman DeWinter.

—¿Cuánto tiempo lleva en la isla, señor DeWinter?

—Casi una semana.

—Poco tiempo para ganarse enemigos.

—No tengo ninguno... aquí... que yo conozca.

—Eso hace que su teoría sea bastante extraña —alzó la vista—. No hay nadie en la isla que conozca a Charity y tenga algo en su contra. Si lo que usted dice es verdad, estaríamos hablando de intento de asesinato.

Roman tiró el cigarrillo por la ventana.

—Es exactamente de lo que hablamos. Quiero saber quién es el propietario de ese vehículo.

—Lo comprobaré.

—Usted ya lo sabe.

Royce se dio unas palmaditas en la rodilla con el bloc.

—Sí, señor, tiene buen ojo. Diré esto. Es posible que conozca a alguien que

sea dueño de un coche que encaja con su descripción. Si es así, sé que esa persona no atropellaría adrede ni a un conejo, mucho menos a una mujer. Aunque nadie ha dicho que hay que ser dueño de un coche para conducirlo —en ese momento se abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio y giró la vista —. Vaya, Maeflower.

Los labios de Mae se alzaron un instante antes de volver a apretarlos.

—Si no eres capaz de sentarte adecuadamente, entonces puedes estar de pie, Jack Royce.

Royce se incorporó con una sonrisa en la cara.

—Mae y yo fuimos juntos al colegio —explicó—. También entonces le gustaba intimidarme. Supongo que hoy no habrá gofres en el menú, ¿verdad, Maeflower?

—Puede que sí. Averigua quién ha lastimado a mi chica y me encargaré de que comas algunos.

—Trabajo en ello —volvió a ponerse serio al señalar la puerta con un gesto de la cabeza—. ¿Puede hablar conmigo?

—No ha hecho otra cosa que hablar desde que recobró el conocimiento — Mae contuvo un torrente de lágrimas—. Adelante.

Royce se volvió hacia Roman.

—Estaré en contacto.

—El doctor ha dicho que podía tomar té y unas tostadas. Me alegro de que estuvieras cerca cuando resultó herida.

—Si hubiera estado más cerca, no la habrían herido.

—Y si no hubiera estado paseando a ese perro, habría estado en la cama —se detuvo y lo miró fijamente—. Supongo que podemos pegarle un tiro.

Le provocó una leve risa.

—Charity podría oponerse.

—Tampoco le gustaría saber que estás aquí cavilando y ensimismado. Te sangra el brazo, muchacho.

Bajó la vista con indiferencia a la manga desgarrada y ensangrentada de la camisa.

—Un poco.

—No puedo permitir que te desangres sobre el suelo —fue hacia la puerta y le hizo un gesto—. Bueno, vamos abajo. Te atenderé. Luego podrás traerle el desayuno. No dispongo de tiempo para estar subiendo y bajando estos escalones toda la mañana.

Después de que el doctor hubiera terminado el examen y el sheriff el interrogatorio, Charity clavó la vista en el techo. Le dolía todo lo que podía doler. En particular la cabeza, aunque el resto del cuerpo le palpitaba al mismo ritmo.

La medicación le quitaría los nervios, pero quería mantener la mente



despejada hasta haber resuelto todo. Por eso se había metido bajo la lengua la píldora que le había dado el doctor Mertens. En cuanto organizara sus pensamientos, se la tragaría y se sumiría en el olvido durante unas horas.

Apenas había vislumbrado el coche, pero le había parecido familiar. Mientras hablaba con el sheriff, lo había recordado. El vehículo que había estado a punto de matarla pertenecía a la señora Norton, una dama dulce que fabricaba vestidos de muñecas para las tiendas locales. Charity no creía que la señora Norton hubiera conducido alguna vez a más de cincuenta kilómetros por hora. Era mucho menos que la velocidad que había alcanzado el coche cuando esa mañana se abalanzó sobre ella.

En realidad, no había visto a quién lo conducía, pero tenía la impresión casi definitiva de que había sido un hombre. La señora Norton estaba viuda desde hacía seis años.

Decidió que era sencillo. Alguien se había emborrachado y robado el coche de la señora Norton para ir a dar una vuelta por la isla. Probablemente, ni siquiera la había visto en el costado del camino.

Satisfecha, se incorporó en la cama. El resto era preocupación del sheriff. Ella ya tenía sus propios problemas.

Lo más seguro era que el turno del desayuno estuviera sumido en el caos. Pensaba que podía contar con Lori para que mantuviera a todos calmados. Luego estaba el carnicero. Aún tenía que completar la lista para el pedido del día siguiente. Y todavía debía elegir las fotografías que quería usar para el anuncio en el folleto de la agencia de viajes. No había pagado el depósito, y la chimenea de la cabaña tres estaba averiada.

Necesitaba un bloc, un lápiz y un teléfono. Eso era bastante sencillo. Encontraría las tres cosas en el escritorio del salón. Con cuidado, pasó las piernas por el borde de la cama. Decidió que no estaba mal, pero se brindó un momento para adaptarse antes de tratar de ponerse de pie.

Irritada consigo misma, apoyó una mano en un poste de la cama. Sentía las piernas como si estuvieran rellenas con la nata que preparaba Mae, en vez de ser de carne y hueso.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Hizo una mueca al oír el sonido de la voz de Roman; luego, con cuidado, giró la cabeza hacia la puerta.

—Nada —respondió, y trató de sonreír.

—Vuelve a la cama.

—Tengo que hacer unas cosas.

Se tambaleaba, pálida como el camisón abotonado con recato hasta el cuello y que mostraba una buena dosis de muslos. Sin decir una palabra, él dejó la bandeja que portaba, cruzó hasta ella y la alzó en brazos.

—Roman, no. Yo...

—Cállate.

—Iba a volver a tumbarme en un minuto —comenzó—. Justo después de...

—Cállate —repitió. La depositó en la cama, luego se rindió. Mantuvo los brazos alrededor de ella y enterró la cara en su cuello—. Oh, cariño.

—Está bien —le acarició el pelo—. No te preocupes.

—Creí que estabas muerta. Cuando te encontré, creí que estabas muerta.

—Oh, lo siento —le masajé la tensión en la nuca—. Debió de ser terrible, Roman. Pero no son más que unas magulladuras y arañazos. Dentro de un par de días habrán desaparecido y nos olvidaremos de todo.

—Yo no lo olvidaré —se apartó de ella—. Nunca.

La violencia que vio en sus ojos hizo que el corazón se le desbocara.

—Roman, fue un accidente. El sheriff Royce se ocupará del asunto.

Contuvo las palabras que quería decir. Era mejor que creyera que había sido un accidente. Por el momento. Se levantó para ir a buscar la bandeja.

—Mae ha dicho que podías comer.

Pensó en las listas que debía hacer y decidió que tenía una oportunidad mejor de quitárselo de encima si cooperaba.

—Lo intentaré. ¿Cómo se encuentra Ludwig?

—Bien. Mae lo ha sacado fuera y le ha dado un hueso de jamón.

—Ah, su favorito —mordió la tostada y fingió que tenía apetito.

—¿Cómo está tu cabeza?

—No demasiado mal —no era del todo una mentira. Estaba segura de que un golpe con un martillo habría sido peor—. No han tenido que darme puntos —se apartó el pelo para mostrarle un par de tiritas de cicatrización. Alrededor de ellas comenzaba a formarse un hematoma—. ¿Quieres levantar algunos dedos y preguntarme cuántos veo?

—No.

—El sheriff dijo que el coche se lanzó contra ti —Charity bebió la infusión de camomila y otra vez se sintió casi humana—. Me alegro de que no te hiriera.

—Maldita sea, Charity —hizo un esfuerzo por controlar el temperamento—. No, no resulté herido —y también iba a encargarse de que a ella no volvieran a hirirla—. Lo siento. Todo este asunto me tiene crispado.

—Sé a qué te refieres. ¿Quieres un poco de té? Mae ha enviado dos tazas.

—No a menos que tengas algo de whisky con que acompañarlo.

—Lo siento —volvió a sonreír y palmeó la cama—. ¿Por qué no te sientas a mi lado?

—Porque intento mantener mis manos alejadas de ti.

—Oh —la sonrisa se amplió. Le satisfacía ser lo bastante elástica como para experimentar una súbita contracción de deseo—. Me gustan tus manos en mí, Roman.

—Mal momento —como no fue capaz de resistir, cruzó hasta la cama y le

tomó la mano—. Me importas, Charity. Quiero que creas eso.

—Lo creo.

—No —sabía que no era hábil con las palabras, pero necesitaba que lo comprendiera—. Contigo es diferente, como nunca lo ha sido con nadie —luchando contra una nueva oleada de frustración, relajó el apretón—. No puedo darte nada más.

Sintió un nudo en la garganta.

—De haber sabido que podría conseguir tanto de ti, puede que me hubiera golpeado la cabeza contra una roca antes.

—Mereces más —se sentó y con delicadeza pasó un dedo por el moretón en la sien.

—Estoy de acuerdo —llevó la mano de él a sus labios y vio cómo los ojos de Roman se oscurecían—. Soy paciente.

Algo se movía en el interior de él, y era impotente para impedirlo.

—No sabes mucho de mí. De hecho, no sabes nada.

—Sé que te amo. He llegado a la conclusión de que en algún momento tú me contarías el resto.

—No confíes en mí, Charity. No tanto.

Quiso eliminar las tribulaciones del rostro de él, pero no sabía cómo.

—¿Has hecho algo tan imperdonable, Roman?

—Espero que no. Deberías descansar —sabiendo que ya había dicho demasiado, dejó la bandeja a un lado.

—Iba a hacerlo, de verdad. En cuanto me ocupe de unas cosas.

—De lo único que tienes que ocuparte hoy es de ti misma.

—Eres muy dulce, y en cuanto haya...

—Al menos en veinticuatro horas no vas a levantarte de la cama.

—Es lo más ridículo que he oído. ¿Qué diferencia puede haber en que esté sentada o acostada?

—Según el doctor, mucha —recogió una pastilla de la mesilla—. ¿Es la medicación que te ha dado?

—Sí.

—¿La misma que supuestamente debías tomar antes de que se fuera?

Luchó por no exhibir un mohín.

—Voy a tomarla después de hacer algunas llamadas de teléfono.

—Ninguna llamada hoy.

—Escucha, Roman, agradezco tu preocupación, pero no acepto órdenes de ti.

—Lo sé. Tú me las das a mí.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y le dio un beso. Otra vez tierno, suave como un susurro, dolorosamente cálido. Con un leve sonido de placer, se hundió en él.

Cuando él empezó a retirarse, Charity emitió un murmullo de protesta y

volvió a pegarse a él. Necesitaba esa dulzura, más que cualquier medicación.

—Tranquila —le dijo, aferrándose a su autocontrol—. Estoy un poco bajo de fuerza de voluntad y tú necesitas descansar.

—Preferiría tenerte a ti.

Le sonrió y sintió un nudo en el estómago.

—¿Vuelves locos a todos los hombres?

—No lo creo —sintiéndose en la cima del mundo, le apartó el pelo de la frente—. En cualquier caso, tú eres el primero en preguntar.

—Habla de ello luego —extendió la píldora—. Tómatela.

—Luego.

—Mmm. Ahora.

Con un sonido de disgusto, se llevó la pastilla a la boca, recogió el té tibio y bebió.

—Ya. ¿Satisfecho?

Él tuvo que sonreír.

—No he estado nada satisfecho desde que te vi, encanto. Levanta la lengua.

—¿Perdona?

—Me has oído. Eres muy buena —colocó una mano bajo su mentón—. Pero yo soy mejor. Esa píldora.

Supo que la había derrotado. Sacó la píldora de la boca y luego hizo una exhibición de tragarla. Se llevó la punta de la lengua a los labios.

—Quizá siga ahí. ¿Quieres buscarla?

—Lo que quiero... —le dio un beso ligero— es que te quedes en la cama —bajó los labios al cuello—. Nada de llamadas, ni papeleo ni ir abajo —le atrapó el lóbulo de la oreja entre los dientes y la sintió temblar—. Promételo.

—Sí —separó los labios cuando él se los rozó—. Lo prometo.

—Bien —se echó para atrás y recogió la bandeja—. Te veré más tarde.

—Pero... —apretó los dientes al verlo caminar hacia la puerta—. Juegas sucio, DeWinter.

—Sí —giró la cabeza—. Y para ganar.

La dejó, sabiendo que ella no rompería la palabra dada. Tenía asuntos propios de los que ocuparse.

## Capítulo 7

Una parte importante del entrenamiento de Roman había sido aprender a llevar a cabo una misión de un modo exhaustivo y objetivo. Siempre había sido como una segunda naturaleza realizar ambas cosas. Hasta ese momento. No obstante, por motivos muy personales, pretendía ser minucioso.

Al dejar a Charity, esperaba encontrar a Bob en el despacho, y solo. No quedó decepcionado. Hablaba por teléfono. Después de agitar una mano con gesto distraído en su dirección, continuó con la conversación.

—Será un placer organizarle eso a su esposa y a usted, señor Parkington. Una habitación doble para las noches del quince y dieciséis de julio.

—Corta —le dijo Roman. Bob simplemente alzó un dedo para indicarle una breve espera.

—Sí, está disponible, con un baño privado e incluye desayuno. Desde luego que podremos organizarle el alquiler de unos kayaks durante su estancia. Su número de confirmación es...

Roman cortó la comunicación.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Preguntarme si debo molestarle en hablar contigo o simplemente matarte.

Bob logró levantarse de un salto y colocar el escritorio entre Roman y él.

—Escucha, sé que has tenido una mañana para volverse loco...

—¿De verdad? —no intentó mostrarse más astuto. Simplemente permaneció donde estaba y lo vio sudar—. Para volverse loco. Es un bonito eufemismo para describir lo sucedido. Pero tú eres un hombre educado y cortés, ¿verdad, Bob?

Éste miró hacia la puerta y se preguntó si tendría alguna oportunidad de llegar antes.

—Todos estamos un poco crispados por el accidente de Charity. Seguro que te sentaría bien una copa.

Roman se acercó a un montón de manuales de informática y sacó una petaca de plata.

—¿Es tuya? —Bob lo miró fijamente—. Supongo que la guardas aquí para esas noches largas en que trabajas hasta tarde... solo. ¿Te preguntas cómo sabía dónde encontrarla? —la dejó a un lado—. La encontré cuando forcé la entrada

aquí hace un par de noches para repasar los libros.

—¿Forzaste la entrada? —se pasó el dorso de la mano por unos labios súbitamente secos—. Bonita manera de pagarle a Charity por haberte ofrecido un trabajo.

—Sí, en eso tienes razón. Es casi tan malo como usar su establecimiento para pasar billetes falsos y meter y sacar del país a indeseables.

—No sé de qué hablas —dio un cauteloso paso a un lado, hacia la puerta—. Quiero que salgas de aquí, DeWinter. Cuando le cuente a Charity lo que has hecho...

—Pero no vas a contárselo. No vas a contarle nada... todavía. Pero sí me lo vas a contar a mí —una mirada bastó para paralizarlo—. Intenta llegar hasta la puerta y te romperé una pierna —sacó un cigarrillo de la cajetilla—. Siéntate.

—No tengo por qué tolerar esto —sin embargo, dio un paso atrás, lejos de la puerta y de Roman—. Llamaré a la policía.

—Adelante —encendió el cigarrillo y lo observó a través de un velo de humo. Era una pena que se lo intimidara con facilidad. Le habría gustado una excusa para hacerle daño—. Yo mismo estuve tentado de contarle todo a Royce. El problema con eso era que me habría estropeado la satisfacción de ocuparme personalmente de ti y de la gente con la que estás. Adelante, llámalo —empujó el teléfono en dirección al otro—. Puedo encontrar un modo de acabar mi asunto contigo una vez que estés encerrado.

Bob no le pidió que se explicara. Había oído cómo se cerraba la puerta de la celda en cuanto Roman entró en el despacho.

—Escucha, sé que estás irritado...

—¿Te lo parezco? —murmuró Roman.

«No», pensó Bob con un nudo en el estómago. Parecía frío... lo bastante frío como para matar. O peor. Pero se dijo que debía haber una salida. Siempre la había.

—Has dicho algo de falsificaciones. ¿Por qué no me cuentas de qué se trata todo para intentar arreglarlo de una manera serena...? —antes de poder acabar la última palabra, Roman lo sujetó por el cuello y lo levantó de la silla.

—¿Quieres morir?

—No —desesperado, soltó las muñecas de Roman.

—Entonces, corta esa porquería —disgustado, lo tiró otra vez sobre la silla—. Hay dos cosas que Charity no hace aquí. Sólo dos. No cocina ni trabaja en el ordenador. No sabe lo explicaría mejor. No sabe cocinar porque Mae no le enseñó. Es fácil analizar el por qué. Mae quería gobernar en la cocina y Charity quería dejarla.

Se acercó a la ventana y bajó lentamente las persianas, para dejar la habitación aislada y en penumbra.

—Es igual de simple deducir por qué no sabe manejar un ordenador básico

de oficina. Tú no le enseñaste, o hiciste que las lecciones fueran tan complicadas y contradictorias, que jamás las entendió. ¿Quieres que te explique por qué hiciste eso?

—En realidad, nunca estuvo interesada —Bob tragó saliva, con la garganta reseca—. Puede manejar lo básico cuando no tiene más remedio, pero ya la conoces... está más interesada en las personas que en las máquinas. Yo le muestro todos los informes.

—¿Todos? Los dos sabemos que no le has mostrado todos. ¿Quieres que te diga lo que creo que hay en los disquetes que guardas en el archivador?

Con dedos trémulos, Bob sacó un pañuelo y se secó la frente.

—No sé de qué hablas.

—Llevas los libros para la posada, y para el pequeño negocio que tenéis montado tus amigos y tú. Supongo que un hombre como tú guardará copias de seguridad, un pequeño seguro en caso de que la gente para la que trabajas decidiera dejarte fuera —abrió un cajón y extrajo un disquete—. Luego le echaremos un vistazo a esto —lo tiró sobre el escritorio—. Por este establecimiento se lavan a la semana entre dos y tres mil dólares. Cincuenta y dos semanas al año la convierten en una buena suma. Añádele a eso la tarifa que cobras por pasar a alguien por la frontera mezclado con el grupo turístico y obtienes una cantidad muy respetable.

—Eso es una locura —casi sin poder respirar, tiró del cuello de su camisa—. Tienes que saber que es una locura.

—¿Sabías que tus referencias aún estaban aquí? —preguntó con tono afable—. El problema es que no cuadran. Jamás has trabajado para un hotel en Ft. Worth o en San Francisco.

—Bien, quise aumentar mis posibilidades. Eso no prueba nada.

—Creo que descubriremos algo más interesante cuando investiguemos tus huellas dactilares.

Bob clavó la vista en el disquete.

—¿Puedo tomar una copa?

Roman alzó la petaca, se la tiró y esperó mientras desenroscaba la tapa.

—Supiste que era un policía, ¿verdad?

—No encajabas —Bob se limpió el vodka de los labios, luego volvió a beber—. Reconozco un fraude cuando lo veo, y tú me pusiste nervioso nada más verte.

—Muy bien. ¿Qué hiciste?

—Le dije a Block que creía que eras un infiltrado, pero él supuso que me estaba poniendo nervioso. Quería parar hasta que tú te hubieras ido, pero no quiso prestarme atención. Anoche, cuando bajaste a cenar, inspeccioné tu habitación. No encontré el arma, sólo las balas. Eso significaba que la llevabas encima. Llamé a Block y le conté que estaba convencido de que eras un poli. Habías pasado un montón de tiempo con Charity, de modo que supuse que ella trabajaba

contigo en el asunto.

—De modo que trataste de matarla.

—No, y no —asustado, se pegó contra él respaldo de la silla—. Lo juro. No soy un hombre violento, DeWinter. Diablos, Charity me cae bien. Quería salir, tomarme un respiro. Ya habíamos establecido otro lugar en las Montañas Olímpicas. Supuse que podríamos tomarnos unas semanas antes de reanudar el negocio. Block dijo que se ocuparía del asunto y yo pensé que se refería a que el grupo de la semana próxima sería legítimo. Eso me daría tiempo de arreglarlo todo aquí y largarme. De haber sabido lo que planeaba...

—¿Qué? ¿Se lo habrías advertido?

—No lo sé —vació la petaca, pero el licor apenas sirvió para calmarle los nervios—. Escucha, y o hago fraudes, estafas. No mato a personas.

—¿Quién conducía el coche?

—No lo sé. Lo juro —Roman dio un paso hacia él y agarró con fuerza los reposabrazos de la silla—. Escuche, me puse en contacto con Block en cuanto esto sucedió. Dijo que había contratado a alguien. No pudo haberlo hecho él mismo, ya que estaba en el continente. Dijo que el tipo no trataba de matarla. Block la quería fuera del camino sólo durante unos días. Nos va a entrar un gran cargamento y... —calló, sabiendo que se estaba hundiendo cada vez más.

Roman asintió.

—Vas a averiguar quién conducía el coche.

—Muy bien. Claro —hizo la promesa sin saber si podría cumplirla—. Lo averiguaré.

—Tú y yo vamos a trabajar juntos los próximos días, Bob.

—Pero... ¿no vas a llamar a Royce?

—Deja que sea yo quien se preocupe por él. Tú vas a seguir haciendo lo que mejor se te da. Mentir. Salvo que ahora le vas a mentir a Block. Haz exactamente lo que se te diga y seguirás vivo. Si desempeñas un buen trabajo, hablaré a tu favor con mi superior. Quizá puedas hacer un trato, aportar pruebas —después de apoyar una cadera en el escritorio, Roman se inclinó—. Como intentes largarte, te perseguiré. Te encontraré allí donde te escondas, y cuando haya acabado contigo, desearás que te haya matado.

Bob lo miró a los ojos. Lo creyó.

—¿Qué quieres que haga?

—Háblame del siguiente cargamento.

—Has sido amable en traerme la cena. Ni siquiera te he dado las gracias.

—No, no lo has hecho.

Se adelantó para darle un beso en la mejilla.

—Gracias.

—De nada.



Después de apartarse el pelo de la cara con un soplido, decidió empezar de nuevo.

—¿Hemos tenido muchos clientes esta noche?

—Preparé treinta mesas.

—Voy a tener que ofrecerte un aumento. Supongo que Mae preparó su tarta de mousse de chocolate.

—Sí —respondió.

—Imagino que no quedó nada.

—Ni una miga. Estaba deliciosa.

—¿Tú la probaste?

—Las comidas forman parte de mi paga.

Sintiéndose deprimida, se reclinó en los cojines.

—Cierto.

—¿Vas a enfurruñarte?

—Sólo un minuto. Quería preguntarte si el sheriff tenía alguna noticia sobre el coche.

—Poca cosa. Lo encontró abandonado a unos dieciséis kilómetros de aquí — alargó la mano para alisarle el ceño—. No te preocupes.

—No lo hago. De verdad. Me alegro de que el conductor no hiriera a nadie más. Lori me ha contado que te habías cortado el brazo.

—Un poco —tenían las manos entrelazadas. No sabía si había sido él quien se la había tomado o a la inversa.

—¿Dabas un paseo?

—Te esperaba a ti.

—Oh —volvió a sonreír.

—Será mejor que descanses un poco —volvía a sentirse incómodo, incómodo y torpe. Ninguna otra mujer le había causado jamás ninguna de esas reacciones. A regañadientes, ella le soltó la mano—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cruzó hasta la puerta y la abrió. Pero no fue capaz de obligarse a atravesar el umbral. Permaneció allí, luchando consigo mismo. Aunque sólo fue una cuestión de segundos, a los dos le pareció horas.

—No puedo —se volvió y cerró la puerta en silencio a su espalda.

—¿No puedes qué?

—Irme.

La sonrisa de ella floreció, en sus ojos, en sus labios. Le abrió los brazos, tal como él había sabido que haría. Regresar a su lado fue casi tan difícil como alejarse. Le tomó las manos y se las sujetó con fuerza.

—No soy bueno para ti, Charity.

—Creo que eres muy bueno para mí —acercó las manos unidas a su mejilla —. Eso significa que uno de los dos se equivoca.

—Si pudiera, atravesaría esa puerta y no me detendría.

Ella sintió el agujonazo y lo aceptó. Jamás había esperado que amar a Roman fuera indoloro.

—¿Por qué?

—Por motivos que no puedo empezar a explicarte —bajó la vista a sus manos unidas—. Pero no soy capaz de irme. Tarde o temprano, vas a desear que lo haya hecho.

—No —tiró de él hacia la cama—. Pase lo que pase, siempre me alegraré de que te quedaras —esa vez le tocó a ella alisarle el entrecejo—. En una ocasión te dije que esto no sucedería hasta que no estuviera bien. Hablaba en serio —alzó las manos y las juntó detrás de su cuello—. Te amo. Roman. Esta noche es algo que quiero, es algo que he elegido.

Besarla era como hundirse en un sueño. Suave, parecido a un narcótico, demasiado hermoso para ser real. Quería tener cuidado, mostrar delicadeza, ternura, no lastimarla en ese momento, convencido de que ya llegaría el instante en que no le quedaría otra alternativa que hacerle daño.

Pero esa noche, durante unas preciosas horas, no existiría el futuro. Con ella podría ser lo que nunca antes había tratado de ser. Delicado, cariñoso, amable. Con ella podía creer que era posible que el amor bastaba.

La amaba. Aunque nunca se había considerado capaz de sentir esa emoción poderosa y frágil, con ella la experimentaba. Lo recorría, indolora y dulce, sanando heridas que había olvidado que tenía, mitigando dolores con los que había convivido siempre. ¿Cómo iba a imaginar al entrar en la vida de Charity que ella sería su salvación? Se lo demostraría en el poco tiempo que le quedaba. Y al demostrárselo, se daría a sí mismo algo que nunca había esperado tener.

Mientras la boca susurraba sobre la suya, Charity pensó que la hacía sentirse hermosa. Y delicada. Era como si él supiera que esa primera vez juntos debía ser saboreada y recordada. Al acariciarle la espalda, oyó su propio suspiro, luego el de Roman. Fuera lo que fuera lo que había deseado que pudieran compartir, no era nada comparado con eso.

La tumbó con gentileza, casi sin tocarla, al tiempo que el beso se prolongaba. Aun amándolo como lo amaba, desconocía que poseyera semejante ternura. Tampoco podía saber que era algo que él acababa de descubrir en sí mismo.

La luz de la lámpara brillaba con una tonalidad ambarina. Roman no había pensado en encender las velas. Pero podía verla bajo su resplandor, los ojos oscuros clavados en él, los labios curvados en una sonrisa cuando renovó el beso.

No había pensado en poner música. Pero el camisón le susurró cuando ella lo rodeó con los brazos. Era un sonido que recordaría siempre. El aire penetró a través de la ventana abierta, avivando la fragancia de las flores que otras personas le habían llevado. Pero fue el aroma de su piel lo que le llenó la cabeza. Fue su sabor lo que anheló.

Con ligereza, casi temeroso de poder lastimarla con un contacto, le coronó los pechos con las manos. Ella contuvo el aliento, luego lo soltó con un gemido sobre el costado de su cuello. Roman supo que nunca algo lo había excitado tanto.

Entonces las manos de Charity estuvieron sobre su camisa y se la desabotonó al tiempo que no le quitaba la vista de encima. Eran unos ojos tan oscuros, tan profundos, tan vibrantes como el agua que rodeaba la posada. En ellos pudo leer todo lo que ella sentía.

—Quiero tocarte —dijo al bajarle la camisa por los hombros. El corazón comenzó a desbocársele al mirarlo... esos músculos tensos, esa piel tirante.

De él emanaba una fuerza que excitaba, quizá porque entendía que podía ser implacable. Del cuerpo irradiaba una dureza que la hacía entender que se trataba de un hombre que había luchado, que lucharía. Pero en ese instante, las manos eran suaves sobre ella, casi titubeantes. Su excitación se incrementó, y no había temor.

—Parece como si hubiera querido tocarte de este modo toda la vida —pasó los dedos con levedad sobre el vendaje de su brazo—. ¿Te duele?

—No —cada músculo de su cuerpo se tensó cuando ella subió las manos de su cintura hasta su pecho. Le resultaba imposible comprender cómo alguien podía aportarle paz y tormento al mismo tiempo—. Charity...

—Sólo bésame otra vez, Roman —susurró.

No pudo negarse. Se preguntó qué le pediría si supiera que era incapaz de negarle nada. Contuvo una oleada de desesperación y siguió acariciándola, deslizando las manos por su cuerpo, hasta que sintió que comenzaban los primeros temblores.

Sabía que podía darle placer. La necesidad de hacerlo le palpitó por todo el cuerpo. Podía encender sus pasiones. El deseo de avivarlas lo recorrió como una conflagración. Mientras la tocaba, supo que tenía la capacidad de volverla fuerte o débil, salvaje o entregada. Pero ese conocimiento no lo llenó de poder. Sino de asombro.

Le ofrecería lo que le pidiera, sin preguntas, sin restricciones. Esa mujer fuerte, hermosa y excitante era suya. No se trataba de un sueño que lo despertara para sumirlo en la frustración en mitad de la noche. No era un deseo que tendría que fingir que nunca había pedido. Era real. Ella era real, y lo estaba esperando.

Podría haberle arrancado el camisón con un movimiento de la mano. Pero se lo soltó botón tras pequeño botón, oyendo cómo se le aceleraba la respiración, siguiendo el estrecho sendero con besos suaves y prolongados. Ella le clavó los dedos en la espalda, luego se quedó floja cuando su sistema se derritió. En el momento en que la lengua de Roman le humedeció la piel, tentándola y encendiéndola, sólo fue capaz de gemir. El aire nocturno susurró sobre ella mientras la desvestía. Luego la alzó para acunarla en brazos.

Estaba enroscada alrededor de él, con el corazón palpitando desbocado contra sus labios. Roman necesitó un momento para retirarse, para encontrar el control que quería con el fin de elevarla y llevarla hasta el borde del abismo. Empleó toda su habilidad para empujarla más allá del límite de la razón.

El cuerpo de Charity estaba rígido contra el suyo. Observó que los ojos aturridos se abrían. Jadeó su nombre y entonces volvió a cubrirle la boca con la suya para capturar el gemido bajo y largo a medida que el cuerpo se le quedaba laxo.

Cuando volvió a depositarla en la cama, pareció deslizarse como agua por sus manos. Para su satisfacción, la excitación que la dominaba volvió a liberarse al mínimo contacto.

Era imposible sentir tanto y necesitar aún más. Un placer renovado la inundó hasta que sintió los brazos demasiado pesados para moverlos. Era una prisionera, gloriosamente dispuesta, de las sensaciones frenéticas que le enviaba por el cuerpo. Quería fijarse alrededor de él, mantenerlo allí, siempre allí. La llevaba en un largo y lento viaje a lugares que nunca había visto, que jamás quería abandonar.

Cuando se deslizó dentro de ella, oyó su gemido bajo y jadeante. De modo que Roman era tan cautivo como ella.

Con la cara pegada al cuello de Charity, contuvo la necesidad de lanzarse hacia la liberación. Se hallaba atrapado entre el cielo y el infierno y se glorificaba en ello. En ella. En los dos. La oyó decir su nombre con un sollozo, sintió que la fuerza la invadía. Se encontraba con él como nadie lo había estado jamás.

Charity lo rodeó con los brazos para evitar que se alejara.

—No te muevas.

—Te hago daño.

—No —soltó un suspiro largo—. No, no me lo haces.

—Soy demasiado pesado —insistió, abrazándola y rodando hasta invertir sus posiciones.

—De acuerdo —satisfecha, apoyó la cabeza en su hombro—. Eres —añadió— ... el amante más increíble.

Ni siquiera trató de impedir la sonrisa que afloró a sus labios.

—Gracias —le acarició la cadera con gesto posesivo—. ¿Has tenido muchos?

Fue el turno de Charity de sonreír. El pequeño deje de celos que captó en su voz fue un elemento maravilloso a la noche ya gloriosa.

—Define « muchos » .

Sin prestar atención a la ligera irritación que sintió, decidió seguirle el juego.

—Más de tres. Tres son unos pocos. Más ya representan muchos.

—Ah. Bueno, en ese caso —casi deseó poder mentir e inventarse una horda

—, supongo que he tenido menos de unos pocos. Eso no significa que no sepa reconocer a uno extraordinario cuando lo encuentro.

Alzó la cabeza para mirarlo.

—No he hecho nada en la vida para merecerte.

—No seas estúpido —le dio un beso fugaz—. Y no cambies de tema.

—¿Qué tema?

—Eres listo, DeWinter, pero no tanto —enarcó una ceja y lo estudió a la luz de la lámpara—. Es mi turno de preguntarte si has tenido muchas amantes.

En esa ocasión, él no sonrió.

—Demasiadas. Pero sólo una que significara algo.

La diversión se desvaneció de los ojos de ella antes de cerrarlos.

—Me harás llorar —murmuró, bajando otra vez la cabeza al pecho de él.

« Todavía no», pensó Roman, acariciándole el pelo. « Pronto, pero todavía no» .

—¿Por qué no has llegado a casarte nunca? —preguntó—. ¿Por qué no has tenido hijos?

—Qué pregunta tan extraña. Nunca antes había amado a alguien lo suficiente —se obligó a sonreír al levantar la cabeza—. No ha sido una indirecta.

Pero era exactamente lo que él había querido oír. Sabía que estaba loco si se permitía pensar de esa manera, incluso durante unas pocas horas, pero quería imaginar que lo amaba lo bastante como para perdonar, aceptar y prometer.

—¿Y qué me dices de los viajes que comentaste que querías hacer? ¿No deberían estar primero?

Se encogió de hombros y volvió a acomodarse encima de él.

—Quizá no he viajado porque en lo más hondo de mi ser sabía que odiaría ir a todos esos lugares sola. ¿Para qué sirve Venecia si no tienes a alguien con quien pasear en góndola? ¿O París si no puedes ir de la mano de nadie?

—Podrías ir conmigo.

Medio dormida ya, rio. Imaginó que Roman apenas tenía dinero suficiente para comprar el billete de ferry.

—De acuerdo. Dime cuándo he de hacer las maletas.

—¿Vendrías? —le alzó la barbilla para mirarla a los ojos somnolientos.

—Desde luego —lo besó, acomodó la cabeza sobre su hombro y se quedó dormida.

Roman apagó la lámpara de la mesilla. Durante largo rato, la abrazó y mantuvo la vista clavada en la oscuridad.

## Capítulo 8

Charity abrió los ojos despacio, preguntándose por qué no podía moverse. Aturdida, miró la cara de Roman. Se hallaba a sólo centímetros de ella. La había acercado mientras dormía y la tenía inmovilizada con brazos y piernas. Aunque el gesto era protector, le resultó increíblemente dulce.

Siempre había pensado que la gente parecía más suave, vulnerable, mientras dormía. No Roman. Su cuerpo era el de un luchador y sus ojos los de un hombre acostumbrado a encarar los problemas. En ese momento, tenía los ojos cerrados y el cuerpo relajado. Casi.

Sonrió al mirarlo. Con el tiempo, le enseñaría a relajarse, a disfrutar, a confiar. Lo haría feliz. No era posible amar como había amado sin que fuera recíproco. Y no era posible compartir lo que habían compartido durante la noche sin que el corazón de él estuviera tan perdido como el suyo.

Tarde o temprano... temprano si las cosas salían como ella quería, él llegaría a aceptar lo bien que estaban juntos. Y lo mejor que sería en los años futuros. Entonces habría tiempo para promesas, familias y futuros.

« No pienso dejarte ir », prometió para sus adentros. « Aún no lo sabes, pero te tengo agarrado y te va a costar soltarte » .

Sabía que era un hombre de emociones, demasiadas de las cuales estaban sujetas. Se preguntó qué le había pasado para volverse tan cauto con el amor, tan temeroso de darlo.

Lo amaba demasiado para exigir una respuesta. Era una pregunta que sabía que él respondería en cuanto confiara lo bastante en ella como para abrirse. Cuando lo hiciera, lo único que debería hacer Charity era mostrarle que nada de eso importaba. Que lo único que contaba era lo que sentían el uno por el otro.

Se acercó y le dio un beso suave en los labios. Abrió los ojos al instante. Tardó un latido más en despejarlos. Fascinada, Charity observó cómo la expresión pasaba de una de sospecha, a una de deseo.

—Tienes el sueño ligero —comenzó—. Yo sólo...

Antes de que pudiera completar su pensamiento, la boca de él, hambrienta e insistente, estuvo sobre ella. Mientras la derretía con el beso, logró emitir un suave gemido.

Era el único modo que conocía de decirle lo que significaba para él despertar

y encontrarla cerca, cálida y entregada. Demasiadas mañanas había despertado solo en camas extrañas en habitaciones vacías.

Era lo que esperaba. Durante años, se había separado adrede de cualquiera que hubiera intentado aproximarse. El trabajo. Lo había justificado por el trabajo. Pero era una mentira... una de tantas. Había elegido quedarse solo porque no había querido correr el riesgo de volver a perder. De volver a sentir dolor. Sin embargo, de la noche a la mañana, todo había cambiado.

Había unas necesidades tan profundas y oscuras en él... Ella las sentía, las comprendía y las satisfacía sin cuestionarlas. A medida que el amanecer desterraba la noche, Roman agitó las de Charity hasta que las necesidades de uno fueran el reflejo de las del otro.

Despacio, con facilidad, mientras le besaba cada centímetro de la cara, se deslizó dentro de ella. Con un suspiro y un murmullo, Charity le dio la bienvenida.

Se sentía tan fuerte como un buey y tan satisfecha como una gata con leche en los bigotes. Con los ojos cerrados, estiró los brazos en dirección al techo.

—Y pensar que solía pensar que correr era el mejor modo de empezar el día —riendo, volvió a acurrucarse contra él—. He de darte las gracias por mostrarme lo equivocada que estaba.

—Ha sido un placer. Dame un minuto y te mostraré la mejor causa para quedarse en la cama por las mañanas.

Tuvo que reconocer que era tentador. Pero antes de que la sangre pudiera empezar a calentarse, movió la cabeza. Le mordisqueó el mentón antes de sentarse.

—Quizá si dispones de algo de tiempo cuando vuelva.

La sujetó con ligereza por las muñecas.

—¿De dónde?

—De llevar a Ludwig a su paseo matinal.

—No.

La mano que se había alzado para apartarse el pelo de la cara se detuvo.

—¿No, qué?

Él reconoció el tono. Volvía a ser la jefa, a pesar del hecho de que el rostro aún le brillaba por hacer el amor y por estar desnuda hasta la cintura. Ésa era la mujer que no aceptaba órdenes. Decidió que iba a tener que mostrarle otra vez que se equivocaba.

—No, no vas a sacar al perro a su carrera diaria.

Como ella quería ser razonable, añadió una sonrisa.

—Claro que sí. Mantuve mi promesa y ayer me quedé en la cama todo el día. Y toda la noche, de paso. Ahora voy a volver al trabajo.

Por la posada, no pasaba nada. De hecho, cuanto antes regresara todo a la normalidad, mejor. Pero bajo ningún concepto le iba a permitir que fuera por un

camino desierto.

—No estás en forma para realizar un circuito de un kilómetro y medio.

—Cinco kilómetros. Y sí, lo estoy.

—¿Cinco? —enarcó una ceja y le acarició el muslo—. No me extraña que tengas tan buen tono muscular.

—Ésa no es la cuestión —se apartó antes de que el contacto pudiera minarle la voluntad.

—Tienes un cuerpo increíble.

—Roman... —le apartó las manos curiosas—. ¿Lo tengo?

Él sonrió.

—Desde luego. Deja que te lo muestre.

—No. Yo... —le sujetó las manos mientras le acariciaba las piernas—. Probablemente nos matemos si volvemos a intentarlo.

—Correré el riesgo.

—Roman, hablo en serio —echó la cabeza atrás y jadeó cuando los dientes de él le mordisquearon la piel—. Roman...

—Unas piernas fabulosas —murmuró, pasando la lengua por detrás de su rodilla—. Anoche no les presté la atención que merecían.

—Sí, tú... —apoyó una mano en el colchón cuando se tambaleó—. Intentas distraerme.

—Sí.

—No puedes —cerró los ojos. Podía, y lo hacía—. Ludwig necesita correr —logró decir—. Le gusta.

—Bien —se incorporó y le rodeó la cintura con las manos—. Yo lo llevaré.

—¿Tú? —giró la cabeza para esquivar el beso, luego tembló al sentir los labios en su cuello—. No es necesario. Estoy perfectamente... Roman —musitó casi sin voz cuando los dedos pulgares le rodearon los pechos.

—Sí, un cuerpo verdaderamente fantástico —murmuró él—. Largo, fibroso y entregado. Me es imposible tocarte y no desearte.

Se puso de rodillas mientras él le provocaba otro jadeo.

—Intentas seducirme.

—No se te pasa nada, ¿verdad?

—¿Es ésta tu respuesta a todo?

—No —le alzó las caderas y la acercó—. Pero servirá.

Incapaz de resistir, lo rodeó con las piernas y dejó que la pasión se apoderara de ambos. Una vez saciada, cayó en la cama, sin fuerzas. No discutió cuando la tapó con la sábana.

—Quédate aquí —le dijo, dándole un beso en el pelo—. Volveré.

—Su correa está en el gancho que hay debajo de los escalones —murmuró ella—. Al volver, recibe dos huesitos de recompensa. Y agua fresca.

—Creo que puedo ocuparme de un perro, Charity.



Ella bostezó y subió la sábana.

—Le gusta perseguir a la gata de los Fitzsimmons. Pero no te preocupes, nunca puede alcanzarla.

—Eso me tranquiliza —se ató los cordones de los zapatos—. ¿Debería saber algo más?

—Mmm —se arrebujó contra la almohada—. Te amo.

Como siempre, lo desconcertaba oír eso, saber que lo decía en serio. En silencio, salió de la habitación.

Estirándose, Charity pensó que no estaba cansada. Pero Roman tenía razón. El sueño no era el mejor motivo para quedarse en la cama por la mañana. A pesar de los golpes y hematomas, sabía que nunca se había sentido mejor en la vida.

No obstante, se dio ese placer y se quedó hasta que el sentimiento de culpa la obligó a levantarse.

Con movimientos automáticos, puso un disco y luego hizo la cama. En el salón, le echó un vistazo a las notas que se había dejado a sí misma y escribió algunas más. Luego fue a darse una ducha. Tarareaba el concierto para violín de Tchaikovsky cuando la cortina se abrió de golpe.

—¡Roman! —se llevó las dos manos al corazón y se apoyó contra los azulejos—. Me has dado un susto de muerte. ¿Es que no has oído hablar del Motel Bates?

—Dejé el cuchillo de carnicero en los otros pantalones. ¿Se te ha ocurrido enseñarle a ese perro a parar?

—No —sonrió al verlo quitarse los vaqueros—. Supongo que no te iría mal una ducha —sin decir nada, él tiró los pantalones encima de su camisa. Charity aprovechó el momento para inspeccionarlo detenidamente—. Bueno, al parecer la carrera no te... agotó —reía cuando él se metió en la ducha.

Una hora más tarde bajaba al vestíbulo.

—Podría comer de todo —se llevó una mano al estómago—. Buenos días, Bob —se detuvo ante la recepción para sonreírle.

—Charity —Bob sintió que las palmas de las manos se le humedecían al ver a Roman detrás de ella—. ¿Cómo te encuentras? Es muy pronto para que te levantes y te muevas por la posada.

—Estoy bien —distráida, miró los papeles que había sobre el mostrador—. Lamento haberte dejado solo ayer.

—No seas tonta —el miedo le atenazó el estómago al ver la herida que tenía en la Sien—. Nos tenías preocupados.

—Lo agradezco, pero ya no hace falta que nadie se preocupe —le dedicó una sonrisa a Roman—. Nunca en la vida me he sentido mejor.

Bob captó la mirada y el estómago se le hundió. « Si el poli está enamorado de ella », pensó, « la situación va a ser aún más complicada » .

—Me alegra oírlo. Pero...

—¿Hay algo urgente? —ella detuvo la protesta alzando una mano.

—No —miró otra vez a Roman—. No, nada.

—Bien —después de dejar los papeles, estudió la cara de él—. ¿Qué sucede, Bob?

—Nada. ¿Qué podría ir mal?

—Se te ve un poco pálido. No irás a caer enfermo, ¿verdad?

—No, todo está bien. Bien. Tenemos unas reservas nuevas. Julio ya está casi cubierto.

—Estupendo. Repasaré las cosas después de desayunar —le palmeó la mano y fue al comedor.

Había tres mesas ocupadas. Bonnie se hallaba ocupada tomando pedidos. De fondo sonaba música suave. Las flores eran frescas y el café estaba caliente.

—¿Pasa algo? —le preguntó Roman.

—No —se alisó el cuello de la camisa—. ¿Qué podría pasar? Da la impresión de que todo está de maravilla —sintiéndose inútil, fue a la cocina.

No había ninguna pelea que arbitrar. Mae y Dolores trabajaban codo a codo mientras Lori cargaba una bandeja con el primer pedido.

—Necesitamos más mantequilla para la tostada —pidió Mae.

—Marchando —una alegre Dolores comenzó a recoger precisas bolas de mantequilla. Al ofrecerle el cuenco lleno a Lori, vio a Charity de pie junto a la puerta—. Vaya, buenos días —el rostro enjuto se arrugó en una sonrisa—. No esperaba verte levantada.

—Me encuentro bien.

—Siéntate, muchacha —casi sin girar la vista, Mae siguió rociando queso rallado en una tortilla francesa—. Dolores te servirá un poco de té.

Charity sonrió con los dientes apretados.

—No quiero té.

—Querer y necesitar son dos cosas diferentes.

—Me alegra ver que te sientes mejor —dijo Lori al marcharse con la bandeja.

Bonnie entró con un bloc de notas en la mano.

—Ah, hola, Charity, pensábamos que descansarías otro día. ¿Estás bien?

—Bien —repuso con cierta sequedad—. Estoy bien.

—Estupendo. Dos tortillas francesas con beicon, Mae. Y unas salchichas con patatas fritas. Dos té de hierbas y un bollo. Nos estamos quedando sin café hecho —después de clavar la hoja del pedido en el gancho que había sobre la cocina, aceptó la cafetera nueva que le entregó Dolores y se marchó a toda velocidad.

Charity fue a recoger un mandil, pero sólo consiguió que Mae le apartara la mano.

—Te dije que te sentaras.

—Y yo te dije que estoy bien. Eso significa b-i-e-n. Voy a ayudar a tomar pedidos.

—Hoy sólo vas a sentarte —le pasó una mano por el brazo. Nadie reconocía o sabía cómo tratar con esa expresión obstinada mejor que ella—. Sé una buena chica. No me preocuparía demasiado si supiera que has tomado un buen desayuno. No quieres que me preocupe, ¿verdad?

—No, claro que no, pero...

—Eso es. Y ahora, siéntate. Te prepararé unas tostadas francesas. Son tus favoritas.

Se sentó. Dolores le dejó una taza de té delante y le palmeó la cabeza.

—Desde luego ayer nos diste un buen susto. Siéntate, Roman. Te traeré un café.

—Gracias. Estás enfurruñada —le murmuró a Charity.

—No lo estoy.

—El médico vendrá esta mañana para echarte un vistazo.

—Oh, por el amor del cielo, Mae...

—No vas a hacer nada hasta que él dé el visto bueno —con un gesto de asentimiento, comenzó a preparar el pedido de Bonnie—. De mucho vas a servir si no estás al cien por ciento. Las cosas ya fueron bastante duras ayer.

Charity dejó de mirar el té y alzó la vista.

—¿Sí?

—Nos alegraremos mucho cuando el médico te dé el alta para que puedas poner un poco de orden. Que el beicon esté churruscado, Dolores.

—Lo está.

—No lo suficiente.

—¿Quieres que lo queme?

Charity sonrió y bebió el té. Era estupendo estar de vuelta.

Al bajar las escaleras, pensó que necesitaba mantener tirante la correa de Bob. Mientras le tuviera más miedo a él que a Block, las cosas irían bien. Sólo necesitaba ejercer la presión unos días más. Block y Vision Tours llegarían el martes. Cuando se marcharan el jueves por la mañana, cerraría la jaula.

Abrió la puerta del despacho para encontrar a Bob con la vista clavada en la pantalla del monitor y bebiendo café.

—Para alguien que se gana la vida con las estafas, esto es un caos.

Bob tragó más café.

—Nunca antes había trabajado con un poli vigilándome la espalda.

—Piensa en mí como tu nuevo socio —le aconsejó. Le quitó la taza de la mano y la olisqueó—. Y deja el alcohol.

—Dame un respiro.

—Te estoy dando uno más del que te mereces. Charity está preocupada por tu salud... No quiero que se preocupe.

—Escucha, tú quieres que continúe como si nada hubiera pasado. Le estoy mintiendo a Block, preparándole una trampa —la mano le tembló al pasársela por el pelo—. No sabes de lo que es capaz. Yo no sé de lo que es capaz —miró la taza, que Roman había dejado fuera de su alcance—. Necesito algo que me ayude a pasar los próximos días.

—Aclaremos esto —con calma, encendió un cigarrillo—. Si llegas hasta el final, te respaldaré en tu petición de clemencia. Fastídiolo, y me encargaré de que estés encerrado mucho tiempo. Y ahora, tómate un descanso.

—¿Qué?

—He dicho que te tomes un descanso. Ve a dar un paseo, bebé un café de verdad —echó la ceniza del cigarrillo en un pequeño cuenco de cerámica.

—Claro —al levantarse, se pasó las manos por los muslos—. Escucha, DeWinter, estoy siendo legal contigo. Cuando esto acabe, espero que mantengas a Block lejos de mí.

—Yo me ocuparé de Block —era una promesa que pensaba cumplir. Cuando la puerta se cerró detrás de Bob, alzó el teléfono—. DeWinter —dijo una vez establecida la conexión.

—Ve al grano —pidió Conby—. Recibo a unos amigos.

—Intentaré que no se te caliente el martini. Quiero saber si has localizado al conductor.

—DeWinter, un secuaz carece de importancia en este punto.

—Es importante para mí. ¿Lo has encontrado?

—Un hombre que responde a la descripción que te dio tu informador fue detenido esta mañana en Tacoma. La policía local lo retiene para ser interrogado.

Conby puso la mano sobre el auricular y Roman lo oyó murmurar algo que obtuvo de respuesta una risa ligera.

—Estamos empleando nuestra influencia para alargar el procedimiento —continuó—. Volaré hasta allí el lunes. El martes por la tarde me habré registrado en la posada. Me han dicho que tendré una habitación que da a un estanque. Suena pintoresco.

—Quiero que me des tu palabra de que se mantendrá a Charity al margen de esto.

—Como ya te he explicado, si es inocente, no tiene nada de qué preocuparse.

—No es una cuestión de si —luchó por contener su malhumor y aplastó el cigarrillo—. Es inocente. Lo tenemos registrado.

—Por la palabra de un gimoteante contable.

—Estuvieron a punto de matarla y ni siquiera sabe por qué.

—Entonces, vigílala más. No tenemos ningún deseo de ver herida a la señorita Ford, ni de involucrarla más de lo estrictamente necesario. Allí hay un

oficial de policía que comparte la misma opinión apasionada que tú acerca de la señorita Ford. El sheriff Royce logró rastrearte hasta nosotros.

—¿Cómo?

—Es un policía inteligente con contactos. Tiene un primo, un cuñado o algo así en la Agencia. No le gustó nada descubrir que lo habíamos mantenido en la oscuridad.

—Apuesto que no.

—Imagino que te hará una visita en breve. Manéjalo con cuidado, DeWinter, pero manéjalo.

Justo cuando oyó el clic de la conexión al cortarse, se abrió la puerta del despacho. Por una vez, Conby acertaba. Colgó el auricular antes de acomodarse en el sillón.

—Sheriff.

—Quiero saber qué diablos está pasando aquí, agente DeWinter.

—Cierre la puerta —se reclinó y analizó media docena de maneras de manejar a Royce—. Le agradecería que por ahora dejara el tratamiento de « agente » .

Royce apoyó ambas manos en la superficie del escritorio.

—Quiero saber qué hace un agente federal operando de incógnito en mi territorio.

—Cumplir órdenes. ¿Se sienta? —indicó una silla.

—Quiero saber en qué caso trabaja.

—¿Qué le han contado?

Royce bufó disgustado.

—Llegó al punto en que hasta mi primo comenzó a darme largas, DeWinter, pero he de suponer que el hecho de que esté aquí tiene que ver con que ayer estuvieran a punto de atropellar a Charity.

—Estoy aquí porque me asignaron venir —aguardó un momento y miró a Royce a la cara—. Pero mi primera prioridad es mantener a salvo a Charity.

Royce no llevaba como agente de la ley casi veinte años sin ser capaz de tomar la medida de un hombre. Quedó satisfecho con la de Roman.

—En Washington me soltaron un montón de basura sobre que estaba siendo investigada.

—Lo estaba. Ya no. Pero podría encontrarse en problemas. ¿Está dispuesto a ayudar?

—He conocido a esa muchacha toda la vida —se quitó el sombrero y se mesó el pelo—. ¿Por qué no deja de hacer preguntas estúpidas y me cuenta lo que está pasando?

Roman lo puso al corriente, deteniéndose sólo una o dos veces para dejar que Royce hiciera preguntas.

—No tengo tiempo de darle más detalles. Quiero saber de cuántos de sus

hombres podría prescindir el jueves por la mañana.

—De todos —repuso el otro de inmediato.

—Únicamente quiero a los más experimentados. Tengo información de que Block no sólo va a traer el dinero falso, sino también a un hombre que se registrará como Jack Marshall. Su nombre verdadero es Vincent Dupont. Hace dos semanas robó dos bancos en Ontario, mató a un guardia e hirió a un civil. Block lo sacará de Canadá con el grupo turístico, lo mantendrá aquí un par de días y luego lo enviará por rutas cortas hasta Sudamérica. En su servicio de viaje para hombres como Dupont, cobra una bonita tarifa. Tanto Dupont como Block son hombres peligrosos. Tendremos agentes en la posada, pero también habrá civiles. No hay modo de despejar el lugar sin que se den cuenta.

—Es un juego arriesgado.

—Lo sé —pensó en Charity durmiendo arriba—. Es el único modo en que se puede llevar.

## Capítulo 9

Charity regresaba a la posada después de dejar a tres huéspedes en el ferry. Estaba segura de que era la mañana más bonita que había visto jamás. «Después de la noche más maravillosa de mi vida», pensó. No, dos de las noches más maravillosas de su vida.

Aunque nunca se había considerado terriblemente romántica, siempre había imaginado cómo sería estar enamorada. Sus sueños no se habían acercado a lo que sentía en ese momento. Era algo sólido y desconcertante. Sencillo y asombroso. Roman llenaba sus pensamientos de forma tan completa como llenaba su corazón. El solo hecho de saber que él estaba allí hacía que deseara regresar a toda velocidad a la posada.

Daba la impresión de que cada hora que pasaban juntos los acercaba más. Poco a poco, paso a paso, podía sentir cómo él bajaba las barreras que había erigido a su alrededor. Quería hallarse presente cuando al final cayeran por completo.

Estaba enamorado de ella. No le cabía ninguna duda, sin importar que lo supiera o no. Podía verlo por el modo en que la miraba, por la manera en que le tocaba el pelo cuando creía que dormía. Por la forma en que la abrazaba toda la noche, como si temiera que, de algún modo, pudiera escabullirse de él. Con tiempo, le demostraría que no pensaba ir a ninguna parte... y que tampoco él iba a ir a ninguna parte.

Algo lo inquietaba. Ésa era otra de las cosas de las que estaba segura. Los ojos se le nublaron al conducir junto al agua. Había ocasiones en que podía sentir la tensión palpitando en él incluso al tenerlo del otro lado de una habitación. Parecía estar vigilando, a la espera. Pero ¿qué?

Desde el accidente, apenas la había perdido de vista. Tuvo que reconocer que era un gesto dulce, tierno. Pero tenía que parar. Podía amarlo, pero no quería que la consintiera. No le cabía duda de que si hubiera sabido que esa mañana pensaba conducir hasta el ferry, habría encontrado un modo de detenerla.

Tuvo razón otra vez. Roman había necesitado cierto tiempo para calmarse al descubrir que Charity no se hallaba en el despacho, ni en la cocina ni en ninguna parte de la posada.

—Ha ido a dejar a unos huéspedes en el ferry —lo informó Mae, para luego

observar fascinada cómo la contención de él se evaporaba—. Santo cielo — comentó cuando la atmósfera se despejó—. Te ha dado fuerte, muchacho.

—¿Por qué la dejó ir?

—¿Dejarla ir? —soltó una carcajada—. No he dejado que esa muchacha hiciera nada desde que aprendió a caminar. Simplemente, lo hace —paró de batir la mostaza para mirarlo—. ¿Algún motivo por el que no deba conducir hasta el ferry?

—No.

—De acuerdo, entonces. Serénate. Volverá en media hora.

Juraba e iba de un lado a otro casi siempre que ella no estaba. Mae y Dolores intercambiaron miradas desde el otro lado del cuarto. Tendrían mucho que contarse en cuanto dispusieran de la cocina para ellas solas.

Mae pensó en el modo en que Charity había sonreído aquella mañana. Si prácticamente había entrado bailando a la cocina. Mantuvo un ojo sobre Roman mientras éste cavilaba con la vista clavada en una taza de café y miraba el reloj. Desde luego que al muchacho le había dado fuerte.

—Hoy tienes el día libre, ¿no? —le preguntó Mae.

—¿Qué?

—Es domingo —explicó con paciencia—. ¿Tienes el día libre?

—Sí, supongo.

—Y además es un día bonito. Hace buen clima para una excursión — comenzó a cortar carne asada para preparar unos sandwiches—. ¿Tienes algún plan?

—No.

—A Charity le encantan las excursiones. Sí, señor, no es capaz de renunciar a ninguna. ¿Sabes?, creo que esa chica no ha tenido un día libre desde hace más de un mes.

—¿Tienen dinamita?

—¿Para qué? —intervino Dolores.

—Supongo que haría falta dinamita para separar a Charity un día de la posada.

Necesitó un minuto, pero Dolores al final captó la broma. Rió entre dientes.

—¿Has oído, Mae? Quiere dinamita.

—Pareja de tontos —musitó Mae mientras cortaba unas porciones generosas de tarta de queso—. No mueves a esa chica con dinamita, amenazas u órdenes. Casi te iría mejor si dieras todo el día con la cabeza contra una pared —intentó no sonar satisfecha, pero sin éxito—. ¿Quieres que haga algo? Hazle creer que te hace un favor. Hazle pensar que es importante para ti. Muchacho, como sigas yendo de un lado a otro, gustarás mi suelo.

—Ya debería haber regresado.

—Regresará cuando regrese. ¿Sabes llevar un bote?



—Sí, ¿por qué?

—A Charity siempre le gustaron las excursiones en el agua. Hace mucho tiempo que no sale a navegar. Demasiado.

—Lo sé. Me lo dijo.

Mae se volvió con expresión decidida.

—¿Quieres hacer feliz a mi pequeña?

Intentó encogerse de hombros, pero no pudo.

—Sí. Sí, quiero.

—Entonces, llévatela a navegar todo el día. No permitas que diga que no.

—De acuerdo.

Satisfecha, giró otra vez.

—Baja a la bodega a buscar una botella de vino. Francés. Le gustan las cosas francesas.

—Es afortunada de tenerla.

La cara ancha se ruborizó un poco, pero mantuvo la voz enérgica.

—Por aquí, nos apoyamos todos. Tú me gustas —añadió—. No estaba segura la primera vez que te vi, pero ahora me gustas.

Estaba listo para ella cuando regresó. Incluso antes de que terminara de bajar de la furgoneta, atravesaba el aparcamiento de gravilla con la cesta en una mano.

—Hola.

—Hola —ella lo saludó con una sonrisa y un beso fugaz. Pero Roman le rodeó la cintura para un abrazo más largo y satisfactorio—. Bueno... —tuvo que respirar hondo y apoyarse en el vehículo—. Hola otra vez —notó que se había puesto un jersey negro amplio sobre los vaqueros y que llevaba la cesta—. ¿Qué es eso?

—Una cesta —la informó—. Mae ha puesto algunas cosas en el interior. Es mi día libre.

—Oh —se echó la trenza a la espalda—. Es cierto. ¿Adonde vas a ir?

—A navegar, si puedo usar el bote.

—Claro —con melancolía, alzó la vista al cielo—. Es un día estupendo para ello. Sopla un viento ligero, apenas hay una nube.

—Entonces, vámonos.

—¿Irnos? —ya tiraba de ella hacia el embarcadero—. Oh, Roman, no puedo. Tengo docenas de cosas que hacer esta tarde. Y... —no quería reconocer que aún no se hallaba preparada para volver a salir a navegar—. No puedo.

—Te traeré de vuelta antes del turno de la cena —apoyó una mano en su mejilla—. Te necesito conmigo, Charity. Necesito pasar cierto tiempo a solas contigo.

—Quizá podríamos ir a dar un paseo en coche. No has visto las montañas.

—Por favor —dejó la cesta para tomarla por los brazos—. Hazlo por mí.

Se preguntó si alguna vez le había pedido algo por favor. No lo creía. Con un suspiro, miró en dirección al bote que se mecía con suavidad en el embarcadero.

—De acuerdo. Tal vez por una hora. Iré a cambiarme.

Sabía que sólo quería ganar tiempo.

—Estás bien así, con esos vaqueros y el jersey rojo —de la mano, la condujo al embarcadero—. No le vendría mal un poco de mantenimiento a esta zona.

—Lo sé. Siempre me digo que hay que hacerlo —aguardó hasta que Roman bajó al bote. Cuando alzó una mano hacia ella, titubeó, luego se obligó a reunirse con él—. Tengo una llave en el llavero.

—Mae ya me dio una.

—Oh —Charity se sentó en la popa—. Ya veo. Una conspiración.

Sólo necesitó tirar dos veces para arrancar el motor.

—Por lo que me contaste el otro día, no creo que él quisiera que lo lloraras toda la vida.

—No —cuando sus ojos se humedecieron, giró la cabeza hacia la posada—. No, no le gustaría. Pero lo quería tanto —respiró hondo—. Soltaré las amarras.

Antes de poner el bote en marcha, Roman le tomó la mano y la atrajo a su lado. Tras un momento, ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Has navegado mucho?

—De vez en cuando. De pequeño, solíamos alquilar un barco un par de veces cada verano para salir al río.

—¿Quiénes? —vio que su cara volvía a parapetarse—. ¿Qué río? —modificó la pregunta.

—El Mississippi —sonrió y le pasó un brazo por los hombros—. Vengo de St. Louis, ¿lo has olvidado?

—El Mississippi —su mente de inmediato se llenó con visiones de buques de vapor y muchachos en balsas de madera—. Me encantaría verlo. ¿Sabes qué sería estupendo? Realizar un crucero desde St. Louis hasta Nueva Orleans. He de apuntar eso en mi ficha.

—¿Tu ficha?

—La ficha en la que apunto las cosas que quiero hacer —rió y saludó a un velero que pasaba antes de inclinarse y besar la mejilla de Roman—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por convencerme para esto. Siempre me ha encantado pasar una tarde en el agua, observando otros barcos, mirando las casas. Lo echaba de menos.

—¿Has pensado alguna vez que le das demasiado a la posada?

—No. No puedes darle demasiado a algo que amas. Si no sintiera algo tan fuerte por ella, la habría vendido, aceptado un trabajo en algún hotel moderno en Seattle o Miami o en... cualquier parte. Ocho horas al día, con baja por enfermedad y vacaciones pagadas —esa simple idea la hacía reír—. Llevaría un

bonito traje y zapatos cómodos, tendría mi propio despacho y con ecuanimidad me volvería loca —sacó las gafas de sol del bolso—. Tú deberías entenderlo. Tienes buenas manos y una mente aguda. ¿Por qué no eres carpintero jefe de alguna empresa grande de construcción?

—Quizá cuando surgió la ocasión, realicé las elecciones equivocadas.

Con la cabeza ladeada, lo estudió con ojos entrecerrados y pensativos detrás de las gafas de sol.

—No, no lo creo. No para ti.

—No sabes mucho sobre mí, Charity.

—Claro que sí. He vivido contigo una semana. Eso, probablemente, se compare con conocer a alguien de forma superficial durante seis meses. Sé que eres muy intenso e introspectivo. Tienes un temperamento encendido que rara vez permites que se descontrola. Eres un carpintero excelente al que le gusta acabar los trabajos que empieza. Puedes ser galante con las ancianas —rió y puso la cara al viento—. Te gusta el café solo, no le tienes miedo al trabajo duro... y eres un amante maravilloso.

—¿Y con eso tienes suficiente?

Se encogió de hombros.

—No creo que tú conozcas mucho más sobre mí —indicó con brusquedad—.

¿Quieres comer?

—Elige un punto.

—Por ahí —señaló—. ¿Ves ese pequeño saliente de tierra? Podemos anclar la embarcación allí.

La tierra que había indicado era poco más que un conglomerado de rocas grandes y lisas que caían al agua. Al acercarse, pudo ver una extensión estrecha de arena plagada de árboles. Apagó el motor y maniobró hacia la playa, con Charity guiándolo por señas. Mientras la corriente rompía contra los costados de la embarcación, ella se quitó los zapatos y comenzó a remangarse los vaqueros.

—Tendrás que echarme una mano —al decirlo, se lanzó al agua, que la cubría hasta las rodillas—. ¡Dios, está fría! —luego rio y aseguró el cabo—. Vamos.

El agua estaba helada. Juntos subieron el bote hacia una franja estrecha de arena.

—Supongo que no has traído una manta, ¿verdad?

Él metió la mano en el bote y sacó la gastada manta roja que le había dado Mae.

—¿Ésta servirá?

—Estupendo. Recoge la cesta —chapoteó por las aguas poco profundas y salió a la playa. Después de extender la manta en la base de las rocas protectoras, se bajó las perneras mojadas de los vaqueros—. Lori y yo solíamos venir aquí de pequeñas. Comíamos sandwiches de mantequilla de cacahuete y

hablábamos de chicos —se arrodilló en la manta y miró alrededor.

Había pinos a su espalda, verdes y densos por toda la pendiente. A un metro de distancia, el agua remolineaba ante la roca, desgastada por el viento y el tiempo. En la distancia, un velero navegaba con las velas blancas e hinchadas.

—No ha cambiado mucho —sonrió y alargó la mano hacia la cesta—. Spongo que las mejores cosas no cambian —abrió la tapa y vio una botella de champán—. Vaya —con una ceja enarcada, la sacó—. Al parecer, vamos a disfrutar de una buena excursión.

—Mae dijo que te gustan las cosas francesas.

—Sí. Nunca he bebido champán en un picnic.

—Ya es hora de que lo hicieras —tomó la botella y fue a hundirla en el agua, metiéndola en la arena mojada—. Dejaremos que se enfríe un poco más —regresó a su lado y le tomó la mano antes de que pudiera seguir explorando la cesta. Se arrodilló. Con los dedos muslo contra muslo, la acercó y le cubrió la boca con los labios.

Lo primero que emitió ella fue un sereno sonido de placer, seguido por un jaeo cuando Roman ahondó el beso. Lo rodeó con los brazos, luego los subió hasta apoyar las manos en sus hombros. El deseo fue como un aluvión, que subió deprisa hasta arrastrarla.

Él necesitaba... necesitaba tenerla cerca de esa manera, probar el calor de la pasión en los labios, sentir el mismo ritmo desbocado de sus corazones.

En Roman había una desazón y una furia que no lograba comprender. Respondiendo a ambas, se pegó a él, sin vacilar en ofrecerle lo que fuera que necesitara. Quizá con eso bastaría. Lentamente, la boca de él se suavizó. Luego la abrazó.

—Es una manera muy agradable de empezar una excursión —logró comentar ella cuando encontró su voz.

—Me es imposible tener suficiente de ti.

—No pasa nada. No me importa.

Se apartó para enmarcarle la cara con las manos. Los ojos de ella se veían serenos, profundos y llenos de comprensión. Pensó que sería mejor, desde luego más seguro, si simplemente le dejara sacar el refrigerio. Hablarían del tiempo, del agua, de la gente en la posada. Había tantas cosas que no podía contarle. Pero al mirarla a los ojos, supo que tenía que contarle lo suficiente de Roman DeWinter como para que pudiera realizar una elección.

—Siéntate.

Algo en su tono le provocó cierta alarma. Pensó que iba a decirle que se marchaba.

—De acuerdo —juntó las manos y se prometió que encontraría un modo de hacer que se quedara.

—No he sido justo contigo —se apoyó contra una roca—. La justicia no ha

sido una de mis prioridades. Hay cosas sobre mí que deberías saber, que deberías haber sabido antes de que las cosas hubieran llegado tan lejos.

—Roman...

—No tardaré mucho. Sí, procedo de St. Louis. Viví en una especie de vecindario que ni siquiera entenderías. Drogas, prostitutas —miró hacia el agua—. Muy alejado de esto, cariño.

«De modo que la confianza ha llegado», pensó ella. No permitiría que lo lamentara.

—No importa de dónde vienes, Roman. Sino dónde estás ahora.

—Eso no siempre es verdad. Parte del lugar que procedes siempre permanece contigo —le tomó la mano brevemente, para soltársela casi en el acto. Pensó que lo mejor sería romper el contacto en ese momento—. Cuando estaba lo suficientemente sobrio, mi padre conducía un taxi. Cuando no lo estaba, se sentaba en casa con la cabeza en las manos. Uno de mis primeros recuerdos es despertar por la noche para oír a mi madre gritándole. Cada par de meses amenazaba con irse. Entonces él enderezaba el rumbo. Vivíamos en el ojo del huracán hasta que paraba en el bar para beberse una copa. De modo que al final ella dejó de amenazar y lo cumplió.

—¿Y adonde fuiste?

—Dije que ella se marchó.

—Pero... ¿no te llevó con ella?

—Supongo que pensó que su situación ya sería lo bastante dura sin tener que cargar con un crío de diez años.

Charity movió la cabeza y luchó con una furia profunda. Le costaba entender cómo una madre podía abandonar a su hijo.

—Debió de sentirse muy confundida y asustada. En cuanto...

—Jamás volví a verla —cortó él—. Tienes que comprender que no todo el mundo ama de manera incondicional.

—Oh, Roman —quiso abrazarlo entonces, pero la mantuvo alejada de él.

—Me quedé con mi padre otros tres años. Una noche comenzó a beber antes de subirse al taxi. Se mató a sí mismo y al pasajero que llevaba.

—Oh, Dios —alargó la mano, pero él negó con un gesto de la cabeza.

—Eso me puso bajo la custodia de los tribunales. No era algo que me gustara mucho, de modo que me largué a vivir a las calles.

Le costó aceptar semejante situación.

—¿Con trece años?

—De todos modos, había vivido en ella casi toda mi vida.

—Pero ¿cómo?

Sacó un cigarrillo de la cajetilla, lo encendió y le dio una profunda calada antes de volver a hablar.

—Aceptaba los trabajos que podía encontrar. Cuando no tenía ninguno,

robaba. Después de un par de años, se me dio tan bien robar, que dejé de molestarme en buscar trabajo. Entraba en casas, puenteaba coches, birlaba carteras. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí. Estabas solo y desesperado.

—Era un ladrón. Maldita sea, Charity, no era un pobre joven descarriado. Dejé de ser un niño al llegar a casa y ver a mi padre inconsciente y descubrir que mi madre se había ido. Sabía lo que hacía. Elegí hacerlo.

Ella no dejó de mirarlo a los ojos, luchando con la necesidad de tomarlo en brazos.

—Si esperas que condene a un niño por encontrar una manera de sobrevivir, me temo que te decepcionaré.

Se dijo que proyectaba romanticismo a la situación. Tiró el cigarrillo al agua.

—¿Sigues robando?

—¿Qué pasaría si te dijera que sí?

—Me vería obligada a afirmar que eres estúpido. Y no me pareces estúpido, Roman.

Calló un momento antes de tomar la decisión de contarle el resto.

—Estaba en Chicago. Acababa de cumplir dieciséis años. Era enero, hacía tanto frío que los ojos no podían llorar. Decidí que necesitaba conseguir dinero suficiente para tomar un autobús hacia el sur. Pensé en pasar el invierno en Florida y desplumar a los turistas. Fue ahí cuando conocí a John Brody. Forcé la entrada en su apartamento y terminé con un 45 en la cara. Era un poli —el recuerdo de aquel momento aún lo hacía reír—. No sé quién se mostró más sorprendido. Me ofreció tres opciones. Una, podía entregarme al departamento de menores. Dos, podía darme una paliza. Tres, podía darme algo para comer.

—¿Qué hiciste?

—Es difícil ir de duro cuando un hombre de noventa kilos te apunta con un 45. Me tomé una lata de sopa. Me dejó dormir en el sofá —mirando atrás, aún podía verse, flaco y lleno de amargura, despierto en el sofá apelmazado—. No paré de decirme que iba a conseguir lo que pudiera y largarme. Pero nunca lo hice. Solía decirme que era un estúpido blandengue y que en cuanto se relajara, me escabulliría con lo que pudiera pillar. Lo siguiente que supe fue que estaba yendo al colegio —alzó la vista al cielo—. Él solía construir cosas en el sótano del edificio. Me enseñó a usar el martillo.

—Debió de ser un hombre especial.

—Sólo tenía veinticinco años cuando lo conocí. Había crecido en el South Side, entre bandas. En algún punto, dijo basta. Cuando un par de años más tarde se casó, compró una casa vieja en los suburbios. La rehabilitamos habitación por habitación. Solía decirme que no había nada que le gustara más que vivir en un lugar en construcción. Estábamos añadiendo un cuarto más, iba a ser su taller, cuando lo mataron. Estando de servicio. Tenía treinta y dos años. Dejó un hijo de

tres años y una viuda embarazada.

—Roman, lo siento —se acercó a él y le tomó las manos.

—Eso mató algo en mí, Charity. Jamás he sido capaz de recuperarlo.

—Lo entiendo —no permitió que se apartara—. De verdad. Cuando pierdes a alguien que ha sido una parte tan importante en tu vida, siempre faltará algo. Yo aún pienso en el abuelo todo el tiempo. Aún me pone triste. A veces simplemente me enfurece, porque quería haberle dicho tantas cosas más...

—Te estás dejando piezas fuera. Mira lo que era, de dónde vengo. Era un ladrón.

—Eras un niño.

La agarró por los hombros y la sacudió.

—Mi padre era un borracho.

—Yo ni siquiera sé quién era el mío. ¿Debería sentirme avergonzada de eso?

—A ti no te importa, ¿verdad? ¿Dónde he estado, lo que he hecho?

—No mucho. Me interesa más qué eres ahora.

No podía decirle qué era. Aún no. Por su propia seguridad, debía proseguir con el engaño unos días más. Pero había algo que sí podía decirle. Como la historia que acababa de contarle, era algo que nunca le había dicho a nadie.

—Te amo.

Las manos se le aflojaron y los ojos se le tornaron enormes.

—¿Querías...? —calló el tiempo suficiente para respirar hondo—. ¿Querías repetirlo?

—Te amo.

Con un sollozo ahogado, se lanzó a sus brazos. Se dijo que no iba a llorar; cerró los ojos con fuerza contra las lágrimas que amenazaban con caer. No quería estar llorosa ni con los ojos rojos en el momento más hermoso de su vida.

—Sólo abrázame un momento, ¿de acuerdo? —abrumada, pegó la cara en su hombro—. No puedo creer que esto esté sucediendo.

—Ya somos dos —pero sonreía.

—Hace una semana ni siquiera te conocía —echó la cabeza atrás hasta que encontró sus labios—. Y ahora no puedo imaginar mi vida sin ti.

—No lo hagas. Puede que cambies de idea.

—Imposible.

—Prométele —dominado por una súbita sensación de urgencia, le aferró las manos—. Quiero que lo prometas.

—De acuerdo. Lo prometo. No cambiaré de parecer acerca de estar enamorada de ti.

—Te lo recordaré, Charity —la pegó a él y le desterró todo pensamiento de la cabeza, hasta los felices—. ¿Querrás casarte conmigo?

Boquiabierta, se echó para atrás antes de sentarse aturdida.

—¿Qué? ¿Qué?

—Quiero que te cases conmigo... ahora, hoy —era una locura y lo sabía. Estaba mal. Sin embargo, al volver a levantarla, supo que tenía que encontrar una manera de retenerla—. Debes conocer a alguien, a un pastor, a un juez de paz, que pueda celebrarlo.

—Bueno, sí, pero... —se llevó una mano a la cabeza, que le daba vueltas—. Hay papeleo, licencias. Dios, no puedo pensar.

—No pienses. Sólo di que lo harás.

—Claro que lo haré, pero...

—Sin «peros» —le aplastó la boca con un beso—. Quiero que seas mía. Dios, necesito ser tuyo. ¿Me crees?

—Sí —sin aliento, le acarició la mejilla—. Roman, hablamos de matrimonio, de una vida entera. Tengo la intención de hacerlo sólo una vez —se pasó una mano por el pelo y volvió a sentarse—. Supongo que todo el mundo dice eso, pero yo necesito creerlo. Tiene que empezar con algo más que unas palabras pronunciadas ante un funcionario. Espera, por favor —dijo antes de que pudiera hablar—. Me has desconcertado y quiero que lo comprendas. Te amo, y no puedo pensar en nada que desee más que ser tuya. Cuando me case contigo, tiene que ser algo más que ir deprisa al registro civil y decir que sí. Tampoco necesito una gran boda. No se trata de un velo largo y de invitaciones grabadas.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Quiero flores y música, Roman. Y amigos —le tomó la cara entre las manos—. Quiero estar a tu lado sabiendo que parezco hermosa, para que todo el mundo pueda ver lo orgullosa que me siento de ser tu esposa. Si eso suena demasiado Romántico, bueno, así debería ser.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Puedo disponer de dos semanas?

Temía darle dos días. Sin embargo, se dijo que era lo mejor. Jamás sería capaz de retenerla si todavía había mentiras entre ellos.

—Te daré dos semanas, si después te marchas conmigo.

—¿Adonde?

—Déjame eso a mí.

—Me encantan las sorpresas —sonrió sobre los labios de él—. Y tú... hasta ahora tú eres la mayor sorpresa de todas.

—Dos semanas —le apretó las manos—. Sin importar lo que pase.

—Haces que parezca como si pudiéramos vernos superados por un desastre natural en ese período de tiempo. Sólo voy a tomarme unos días para arreglar todo —le dio un beso en la mejilla y le sonrió—. Saldrá bien, Roman, para los dos. Es otra promesa que te hago. Y ahora sí me gustaría beber un poco de ese champán.

Sacó las copas mientras él recogía la botella del agua. Sentados sobre la manta, la descorchó.



—Por los comienzos nuevos —dijo ella, acercando la copa a la de él.

Roman quiso creer que podía suceder.

—Te haré feliz, Charity.

—Ya lo haces —se acurrucó contra él y apoyó la cabeza en su hombro—. Es el mejor picnic que jamás he tenido.

Le besó la coronilla.

—Si todavía no has comido nada.

—¿Quién necesita comida? —con un suspiro, alzó la mano. Entrelazaron los dedos y los dos miraron hacia el horizonte.

## Capítulo 10

Los ingresos del martes fueron caóticos. Charity asignó habitaciones y cabañas, respondió preguntas y, en general, esperó que pasara la primera oleada.

Costaba mantener la mente en el trabajo cuando tenía la cabeza llena con los planes de boda.

No sabía si decidirse por Chopin o por Beethoven. ¿Aguantaría el clima para que pudieran celebrar la ceremonia en el jardín o sería mejor una boda acogedora e íntima en el salón?

¿Cuándo iba a poder encontrar una tarde libre para elegir el vestido adecuado? Tenía que ser perfecto. Largo hasta los tobillos, con algunos toques románticos de encaje. Había una boutique en Eastsound que se especializaba en prendas antiguas. Si pudiera...

—¿No vas a firmar esto?

—Lo siento, Roger —volvió al presente y le ofreció una sonrisa de disculpa—. Esta mañana parezco un poco dispersa.

—Tranquila —le palmeó la mano y firmó su lista—. ¿Fiebre de primavera?

—Se podría decir que sí —se echó el pelo hacia atrás, irritada por no haber recordado trenzárselo esa mañana. Podía dar las gracias por recordar su propio nombre—. Vamos un poco retrasados. El ordenador vuelve a darnos problemas. El pobre Bob está peleándose con él desde ayer.

—Parece que tú misma has estado metida en una pelea.

Se llevó una mano a la sien en proceso de curación.

—La semana pasada tuve un pequeño accidente.

—¿Algo grave?

—No, en realidad, sólo molesto. Un idiota estuvo a punto de atropellarme.

—Eso es terrible —la observó con atención y expresión seria—. ¿Te lastimó mucho?

—No, sólo unos puntos y unos cuantos moretones. Más que nada, fue el susto.

—Me lo imagino. No esperas que algo así pase por aquí. Espero que lo hayan atrapado.

—No, todavía no —se encogió de hombros—. Para serte franca, dudo que alguna vez lo encuentren. Supongo que se largó de la isla en cuanto se puso sobrio.

—Conductores borrachos —Block emitió un sonido de disgusto—. Bueno, tienes derecho a estar distraída después de algo así.

—La verdad es que tengo un motivo mucho más grato. Dentro de un par de semanas voy a casarme.

—¡No me digas! —esbozó una amplia sonrisa—. ¿Y quién es el hombre afortunado?

—Roman DeWinter. No sé si lo has conocido. Realiza la rehabilitación del ala oeste.

—Eso sí que es cómodo, ¿no? —siguió sonriendo. El romance explicaba muchas cosas. Un vistazo a la cara de Charity desterraba cualquier duda persistente. Decidió que iba a tener que mantener una conversación larga con Bob por precipitarse—. ¿Es de por aquí?

—No, es de St. Louis.

—Vaya, espero que no te aleje de nosotros.

—Sabes que nunca dejaría la posada, Roger —la sonrisa se mitigó un poco. Era un tema del que Roman y ella nunca habían hablado—. En cualquier caso, prometo mantener la mente en el trabajo. Tienes seis personas que quieren alquilar botes —miró el reloj—. Puedo hacer que las lleven al puerto deportivo al mediodía.

—Las reuniré.

La puerta de la posada se abrió y Charity alzó la vista. Vio a un hombre pequeño y enjuto con el pelo castaño bien cortado que lucía una camisa informal. Llevaba una pequeña bolsa de piel.

—Buenos días.

—Buenos días —echó un breve vistazo al recibidor mientras se dirigía a la recepción—. Conby, Richard Conby. Creo que tengo una reserva.

—Sí, señor Conby. Lo esperábamos —buscó entre los papeles que tenía sobre el mostrador y rezó para que Bob tuviera funcionando el ordenador al final del día—. ¿Cómo ha sido su viaje?

—Sin incidentes —firmó el registro, donde apuntó que su dirección estaba en Seattle—. Me han informado de que su posada es tranquila y apacible. Tengo ganas de relajarme uno o dos días.

Charity descubrió que se sentía divertida e impresionada por la cuidada manicura de sus manos.

—Estoy segura de que le resultará muy relajante —abrió un cajón para elegir una llave y se dirigió a Roger—. Roman o yo llevaremos a tu grupo al puerto deportivo. Réunelo en el aparcamiento al mediodía.

—Lo haré —con un gesto alegre, se marchó.

—Será un placer enseñarle la habitación, señor Conby. Si tiene alguna pregunta acerca de la posada, o de la isla, no sienta ningún reparo en preguntar, ya sea a mí o a cualquier miembro del personal —rodeó la recepción y abrió el

camino hacia las escaleras.

—Oh, lo haré —la siguió—. Desde luego que lo haré.

Exactamente a las doce y cinco; Conby oyó una llamada y abrió la puerta de su habitación.

—Puntual como siempre, DeWinter —estudió el cinturón de herramientas de Roman—. Veo que te mantienes ocupado.

—Dupont se encuentra en la cabaña tres.

Era una misión demasiado importante para mostrarse sarcástico.

—¿Has realizado una identificación positiva?

—Lo ayudé a llevar las maletas.

—Muy bien —aceptó satisfecho—. Intervendremos según lo planeado el jueves por la mañana y lo apresaremos antes de caer sobre Block

—¿Qué hay del conductor del coche que trató de matar a Charity?

Siempre melindroso, Conby fue al cuarto de baño a lavarse las manos.

—Muestras un interés desmedido en un delincuente de poca monta.

—¿Has conseguido una confesión?

—Sí —desplegó una toalla para las manos—. Reconoció reunirse la semana pasada con Block y recibir cinco mil dólares para... para sacar de la circulación a la señorita Ford. Una suma ínfima para un asesinato —las manos secas, tiró la toalla sobre el borde del lavabo antes de regresar al dormitorio—. Si Block hubiera mostrado más criterio, quizá hubiera tenido más éxito.

Tomándolo por el cuello, Roman lo alzó del suelo.

—Ten cuidado donde pisas —dijo con suavidad.

—Es más lógico que yo te diga eso —se soltó y se alisó la camisa. En los cinco años que llevaba siendo el superior de Roman, había encontrado los métodos de éste toscos y su actitud arrogante. La pena era que los resultados eran invariablemente excelentes—. Pierdes el enfoque en este caso, DeWinter.

—No. Tienes suficiente sobre Block como para acusarlo de conspiración e intento de asesinato. Dupont prácticamente está atado con un lazo. ¿Por qué esperar?

—No me molestaré en recordarte quién lleva este caso.

—Los dos sabemos quién lo lleva, Conby, pero hay una diferencia entre estar sentado detrás de un despacho y actuar en la calle. Si los apresamos ahora, con cuidado, existirá menos riesgo de poner en peligro a personas inocentes.

—No tengo intención de poner en peligro a ninguno de los clientes. O al personal —añadió, pensando que sabía dónde se hallaba centrada la mente de Roman—. Tengo mis órdenes en este caso, igual que tú —sacó un pañuelo limpio de un cajón de la cómoda—. Como al parecer es tan importante para ti, te diré que queremos pillar a Block cuando entregue el dinero. Trabajamos con las autoridades canadienses, y es así como procederemos. En cuanto a los cargos de

conspiración, sólo tenemos la palabra de un delincuente. Quizá haga falta algo más para que prospere en un tribunal.

—Tú lo conseguirás. ¿A cuántos hombres tenemos?

—Dos agentes llegarán mañana, y habrá dos más de respaldo. Capturaremos a Dupont en su cabaña y a Block en el vestíbulo. Caer antes sobre Dupont sin duda alertará a Block. ¿De acuerdo?

—Sí. Pero si algo le sucede a ella, cualquier cosa, te consideraré responsable a ti.

—Hay un hombre en la mesa dos que está tan nervioso que es como si hubiera robado un banco o algo parecido. Luego está la pareja de la mesa ocho, supuestamente en su segunda luna de miel. Pasan más tiempo mirando a los demás que a sí mismos.

Roman no dijo nada. Había analizado a Dupont y a dos de los agentes de Conby en menos de treinta minutos.

—Y luego está ese hombrecillo con traje y chaleco en la mesa cuatro —miró por encima del hombro—. Dice que ha venido aquí a relajarse. ¿Quién puede relajarse con traje, chaleco y corbata? —acomodó la bandeja sobre la cadera—. Afirma ser de Seattle, pero tiene un acento tan marcado del este, que podría cortar la tarta de Mae. Parece una comadreja.

—¿Lo crees? —se permitió esbozar una leve sonrisa al oír la descripción que hizo de Conby.

—Una comadreja bien peinada —añadió—. Compruébalo tú mismo —con un pequeño escalofrío, regresó al comedor—. Cualquiera tan untuoso me pone los pelos de punta.

Pero el deber era el deber, y la comadreja estaba sentado a una mesa que atendía ella.

—¿Está preparado para pedir? —le preguntó a Conby con una sonrisa luminosa.

Él bebió un último sorbo del martini con vodka. Suponía que estaba pasable.

—El menú afirma que la trucha es fresca.

—Sí, señor —eso le inspiraba un orgullo especial. El estanque había sido idea suya—. Desde luego que lo es.

—Fresca cuando fue enviada esta mañana, sin duda.

—No —Charity bajó el bloc de pedidos pero mantuvo la sonrisa en su sitio—. Tenemos nuestro propio suministro aquí mismo en la posada.

Él enarcó una ceja y tamborileó con un dedo contra la copa.

—Su pescado puede ser superior a su vodka, pero tengo mis dudas en lo referente a que de verdad sea fresco. No obstante, parece ser el artículo más interesante de su menú, así que tendré que conformarme.

—El pescado —repitió Charity con lo que consideró una calma admirable—

es fresco.

—Estoy convencido de que usted así lo cree. Sin embargo, el concepto que tiene usted de frescura puede variar del mío.

—Sí, señor —se guardó el bloc en el bolsillo—. Si me disculpa un momento.

«Puede ser inocente», pensó Conby con el ceño fruncido por su copa vacía, «pero dista mucho de ser eficiente».

—¿Dónde está el incendio? —quiso saber Mae al ver irrumpir a Charity en la cocina.

—En mi cerebro —se detuvo un momento, con las manos en las caderas—. Ese... ese ofensivo e insignificante aprendiz de chef me dice que nuestro vodka es mediocre, que nuestro menú es aburrido y que nuestro pescado no es fresco.

—Un menú aburrido —Mae se crispó—. ¿Qué ha comido?

—Aún nada. Ha bebido una copa y tomado un par de galletitas con salsa de salmón y ya es un crítico gastronómico.

Charity dio un paseo por la cocina para calmarse. Ningún urbanita pedante iba a entrar en su posada para desmembrarla. Su bar era tan bueno como cualquiera de la isla, su restaurante tenía calificación de tres tenedores y su pescado...

—El tipo de la mesa cuatro quiere otro martini de vodka —anunció Roman al entrar con una bandeja cargada.

—¿Sí? —Charity giró en redondo—. ¿De verdad?

No recordaba haber visto jamás ese brillo en sus ojos.

—Así es —confirmó con cautela.

—Bueno, primero tengo que llevarle otra cosa —con eso, salió de la cocina.

—Oh, oh —musitó Dolores.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Roman.

—El tipo tiene descaro al decir que la comida es aburrida incluso antes de haberla probado —ceñuda, sirvió una ración de espárragos silvestres en un plato—. Tuve ganas de añadirle curry a sus entrantes. Para que viera lo sosa que es.

Todos se volvieron cuando Charity regresó. Aún llevaba el plato. En ella, se debatía una trucha muy confundida.

—Cielos —riendo entre dientes, Dolores se cubrió la boca con ambas manos—. Oh, cielos.

Con una sonrisa, Mae regresó junto al fuego.

—Charity —Roman quiso sujetarla por el brazo, pero lo esquivó y se deslizó por la puerta. Moviendo la cabeza, la siguió.

—Su trucha, señor —con poca ceremonia, depositó el plato delante de él—. ¿Está bastante fresca? —inquirió con una sonrisa leve y educada.

En el arco, Roman se metió las manos en los bolsillos y se partió de risa. Habría cambiado gustoso el sueldo de un año por una foto de la expresión en la cara de Conby mientras el pez y él se miraban boquiabiertos.

Cuando Charity volvió a la cocina, le entregó el plato y a su pasajero a Dolores.

—Puedes devolverla al estanco —indicó—. El cliente de la mesa cuatro se ha decantado por las chuletas de cerdo rellenas. Es una pena que no tenga un cerdo a mano —soltó una carcajada cuando Roman la alzó en vilo.

—Eres la mejor —le dio un beso en los labios y los mantuvo allí un rato después de haberla bajado al suelo—. La mejor sin ningún género de duda —sin dejar de reír, la abrazó—. ¿No es verdad, Mae?

—Tiene sus momentos —no pensaba hacerles saber lo mucho que le gustaba ver cómo se sonreían—. Y ahora, los dos, dejad de haceros arrumacos en mi cocina y volved al trabajo.

Charity alzó la cara para un último beso.

—Creo que será mejor que prepare ese martini. Daba la impresión de que necesitaba uno.

Como no era rencorosa, trató a Conby con atención y alegría durante toda la velada.

—Espero que haya disfrutado de la cena, señor Conby.

Era imposible que él reconociera que nunca había comido mejor, ni siquiera en los restaurantes más selectos de Washington.

—Ha sido bastante buena, gracias.

Le ofreció una sonrisa relajada al tiempo que le servía café.

—Quizá vuelva en alguna otra ocasión y pruebe la trucha.

Hasta a Conby le costó resistirse a su sonrisa.

—Quizá. Dirige un establecimiento interesante, señorita Ford.

—Lo intentamos. ¿Ha vivido mucho tiempo en Seattle, señor Conby?

Siguió echándole leche al café, pero se puso en guardia.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por su acento. Es marcadamente del este.

Conby reflexionó sólo unos segundos. Sabía que Dupont ya había abandonado el restaurante, pero Block estaba en una mesa cercana, con parte de su grupo.

—Tiene buen oído. Me trasladé a Seattle hace dieciocho meses. Desde Maryland. Trabajo en márketing.

—Maryland —decidida a olvidar y a perdonar, le relleno la taza—. Se supone que tienen los mejores cangrejos del país.

—Le aseguro que así es —la tarta y el café deliciosos lo habían suavizado. De hecho, le sonrió—. Es una pena que no trajera uno.

Riendo, Charity apoyó una mano amistosa en su brazo.

—Es usted un buen perdedor, señor Conby. Disfrute de su velada.

Con los labios fruncidos, la observó marcharse. No recordaba que nadie lo hubiera acusado con anterioridad de ser un buen perdedor. Le gustó.

—Me muero de hambre —indicó ella al entrar en la cocina. Abrió la nevera

y buscó algo para comer, pero Mae volvió a cerrarla.

—No tienes tiempo.

—¿Que no lo tengo? —se llevó una mano al estómago—. Mae, tal como ha ido la noche, no he podido comer más que una patata frita.

—Te prepararé un sandwich. Pero has tenido una llamada. Algo acerca de la entrega de mañana.

—El salmón. Maldita sea —miró la hora—. Ya han cerrado.

—Creo que han dejado un número de urgencia. El mensaje está arriba.

—Vale, vale. Vuelvo en diez minutos. Que sean dos sandwiches.

Subió las escaleras a toda velocidad y cuando abrió la puerta, sólo pudo quedarse paralizada y con los ojos muy abiertos.

La música sonaba baja. Había unas velas encendidas, flores y un mantel blanco sobre una mesa al pie de la cama. Estaba puesta para dos personas. Mientras observaba, Roman sacó una botella de vino blanco de una cubitera y la descorchó.

—Pensaba que no llegarías nunca.

Se apoyó en la puerta cerrada.

—De haber sabido que me esperaba esto, habría venido mucho antes.

—Dijiste que te gustaban las sorpresas.

—Sí —en sus ojos había sorpresa y placer mientras se apartaba el pelo de la frente—. Me encantan —se desabrochó el mandil y fue hacia la mesa mientras él servía el vino—. Gracias —murmuró cuando le ofreció una copa.

—Quería darte algo —le tomó la mano y trató de no pensar que ésa era la última noche que pasaban juntos antes de que tuviera que responder a todas las preguntas—. No se me dan muy bien los gestos románticos.

—Oh, no, se te dan muy bien. Excursiones con champán, cenas a última hora —cerró los ojos un momento—. Mozart.

—Elegido al azar —reconoció, sintiéndose tontamente nervioso—. Tengo algo para ti.

—¿Algo más? —preguntó, mirando la mesa.

—Sí —alargó la mano hacia su silla y recogió un estuche cuadrado—. Ha llegado hoy —era lo mejor que se podía permitir. Le puso el estuche en la mano.

—¿Un regalo? —agitó el estuche. En cuanto abrió la tapa, sacó la pulsera—. Oh, Roman, es preciosa —aturdida, le dio vueltas, observando cómo la luz se reflejaba en el oro grabado y en la amatista de talla cuadrada—. Es absolutamente preciosa —repetió—. Juro que la he visto antes. La semana pasada —recordó—. En una de las revistas que me trajo Lori.

—La tenías en tu mesa.

Abrumada, asintió.

—Sí, la marqué con un círculo. Hago eso con las cosas hermosas que sé que no voy a comprar —respiró hondo—. Roman, es algo maravilloso, dulce y muy



Romántico, pero...

—Entonces, no lo estropees —le tomó la pulsera y se la puso en la muñeca.

Lo rodeó con los brazos y apoyó la mejilla contra su hombro.

Él dejó que la música, su fragancia y el momento lo invadieran. Las cosas podían ser diferentes con ella. Él podía ser diferente con ella.

—¿Sabes cuándo me enamoré de ti, Roman?,

—No —le besó la parte superior de la cabeza—. He pensado más en el porqué que en el cuándo.

—Había creído que había sido cuando bailaste conmigo y me besaste hasta que todos los huesos de mi cuerpo se volvieron agua.

—¿Así?

Giró la cabeza para besarla. Con gentileza, la encendió.

—Sí —se tambaleó contra él con los ojos cerrados—. Así. Pero no fue ése el momento. Ahí fue cuando me di cuenta de que te amaba, no cuando me enamoré. ¿Recuerdas cuando me preguntaste si tenía rueda de repuesto?

—¿Qué?

Suspiró y ladeó la cabeza para brindarle un acceso más fácil a su cuello.

—Querías saber dónde estaba la rueda de repuesto para poder cambiar la que se había pinchado —sonrió ante su expresión aturdida—. Supongo que no puedo llamarlo amor a primera vista, ya que te conocía desde hacía dos o tres minutos.

Roman le acarició las mejillas, el pelo, el cuello.

—¿De veras?

—Nunca he pensado en enamorarme y casarme como supongo que hace la mayoría de la gente. Debido a la enfermedad del abuelo y a la posada. Siempre pensé que si sucedía, sucedería sin que tuviera que preocuparme mucho o realizar demasiados preparativos. Y no me equivocaba —le tomó las manos—. Lo único que tuve que hacer fue sufrir el pinchazo de una rueda. El resto fue fácil.

Roman recordó que ese pinchazo había sido orquestado adrede, igual que la súbita necesidad de un carpintero. Todo se había arreglado de antemano menos que se enamorara de ella.

—Charity... —habría dado todo para poder contarle la verdad. Cualquier cosa menos su conocimiento de que en la ignorancia estaba segura—. Jamás planifiqué que esto pasara —comentó con cautela—. Nunca he querido sentir esto por alguien.

—¿Lo lamentas?

—Lamento muchas cosas, pero no estar enamorado de ti —la soltó—. Se te enfriaba la cena.

## Capítulo 11

—De hecho, hay algo de lo que te quiero hablar.

—Ya te lo he dicho... me pondré un traje, pero no un esmoquin.

—No es de eso —sonrió y pasó un dedo por el dorso de su mano—. Aunque sé que estarías maravilloso con un esmoquin, creo que un traje es más adecuado para una boda informal en un jardín. Me gustaría hablar de después de la boda.

—Los planes para después de la boda no son negociables. Pretendo hacerte el amor durante unas veinticuatro horas.

—Oh —como si lo meditara, bebió un sorbo de vino—. Creo que puedo aceptar eso. Lo que me gustaría discutir es más a largo plazo. Tiene que ver con algo que me dijo Block el otro día.

—¿Block? —la alarma se diseminó por su interior, para centrarse en la base de su cuello.

—Sólo fue un comentario casual, pero me hizo pensar —movió los hombros con inquietud, luego los dejó quietos—. Le mencioné que nos íbamos a casar, y él dijo algo acerca de que esperaba que no me llevaras lejos de aquí. De pronto se me ocurrió que quizá tú no quieras pasar el resto de tu vida en las Oreas.

—¿Es eso? —sintió que la tensión se evaporaba.

—No es algo sin importancia. Quiero decir, estoy segura de que lo solucionaremos, pero es posible que no te entusiasme la idea de vivir en un... bueno, en un lugar más bien público, con gente yendo y viniendo, con interrupciones y ... —calló, sabiendo que empezaba a divagar, como le pasaba siempre que estaba nerviosa—. La cuestión es que necesito saber qué sientes ante la idea de quedarte en la isla, de vivir aquí, en la posada.

—¿Qué sientes tú?

—Ya no es cuestión de lo que sienta yo. Es lo que sentimos nosotros.

Lo sorprendía la facilidad que tenía de conmovirlo. Suponía que siempre sería así.

—Hace tiempo que no me siento en casa en cualquier parte. Pero aquí, contigo, sí me siento como en casa.

Ella sonrió y entrelazó los dedos con los de él.

—¿Estás cansado?

—No.

—Bien —se puso de pie y tapó el vino con el corcho—. Deja que vaya a buscar mis llaves.

—¿Llaves de qué?

—De la furgoneta —repuso mientras iba a la otra habitación.

—¿Vamos a alguna parte?

—Conozco el mejor sitio de la isla desde el que observar la salida del sol —regresó con una manta y agitando las llaves—. ¿Quieres ver salir el sol conmigo, Roman?

—Sólo llevas puesta una bata.

—Claro. Son casi las dos de la mañana. No olvides el vino —riendo, abrió la puerta y bajó con sigilo los escalones—. Tratemos de no despertar a nadie —hizo una mueca al cruzar la grava descalza. Con una maldición apagada, Roman la alzó en brazos—. Mi héroe —murmuró.

—Sí —la soltó en el asiento del volante de la furgoneta—. ¿Adonde vamos, cariño?

—A la playa —se echó el pelo detrás de los hombros mientras arrancaba. Miró hacia la posada, oscura y silenciosa. Despacio, salió del aparcamiento hacia el camino—. Es una noche hermosa.

—Mañana.

—Lo que sea —respiró hondo—. En realidad, no he tenido tiempo para vivir grandes aventuras, de modo que he de aprovechar las pequeñas siempre que surge la oportunidad.

—¿Es eso lo que es? ¿Una aventura?

—Claro. Vamos a bebemos el resto del vino, a hacer el amor bajo las estrellas y a ver salir el sol por encima del agua —giró la cabeza—. ¿Te parece bien?

—Creo que podré vivir con ello.

Dos horas más tarde, se acurrucaba contra él. La botella de vino estaba vacía y las estrellas se apagaban una a una.

—Hoy no voy a servir para nada —tras una risa somnolienta, frotó la nariz contra su cuello—. Y ni siquiera me importa.

Él la cubrió con la manta. Las mañanas seguían siendo frescas. Aunque no lo había planeado, la larga noche de amor le había brindado una esperanza nueva. Si lograba convencerla de que durmiera durante la mañana, podría completar su misión, cerrarla y después explicarle todo. Eso le permitiría mantenerla alejada de cualquier daño y empezar desde el principio.

—Ya casi ha amanecido —murmuró Charity.

No hablaron mientras contemplaban cómo surgía el día. El cielo palideció. Las aves nocturnas se quietaron. Durante un instante, el tiempo quedó suspendido. Luego, lentamente, con un toque regio, los colores penetraron por el horizonte, reflejándose como sangre en el agua. Las sombras se desvanecieron y

los árboles quedaron coronados de oro. El primer pájaro de la mañana anunció el nuevo día.

Roman la abrazó con amor para amarla lentamente bajo el cielo que clareaba.

Charity dormitó mientras él conducía de vuelta a la posada. El cielo estaba de un azul pálido y lechoso, pero reinaba el mismo silencio que había imperado al marcharse. Al sacarla de la furgoneta; ella suspiró y acomodó la cabeza en su hombro.

—Te amo, Roman.

—Lo sé —por primera vez en su vida, quería pensar en la semana siguiente, en el mes siguiente, en el año siguiente... en cualquier cosa menos en el día que lo esperaba. La llevó a la posada—. Te amo, Charity.

No le costó trabajo convencerla de que se metiera entre las sábanas de la cama deshecha en cuanto le prometió sacar a Ludwig a su habitual carrera.

Pero antes de hacerlo, bajó a su habitación, se puso la pistolera y enfundó el arma.

Apresar a Dupont fue una demostración de excelente trabajo y coordinación policiales. A las ocho menos cuarto, la cabaña aislada se vio rodeada por los mejores hombres que podían aportar el sheriff Royce y el F. B. I. Roman había prescindido de los deseos de Conby de mantener al margen a la policía local y le había aconsejado a su superior que se mantuviera apartado.

Cuando los hombres estuvieron situados en posición, Roman se acercó a la entrada, con la pistola en una mano y el hombro apoyado contra el marco de la puerta. Llamó dos veces. Al no obtener respuesta, le indicó a sus hombres que aprestaran las armas y que se acercaran. Empleando la llave que había sacado del llavero de Charity, abrió la cerradura.

Una vez dentro, estudió la habitación con el arma sostenida en ambas manos. Sentía la adrenalina; de hecho, le resultaba familiar, incluso bienvenida. Con un movimiento de la cabeza, llamó a su hombre de respaldo. Protegiéndose los flancos, realizaron un último círculo.

Con cautela, Roman se acercó al dormitorio. Por primera vez, una sonrisa, una sonrisa sombría, apareció en su cara. Dupont estaba en la ducha. Y cantaba.

La melodía cesó con brusquedad cuando hizo a un lado la cortina de un manotazo.

—No te molestes en alzar las manos —le dijo mientras el otro parpadeaba para quitarse el agua de los ojos. Sin dejar de apuntarlo, le arrojó una toalla—. Quedas apresado, amigo. ¿Por qué no te secas para que te lea tus derechos?

—Bien hecho —comentó Conby cuando esposaron al prisionero—. Si manejas el resto de la operación con tanta fluidez, me encargaré de que recibas una mención.

—Guárdatela —enfundó la pistola. Sólo quedaba un último obstáculo antes de

poder separar su pasado de su futuro—. Cuando esto haya terminado, se acabó mi carrera en la Agencia.

—Llevas diez años como agente de la ley, DeWinter. No te irás.

—Ya lo verás —con esas palabras, regresó a la posada para terminar lo que había empezado.

Cuando Charity despertó, era plena mañana y estaba sola. Lo agradeció, porque no pudo contener un gemido. Nada más sentarse, su cabeza, desacostumbrada a las generosas dosis de vino y tacañas cantidades de sueño, comenzó a martillearle.

Al arrastrarse fuera de la cama, no le quedó más opción que admitir que la culpa era sólo suya. Los pies se le enredaron en lo que quedaba de la camisa que había usado la noche anterior.

Mientras recogía el algodón desgarrado, pensó que había valido la pena. Desde luego.

Pero, con o sin noche increíble, era de mañana y tenía trabajo que hacer. Se tomó unas aspirinas, se permitió emitir otro gemido y luego se metió en la ducha.

Roman encontró a Bob escondido en el despacho, bebiendo café con ansiedad. Sin decir nada, le quitó la taza y vació el contenido en la papelera.

—Sólo necesitaba un poco para ayudarme a sobrellevar este trance.

Roman determinó que había bebido algo más que un poco. Hablaba con voz embotada y tenía los ojos vidriosos. Incluso en las mejores circunstancias, le resultaba difícil mostrar alguna simpatía por un borracho.

Lo agarró por la pechera de la camisa y lo levantó de la silla.

—Recóbrate y hazlo pronto. Cuando llegue Block, tú vas a darle la salida a su grupo y a él. Como te delates, como parpadees y le des a entender algo, te colgaré al sol para que te seques.

—Las salidas las realiza Charity —logró manifestar a través de dientes que se entrecrocaban.

—Hoy no. Vas a salir a la recepción y a ocuparte tú. Vas a hacer un buen trabajo, porque sabrás que estaré aquí vigilándote.

Se apartó de Bob en el momento en que se abría la puerta del despacho.

—Lamento llegar tarde —a pesar de los ojos pesados, Charity miró con sonrisa luminosa a Roman—. Me quedé dormida.

Él sintió que el corazón se le paraba, luego que se le caía a los pies.

—No has dormido nada.

—Dímelo a mí —la sonrisa desapareció de su cara al mirar a Bob—. ¿Qué pasa?

Él se agarró con ambas manos a la oportunidad que se le presentaba.

—Le decía a Roman que no me siento muy bien.

—No se te ve bien —preocupada, se acercó a él para ponerle la mano en la

frente. Estaba fría y acentuó la preocupación que sentía—. Seguro que estás pillando ese virus.

—Es lo que me temo.

—No deberías haber venido hoy. Tal vez sería mejor que Roman te llevara a casa.

—No, me arreglaré —con piernas temblorosas, se dirigió a la puerta—. Lo siento, Charity —se volvió para echarle un último vistazo—. Lo siento de verdad.

—No seas tonto. Pero cuídate.

—Le echaré una mano —musitó Roman, siguiéndolo fuera. Salieron al vestíbulo al mismo tiempo que entraba Block.

—Buenos días —el rostro mostró su sonrisa habitual, pero los ojos reflejaron cautela—. ¿Hay algún problema?

—Un virus —la cara de Bob ya iba adquiriendo un color macilento. El miedo era una tapadera convincente—. Me ha dado muy fuerte esta mañana.

—He llamado al doctor Mertens —anunció Charity al situarse detrás de la recepción—. Vete directamente a casa, Bob. Se reunirá contigo allí.

—Gracias —pero uno de los agentes de Conby lo siguió al exterior, y supo que no iría a casa en una buena temporada.

—Este virus ha sido una plaga por aquí —le ofreció a Block una sonrisa de disculpa—. Primero una gobernanta, luego una camarera y ahora Bob. Espero que nadie de tu grupo haya tenido alguna queja por el servicio.

—Nadie —relajado otra vez, Block apoyó el maletín en el mostrador—. Siempre es un placer hacer negocios contigo, Charity.

Roman observó impotente mientras charlaban y llevaban a cabo el proceso de comprobar las listas y los números. Se suponía que ella tenía que estar arriba a salvo, durmiendo profundamente y soñando con la noche que habían pasado juntos. Frustrado, apretó las manos. Sin importar lo que hiciera ya, Charity estaría en medio de todo.

La oyó reír cuando Block mencionó el pez que había llevado al comedor. E imaginó la expresión que tendría su cara cuando los agentes entraran para arrestar al hombre al que consideraba un guía turístico y un amigo.

Charity leyó un total. Roman se preparó.

—Parece haber una discrepancia de... 22,50 dólares —Block comenzó a repasar los números otra vez en su calculadora.

Con el ceño fruncido, Charity repasó su lista punto por punto.

—Buenos días, querida.

—Mmm —distráida, alzó la vista—. Oh, buenos días, señorita Millie.

—Subo a hacer las maletas. Quería decirle lo bien que lo hemos pasado.

—Siempre lamentamos verlas partir. A todos nos ha encantado que la señorita Lucy y usted prolongaran su estancia unos días.

La señorita Millie movió las pestañas con gesto miope en dirección a Roman

antes de ir hacia las escaleras. Él pensó que en lo alto habría apostado un oficial que debía encargarse de que tanto ella como los demás huéspedes permanecieran al margen.

—Vuelvo a obtener el mismo total, Roger —desconcertada, martilleó con el extremo del lápiz en su lista—. Ojalá pudiera decir que la había pasado por el ordenador, pero... —dejó que sus palabras se perdieran, obviando el dolor de cabeza que la atormentaba—. Ah, quizá sea esto. ¿Tienes una botella de vino para los Wentworth en la cabaña uno? La pidieron antes de anoche.

—Wentworth, Wentworth... —con enojosa lentitud, Block repasó su lista—. No, aquí no hay nada.

—Deja que busque la factura —después de abrir un cajón, inspeccionó con eficacia las carpetas.

Roman sintió unas gotas de sudor bajar despacio por su espalda. Uno de los agentes fue a echarle un vistazo a las postales.

—Yo tengo las dos copias —comentó ella con un movimiento de la cabeza—. Este virus nos está trastocando —archivó su copia del recibo y le entregó a Block la que le correspondía a él.

—Tranquila —alegre como siempre, apuntó el cargo y luego volvió a sumar sus números—. Ahora parece encajar.

Con la facilidad de la costumbre, Charity calculó la suma en moneda canadiense.

—Hace un total de dos mil trescientos treinta dólares —giró el recibo para obtener la aprobación de Block

Éste abrió el maletín.

—Como siempre, es un placer —contó el dinero en billetes de veinte.

En cuanto Charity puso el sello de « pagado » en la factura, Roman entró en acción.

—Levanta las manos. Despacio —pegó el cañón de su pistola en la espalda de Block

—¡Roman! —Charity lo miró boquiabierta, con la llave de la caja registradora en la mano—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Rodea la recepción —le indicó a ella—. Y sal fuera.

—¿Estás loco? Roman, por el amor del cielo...

—¡Hazlo!

Block se humedeció los labios al tiempo que mantenía las manos cuidadosamente levantadas.

—¿Es un robo?

—¿No lo has adivinado todavía? —con la mano libre, Roman sacó su identificación. Después de echarla sobre el mostrador, extrajo las esposas—. Quedas arrestado.

—¿Con qué cargo?

—Conspiración para asesinar, falsificación, traslado de delincuentes reconocidos por fronteras internacionales. Con eso bastará para empezar —bajó una de las manos de Blocky le cerró la esposa entorno a la muñeca.

—¿Cómo has podido? —la voz de Charity apenas fue un murmullo. Sostenía la placa de él en la mano.

Roman apartó la vista de Block sólo un segundo para mirarla. Un segundo lo cambiaba todo.

—Qué tonta he sido —comentó la señorita Millie al regresar al vestíbulo—. Ya casi había llegado arriba cuando me di cuenta de que había dejado mi...

Para un hombre de sus dimensiones, Block se movió con rapidez. Pegó a la señorita Millie contra él y le puso un cuchillo al cuello antes de que nadie pudiera reaccionar. Las esposas colgaban de una muñeca.

—Bastará un abrir y cerrar de ojos —comentó con serenidad, mirando a Roman a los ojos. La pistola apuntaba al centro de su frente y el dedo del agente temblaba sobre el gatillo—. Piénsalo —recorrió el vestíbulo con la mirada, para ver que otras armas se habían desenfundado—. Rajaré el cuello de esta agradable dama. No te muevas —le dijo a Charity. Se movió un poco y le bloqueó el camino.

Con los ojos desencajados, la señorita Millie sólo podía agarrarse al brazo de Blocky gemir.

—No le hagas daño —Charity dio un paso al frente, pero se detuvo de inmediato al ver cómo la mano de Block se tensaba—. Por favor, no le hagas daño —se dijo que tenía que ser una pesadilla—. Que alguien me diga lo que está sucediendo.

—El lugar está rodeado —Roman no quitó los ojos ni el cañón de su pistola de Block. Aguardó en vano que uno de sus hombres apareciera por detrás—. Hacerle daño no te ayudará.

—Tampoco os ayudará a vosotros. Piénsalo. ¿Quieres a una abuela muerta en tus manos?

—No querrás añadir asesinato a tu lista de cargos, Block —expuso Roman. «Y Charity está demasiado cerca», pensó. «Demasiado».

—A mí me da igual. Y ahora salid fuera. ¡Todos! —alzó la voz al examinar el vestíbulo—. Tirad las armas y salid antes de que empiece a trocearla. Hacerlo —pinchó la garganta frágil de la señorita Millie con la hoja.

—¡Por favor! —Charity volvió a avanzar un paso—. Suéltala. Yo me quedaré contigo.

—Maldita sea, Charity, retrocede.

No le dedicó ni una mirada a Roman.

—Por favor, Roger —repitió, dando otro paso cauteloso al frente—. Es anciana y frágil. Podría indisponerse. El corazón —desesperada, se interpuso entre él y la pistola de Roman—. Yo no te plantearé ningún problema.



Block tardó sólo un momento en tomar la decisión. Agarró a Charity y clavó la punta del acero en su garganta. La señorita Millie se deslizó sin fuerzas al suelo.

—Suelta el arma —vio el miedo en los ojos de Roman y sonrió. Al parecer había establecido un trato mucho mejor—. Dos segundos y se acabará. No tengo nada que perder.

Roman alzó las manos, dejando que la pistola cayera al suelo.

—Hablaemos.

—Hablaemos cuando yo esté listo —Block movió el cuchillo de forma que toda su extensión quedó contra el cuello de Charity. Ella cerró los ojos y esperó morir—. Salid, ahora. En cuanto alguien intente entrar, morirá.

—Fuera —Roman señaló la puerta—. Mantelos apartados, Conby. A todos. Ahí tienes mi arma —le dijo a Block—. Estoy limpio —alzó la chaqueta con cautela para enseñar la funda vacía—. ¿Por qué no me quedo yo por aquí? Puedes tener a dos rehenes por el precio de uno. Un agente federal debería proporcionarte más fuerza.

—Sólo la mujer. Lárgate, DeWinter, o la mataré antes de que puedas pensar cómo llegar hasta mí. Ya.

—Por el amor de Dios, Roman. Sácala de aquí. Necesita a un doctor — Charity contuvo el aliento cuando la punta del cuchillo le atravesó la piel.

—No —Roman volvió a alzar las manos, con las palmas hacia fuera, mientras se dirigía hacia la forma tirada junto a la recepción. Con movimientos lentos, acomodó a la mujer que sollozaba en sus brazos—. Si le haces daño, no vivirás el tiempo suficiente para lamentarlo.

Con esa última amenaza frustrada, dejó sola a Charity.

—Manteneos apartados —después de dejar a la señorita Millie en unos brazos protectores, salió del porche y luchó por mantener la mente despejada—. Que nadie se acerque a las puertas o a las ventanas. Conseguíme un arma —antes de que alguien pudiera obedecer, le quitaba el revólver a uno de los ayudantes de Royce.

Con un gesto imperceptible, el sheriff le indicó al hombre que se quedara quieto.

—¿Qué desea que hagamos?

Roman simplemente clavó la vista en el arma que tenía en la mano. Estaba cargada. Sabía utilizarla. Y estaba impotente.

—DeWinter... —comenzó Conby.

—Atrás —cuando Conby fue a hablar otra vez, Roman se volvió hacia él—. Atrás.

Clavó la vista en la posada. Pudo oír a la señorita Millie llorar con suavidad mientras alguien la llevaba a un coche. Los huéspedes que ya habían sido evacuados eran conducidos a lugar seguro. Supuso que Royce lo había organizado. Charity quería estar segura de que eran bien cuidados.

Charity.

Metió el revólver en la funda y se dio la vuelta.

—Que bloqueen el camino a dos kilómetros en cada dirección. Sólo personal oficial en la zona. Mantendremos la posada rodeada desde una distancia de quince metros. Volverá a pensar con claridad —afirmó con lentitud—, y cuando lo haga, se dará cuenta de que se encuentra confinado.

Se frotó la cara con ambas manos. Ya se había encontrado en situaciones con rehenes. Estaba entrenado para ellas. Con tiempo y la cabeza fría, las posibilidades de rescatar a un rehén en una situación de esa clase eran excelentes. Cuando el rehén era Charity, excelente no bastaba.

—Quiero hablar con él.

—Agente DeWinter, en estas circunstancias, tengo serias reservas de que esté a cargo de la operación.

Roman volvió a encararlo.

—Crúzate en mi camino, Conby, y te colgaré de tu corbata de seda. ¿Por qué diablos no había hombres situados en la parte de atrás, a espaldas de Block?

—Consideré mejor tenerlos fuera —como las manos le sudaban, habló con voz fría—, preparados por si intentaba huir.

Roman contuvo la oleada roja de furia que estalló en sus ojos.

—Cuando la saque —musitó—, voy a ocuparme de ti, miserable. Necesito comunicación —le indicó a Royce—. ¿Puede ocuparse de ello?

—Déme veinte minutos.

Con un gesto de asentimiento, Roman se volvió para estudiar la posada. Sistemáticamente, pensó en puntos de entrada que terminó por descartar.

En el interior, Charity sintió cierta medida de alivio cuando le quitó el cuchillo del cuello. De algún modo, la pistola con la que la apuntaba Block en ese momento parecía menos personal.

—Roger...

—Cállate. Cállate y déjame pensar —se secó la frente con un antebrazo recordete. Todo había sucedido deprisa, demasiado deprisa.

Hasta ese momento, había actuado de forma instintiva. Pero como había calculado Roman, empezaba a pensar.

—Me tienen atrapado aquí. Debería haberte usado para conseguir uno de los coches, debería haberme largado —entonces rio, mirando frenéticamente alrededor del vestíbulo—. Estamos en una maldita isla. No se puede salir en coche de una isla.

—Creo que si...

—¡Cállate! —gritó e hizo que contuviera el aliento al apuntarla directamente—. Soy yo quien necesita pensar. Federales. Ese lloriqueante grano tuvo razón en todo momento —musitó, pensando en Bob—. Hacía días que sospechaba de

DeWinter. ¿Y tú? —la agarró por el pelo y le tiró la cabeza hacia atrás para pegarle el cañón del arma en el cuello.

—No. Yo no lo sabía. No lo sabía. Sigo sin entenderlo —sólo pudo emitir un grito ahogado cuando le empotró la espalda contra la pared. Nunca antes había visto asesinato en los ojos de un hombre, pero lo reconoció—. Roger, piensa. Si me matas, no tendrás nada con qué negociar —al forzar las palabras, sintió el sabor del miedo en la lengua—. Me necesitas.

—Sí —relajó la mano—. Hasta ahora me has sido de utilidad. Tendrás que seguir siéndolo. ¿Cuántas entradas y salidas tiene este sitio?

—No... no lo sé —se quedó sin aire cuando le retorció el pelo.

—Lo sabes muy bien.

—Cinco. Hay cinco salidas, sin contar las ventanas. El vestíbulo, la sala, la escalera exterior que conduce a mis habitaciones y a la suite familiar en el ala este, y la de atrás, a través de la despensa que hay junto a la cocina.

—Eso está bien —jadeando un poco, analizó las posibilidades—. La cocina. Tomaremos la cocina. Allí tendré agua y comida por si la situación se alarga. Vamos —la condujo por el pelo y con la pistola clavada en la nuca.

Con los ojos en la posada, Roman iba de un lado a otro detrás de la barricada de coches policiales. Se dijo que Charity era inteligente. Era una mujer inteligente y sensata. No se dejaría dominar por el pánico. No haría nada estúpido.

«Oh, Dios, tiene que estar aterrada». Encendió un cigarrillo con la colilla del que acababa de terminar, pero no se sintió aliviado cuando aspiró el humo áspero.

—¿Dónde está el maldito teléfono?

—Casi listo —Royce se echó el sombrero hacia atrás y se irguió de donde había estado observando a un operario tender una línea temporal—. Mi sobrino —le explicó a Roman con una leve sonrisa—. El chico conoce su trabajo.

—Tiene un montón de parientes.

—Escuche, he oído que Charity y usted iban a casarse. ¿Eso forma parte de la tapadera?

—No —pensó en la excursión en la playa, un momento claro en el tiempo—. No.

—En ese caso, voy a ofrecerle un consejo. Se equivoca —dijo antes de que Roman pudiera hablar—. Lo necesita. Va a tener que calmarse, calmarse de verdad, antes de que hable por ese teléfono. Un animal arrinconado reacciona de dos maneras. O bien se amilana y se rinde o bien ataca a lo que sea que se interponga en su camino —con la cabeza indicó la posada—. Block no parece el tipo de hombre que se entregue con facilidad, y desde luego, Charity se interpone en su camino. ¿Está preparada ya esa línea, hijo?

—Sí, señor —las manos del joven operario estaban sudorosas por los nervios —. Ya puede marcar —le pasó el auricular húmedo a Roman.

—No sé el número —murmuró éste—. Desconozco el maldito número.

—Yo lo sé.

Roman giró para ver a Mae. En ese instante, vio todo lo que sentía sobre sí mismo reflejado en sus ojos. Se dijo que ya habría tiempo para la culpabilidad más tarde. Una vida entera.

—Royce, se suponía que tenía que despejar la zona.

—Mover a Maeflower es como querer mover un tanque.

—No me moveré hasta que vea a Charity —controló sus labios trémulos—. Va a necesitarme cuando salga. Pierdes el tiempo en discusiones —añadió—. ¿Quieres el número?

—Sí.

Se lo dio. Tiró el cigarrillo a un lado y lo marcó.

Charity se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Del otro lado de la mesa, Block simplemente lo miró. La había obligado a apilar todo lo que pudiera arrastrar o cargar para bloquear las dos puertas.

En la cocina silenciosa, el teléfono sonó una y otra vez, como un grito.

—Quédate donde estás —cruzó la habitación para contestar—. ¿Sí?

—Soy DeWinter. Pensé que tal vez ya estuvieras preparado para establecer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—De eso es de lo que tenemos que hablar. Primero debo saber que aún tienes a Charity.

—¿La has visto salir? —espetó Block—. Sabes condenadamente bien que la tengo o no estarías hablando conmigo.

—He de cerciorarme de que sigue con vida. Deja que hable con ella.

—Puedes irte al infierno.

Amenazas, insultos, imprecaciones... se elevaron como bilis por su garganta. No obstante, al hablar, lo hizo con voz templada.

—Verifico que aún tienes a la rehén, Block, o no hay trato.

—¿Quieres hablar con ella? —Block gesticuló con el arma—. Ven aquí —ordenó—. Deprisa. Es tu amiguito —le dijo a Charity cuando la tuvo a su lado—. Quiere saber cómo estás. Dile que estás bien —subió la pistola por la mejilla de ella hasta apoyarla en la sien—. ¿Entendido?

Con un gesto de asentimiento, se inclinó junto al auricular.

—¿Roman?

—Charity —lo asaltaron demasiadas emociones. Quería tranquilizarla, hacerle promesas, suplicarle que tuviera cuidado. Pero sabía que sólo dispondría de segundos y que Block estaría escuchando cada palabra—. ¿Te ha hecho daño?

—No —cerró los ojos y contuvo un sollozo—. No, estoy bien. Va a dejar que

prepare algo para comer.

—¿Lo has oído, DeWinter? —adrede le retorció el brazo a la espalda hasta que ella gritó—. Pero eso puede cambiar en cualquier momento.

Roman apretó el teléfono con fuerza mientras escuchaba los sollozos de Charity. Necesitó todo su control para mantener el terror fuera de su voz.

—No tienes que hacerle daño. He dicho que hablaríamos de condiciones.

—De acuerdo, lo haremos. De mis condiciones —soltó el brazo de Charity y no le hizo caso mientras caía al suelo—. Consígueme un coche. Quiero un salvoconducto hasta el aeropuerto, DeWinter. Charity conducirá. Quiero que me esté esperando un avión con combustible. Ella subirá conmigo, de modo que como haya algún truco, volveremos al principio. Cuando llegue adonde quiero ir, la soltaré.

—¿Tiene que ser un avión grande?

—No intentes ganar tiempo.

—Espera. Tengo que saberlo. Es un aeropuerto pequeño, Block. Ya lo sabes. Si vas a recorrer una distancia...

—Simplemente, consígueme un avión.

—De acuerdo —se pasó el dorso de la mano por la boca. Ya no podía oírla, y su silencio era tan angustioso como sus sollozos—. Para ello voy a tener que pasar por diversos canales. Así es como funciona.

—Al infierno con tus canales.

—Escucha, no dispongo de la autoridad para conseguirte lo que quieres. Necesito obtener aprobación. Luego tendré que despejar el aeropuerto, conseguir un piloto. Deberás darme cierto tiempo.

—No fuerces mi cadena, DeWinter. Tienes una hora.

—He de hablar con Washington. Ya sabes cómo son los burócratas. Tardaré tres, quizá cuatro horas.

—Y un cuerno. Te doy dos. Pasado ese tiempo, voy a empezar a enviáosla a trozos.

Charity cerró los ojos, bajó la cabeza sobre sus brazos doblados y lloró para desahogar su terror.

## Capítulo 12

—Disponemos de un par de horas —murmuró Roman, sin dejar de estudiar la posada ni los planos que le había entregado Royce—. No es tan listo como pensé, o quizá tiene demasiado pánico para pensar bien.

—Eso podría sernos de ventaja —indicó Royce cuando Roman negó con la cabeza el café que le ofrecía—. O podría ir en nuestra contra.

Dos horas. No podía soportar la idea de que retuviera a Charity tanto tiempo a punta de pistola.

—Quiere un coche, salvoconducto hasta el aeropuerto y un avión —se volvió hacia Conby—. Quiero que te asegures de que crea que los va a conseguir.

—Soy consciente de cómo llevar una situación de rehenes, DeWinter.

—¿Cuál de sus hombres es el mejor tirador? —le preguntó a Royce.

—Yo —no apartó los ojos de Roman—. ¿Dónde me quiere?

—Están en la cocina.

—¿Se lo dijo él?

—No, Charity. Me dijo que le iba a permitir preparar algo de comida. Como dudo de que en este momento piense en comer, me dejaba conocer su posición.

Royce miró hacia donde Mae iba de un lado a otro del embarcadero.

—Es una chica dura. Mantiene fría la cabeza.

—Hasta ahora —pero recordaba bien el sonido de su llanto apagado—. Necesitamos enviar a dos hombres a la parte de atrás. Quiero que guarden la distancia, que permanezcan fuera de vista. Veamos lo cerca que podemos llegar —volvió a dirigirse a Conby—. Danos cinco minutos. Luego vuelve a llamarlo. Dile quién eres. Ya sabes cómo sonar importante. Distráelo, mantenlo al teléfono el tiempo que puedas.

—Tienes dos horas, DeWinter. Podemos llamar a un equipo de SWAT desde Seattle.

—Tenemos dos horas —dijo Roman con tono lóbrego—. Charity quizá no las tenga.

—No puedo asumir la responsabilidad...

Roman lo cortó.

—Desde luego que la asumirás.

—Agente DeWinter, si no se tratara de una situación crítica, te acusaría de

insubordinación.

—Perfecto. Apúntalo en mi cuenta —miró el rifle que había recogido Royce. Tenía una mira telescópica de largo alcance—. Adelante.

Charity respiró hondo y decidió que ya había llorado suficiente. No le iba a servir de nada. Como su captor, necesitaba pensar. Su mundo se había visto reducido a un cuarto, con el miedo como compañía constante. «No puede ser», se dijo, irguiendo la espalda. Su vida se veía amenazada y ni siquiera estaba segura de la causa.

Se incorporó de donde había estado acurrucada en el suelo. Block seguía sentado a la mesa, con la pistola en una mano mientras con la otra martilleaba monótonamente la superficie de madera. Las esposas que le colgaban de una muñeca tintineaban. Comprendió que estaba aterrado. Quizá tanto como ella. Debía haber alguna manera de utilizar eso a su favor.

—Roger... ¿quieres un poco de café?

—Sí. Es una buena idea —aferró con más solidez el arma—. Pero que no se te ocurra nada. Vigilo cada uno de tus movimientos.

—¿Van a darte un avión? —puso el fuego bajo. Pensó que la cocina estaba llena de armas. Cuchillos, trinchadores, martillos. Cerró los ojos y se preguntó si tendría el valor de utilizar una.

—Van a darme todo lo que les pida mientras te tenga a ti.

—¿Por qué te quieren? —se dijo que debía mantener la calma. Quería permanecer serena, alerta y viva—. No lo entiendo —sirvió el café caliente en dos tazas. No se consideró capaz de tragar, pero pensó que si lo compartía, él se relajaría—. Dijeron algo de una falsificación.

No importaba lo que ella supiera. De todos modos, había trabajado duramente y se sentía orgulloso de ello.

—Durante dos años, he estado llevando una pequeña operación a través de la frontera. Billetes canadienses de veinte y de diez. Puedo fabricarlos a docenas. Pero tengo cuidado, ya sabes —bebió un sorbo de café—. Un par de miles aquí, otro par allí, con Vision como tapadera. Realizamos unas buenas operaciones turísticas, dejamos satisfechos a los clientes.

—¿Me has estado pagando con dinero falso?

—A ti y en otro par de sitios. Pero tú has sido la más duradera y consistente —le sonrió. Aquí tienes un lugar especial, Charity, tranquilo y remoto. Tratas con un banco local pequeño. Fue como la seda.

—Sí —bajó la vista a la taza, con un nudo en el estómago—. Puedo verlo —y Roman no había ido a ver a las ballenas, sino a trabajar en un caso. Para él sólo había sido eso.

—Íbamos a ordeñar esta ruta unos meses más —continuó él—. Pero últimamente Bob comenzó a ponerse ansioso.

—¿Bob? —cerró la mano en su regazo—. ¿Bob lo sabía?

—No era más que un estafador de tres al cuarto antes de que lo reclutara. Yo lo puse aquí y lo hice rico. Y a ti tampoco te fue mal —agregó con una sonrisa—. Cuando yo aparecí, te movías en terrenos financieros poco firmes.

—Todo este tiempo —susurró.

—Había decidido darle seis meses más, luego trasladarnos, pero Bob empezó a ponerse realmente nervioso con tu nuevo ayudante. El canalla me puso una trampa —plantó la taza con fuerza en la mesa—. Llegó a un acuerdo con los federales. Debí imaginarlo por el modo en que comenzó a comportarse después del atropello del coche.

—El accidente... trataste de matarme.

—No —le palmeó la mano—. La verdad es que siempre me has caído bien. Pero quería alejarte de la escena una temporada. Sólo probaba las aguas para ver cómo se comportaría DeWinter. Es bueno —musitó—. Bueno de verdad. Me convenció de que sólo le interesabas tú. El romance fue un buen toque. Me despistó.

—Sí —desolada, clavó la vista en el patrón de la madera de la mesa—. Fue inteligente.

—Me lo tragué —musitó Block—. Sabía que tú no me engañabas. No va con tu carácter. Pero DeWinter... Probablemente ya han apresado a Dupont.

—¿Quién?

—No sólo nos dedicamos a blanquear dinero. Hay personas que necesitan abandonar el país con sigilo y que pagan mucho dinero por nuestros servicios. Me parece que voy a tener que aceptarme como cliente —rió y vació la taza—. ¿Qué te parece si comemos algo? Una de las cosas que más voy a echar de menos de aquí es la comida.

Se puso de pie sin decir nada y fue a la nevera. Pensó que todo había sido una mentira. Todo lo que Roman había dicho, todo lo que había hecho...

El dolor era profundo e hizo que luchara contra otra oleada de llanto. La había tratado como a una tonta, tal como había hecho Roger Block. Los dos la habían utilizado a ella y a la posada. Jamás perdonaría. Se frotó los ojos para despegarlos. Y jamás olvidaría.

—¿Qué tal un poco de pastel de merengue de limón? —relajado y complacido con su propia astucia, golpeó la mesa con el cañón del revólver—. Mae se superó a sí misma con ese pastel anoche.

—Sí —despacio, Charity lo sacó—. Aún queda un poco.

Block había juntado las cortinas amarillas, pero todavía quedaba un espacio de unos cinco centímetros en el centro. En silencio, Roman se dirigió hacia allí. Pudo ver que Charity abría un armario y sacaba un plato.

Había lágrimas en sus mejillas. Lo desgarró verlas. Tenía las manos firmes. Eso era algo, aunque pequeño, a lo que aferrarse. No podía ver a Block, a pesar



de que se ladeó todo lo que se atrevía.

Entonces, de pronto, como si ella lo hubiera percibido, sus ojos se encontraron a través del cristal. En ese instante, vio una miriada de emociones correr por la cara de Charity. Pero sólo duró un segundo. Después lo miró como si hubiera mirado a un desconocido y esperó instrucciones.

El alzó una mano con la palma hacia fuera, indicándole que aguantara, que mantuviera la calma. En ese momento sonó el teléfono y vio que se sobresaltaba.

—Ya era hora —manifestó Block—. ¿Sí? ¿Quién demonios es? —después de escuchar un momento, emitió una risa satisfecha—. Me gusta hacer tratos con un pez gordo. ¿Dónde está mi avión, inspector Conby?

Hasta donde se atrevió, Charity abrió la cortina dos centímetros más.

—Aquí —ordenó Block

Ella bajó la mano y el plato traqueteó sobre la encimera.

—¿Qué?

Él gesticuló con la pistola.

—He dicho que vengas aquí.

Roman maldijo cuando ella se interpuso entre él y un buen disparo.

—Quiero que les hagas saber que mantengo mi parte del trato —la tomó por el brazo, con menos aspereza en esa ocasión—. Dile al hombre que te trato bien.

—No me ha hecho daño —aseveró con voz apagada. Se forzó a mantener los ojos lejos de la ventana. Roman estaba allí... haría todo lo que pudiera para sacarla sana y salva. Ése era su trabajo.

—El avión estará listo en una hora —la informó después de colgar—. Tiempo suficiente para esa tarta y otro café.

—De acuerdo —volvió a dirigirse a la encimera. El pánico la recorrió cuando miró por la ventana y no vio a nadie. Se había ido—. Roger, ¿vas a dejarme marchar?

Él titubeó sólo un instante, pero eso bastó para revelar que sus palabras eran otra mentira.

—Claro. En cuanto haya huido.

De modo que se reducía a eso. Su corazón, su posada y en ese momento, su vida. Dejó la tarta delante de él y estudió el rostro de ese individuo al que había considerado un buen cliente. Estaba satisfecho consigo mismo y lo odió por eso. Pero seguía sudando.

—Te traeré el café —fue hasta la cafetera. Movié un pie, luego el otro. Los oídos le zumbaban. Mientras encendía el aparato, comprendió que se trataba de más que miedo. Era furia, desesperación y una poderosa e irresistible necesidad de sobrevivir. Con un trapo, asió la cafetera por el asa.

El aún sostenía el arma y con la mano izquierda se llevaba tarta a la boca. Pensó que la consideraba una tonta. Alguien a quien poder usar, engañar y manipular. Respiró hondo.

—¿Roger?

Él alzó la vista. Charity lo miró directamente a los ojos.

—Has olvidado el café —dijo con calma, luego le arrojó el líquido hirviendo a la cara.

Gritó. No pensó que alguna vez hubiera oído gritar a un hombre de esa manera. Se incorporó a medias de la silla y manoteó en busca de la pistola. Sucedió con rapidez. Sin importar las veces que repitiera la escena en su mente, jamás estaría segura por completo de lo que sucedió primero.

Ella misma quiso agarrar el arma. La mano ciega de Block la sorprendió en el pómulo. Incluso al trastabillar hacia atrás, oyó el sonido del cristal al romperse.

Roman atravesaba la ventana. Charity aterrizó en el suelo, aturrida por el golpe, mientras él irrumpía en la cocina. Había hombres que entraban a través de las puertas bloqueadas y corrían a la habitación. Alguien la arrastró por el suelo y la sacó de allí.

Roman sostuvo el arma contra la sien de Block. Estaban arrodillados sobre el cristal roto... o más bien él estaba arrodillado mientras sostenía al hombre que gemía. En su cara ancha ya habían empezado a manifestarse ampollas.

—Por favor —murmuró Roman—. Dame un motivo.

—Roman —Royce apoyó la mano en su hombro—. Se acabó.

Pero la ira le atenazaba la garganta. Hacía que el dedo estuviera resbaladizo en el gatillo de la pistola. Recordó el modo en que Charity lo había mirado desde la ventana. Despacio, retiró el arma y la enfundó.

—Sí. Se acabó. Lléveselo de aquí —se puso de pie y fue a buscar a Charity.

La encontró en el vestíbulo, envuelta en los brazos de Mae.

—Estoy bien —murmuraba ella—. De verdad —al ver a Roman, los ojos se le helaron—. Ahora todo va a salir bien. Necesito hablar con Roman un momento.

—Di lo que tengas que decirle —Mae le besó ambas mejillas—. Luego te voy a meter en un buen baño de agua caliente.

—De acuerdo —apretó la mano de Mae. Era extraño, pero en ese momento parecía más un sueño, como si se abriera paso a través de capas y más capas de cortinas grises de gasa—. Creo que tendremos más intimidad arriba —le dijo. Luego, se volvió sin mirarlo y subió las escaleras.

Quería abrazarla. Cerró las manos con fuerza. Necesitaba pegarla a él, tocarle el pelo, la piel y convencerse a sí mismo de que la pesadilla se había terminado.

A ella le temblaban las rodillas. La reacción comenzaba a manifestarse, pero la controló. Se prometió que le daría rienda suelta cuando estuviera sola. Cuando al fin estuviera sola, lo soltaría todo.

Una vez en su salón, giró para encararlo. No quería, no podía, hablar con él en la intimidad del dormitorio.

—Imagino que tendrás que redactar informes —comenzó. Se preguntó si era su voz. Sonaba tan desconocida y fría... Adrede, carraspeó—. Me han comunicado que debería realizar una declaración, pero pensé que sería mejor quitarnos esto de encima primero.

—Charity —avanzó hacia ella, pero se frenó cuando la vio alzar ambas manos.

—No —los ojos estaban tan fríos como la voz. Se dijo que no era un sueño. Era una realidad tan dura y brutal como nunca había conocido—. No me toques. Ni ahora ni nunca.

Las manos le colgaron inútiles a los lados.

—Lo siento.

—¿Por qué? Conseguiste exactamente lo que viniste a hacer. Por lo que he podido deducir, Roger y Bob tenían montado un buen negocio aquí. Estoy segura de que tus superiores quedarán encantados contigo.

—No importa.

Sacó la placa de él del bolsillo, donde la había guardado.

—Sí —se la arrojó—. Sí que importa.

Luchando por mantener la calma, se la metió en el bolsillo. Con indiferencia, notó que las manos le sangraban.

—No podía decírtelo.

—No me lo dijiste.

Había un ligero moretón en el pómulo de ella. Durante un momento, toda la culpabilidad y la furia impotente se centraron en eso.

—Te golpeó.

Ella se pasó un dedo por la marca.

—No me rompo con facilidad.

—Quiero explicártelo.

—¿De verdad? —giró un momento. Quería mantener su furia fría—. Creo que me hago una idea.

—Escucha, cariño...

—No, escucha tú, cariño —giró como impulsada por un muelle—. Me mentiste, me utilizaste desde el primer minuto hasta el último. Todo fue una mentira enorme e increíble.

—No todo.

—¿No? Veamos, ¿cómo podemos separar una cosa de la otra? Una conveniente rueda pinchada. Y George, el bueno y afortunado George. Apuesto que valió la pena los miles de dólares que costó apartarlo de en medio para dejarte la puerta abierta. Y Bob... sabías todo sobre Bob, ¿verdad?

—No podíamos estar seguros, no al principio.

—No al principio —repitió. Se dijo que mientras mantuviera frío el cerebro, podría pensar. Podría pensar y no sentir—. Me pregunto, Roman... ¿estabas

seguro de mí? ¿O pensaste que yo también formaba parte del asunto? —cuando no respondió, giró otra vez en redondo—. Lo creíste. Oh, ya comprendo. En todo momento estuve sometida a investigación. Y ahí estabas tú, tan a mano para entrar en juego. Lo único que tenías que hacer era intimar conmigo, cosa que yo te facilité —con una risa, pegó las manos a la cara—. Dios mío, me arrojé a ti.

—No tenía que involucrarme contigo —luchando contra la desesperación, midió con cuidado las palabras—. Sencillamente, sucedió. Me enamoré de ti.

—No me digas eso —bajó las manos. Tenía el rostro pálido y distante—. Ni siquiera sabes lo que eso significa.

—No lo sabía... hasta conocerte a ti.

—No se puede tener amor sin confianza, Roman. Yo confié en ti. No te entregué sólo mi cuerpo. Te di todo.

—Te conté todo lo que podía —replicó él—. Maldita sea, no podía contarte el resto. Las cosas que te dije de mí, sobre el modo en que crecí, lo que sentía, era todo verdad.

—¿Tengo tu palabra al respecto, agente DeWinter?

Con una imprecación, atravesó la estancia y la sujetó por los brazos.

—No te conocía cuando acepté la misión. Cumplía con mi trabajo. Cuando las cosas cambiaron, la parte más importante de ese trabajo se convirtió en demostrar tu inocencia y en mantenerte a salvo.

—Si me lo hubieras contado, habría demostrado mi inocencia —se soltó—. Ésta es mi posada y ésta es mi gente. La única familia que me queda. ¿Crees que lo arriesgaría todo por dinero?

—No. Yo lo supe, confié en eso, a las veinticuatro horas. Tenía órdenes, Charity, y mi instinto. Si te hubiera contado quién era y lo que sucedía, jamás habrías sido capaz de mantener una fachada creíble.

—¿De modo que soy estúpida?

—No. Eres así de honesta —luchó por recuperar el control—. Has pasado por mucho. Deja que te lleve al hospital.

—He pasado por mucho —repitió y casi suelta una carcajada—. ¿Sabes lo que se siente al descubrir que durante dos años, dos años, personas a las que creía conocer me han estado utilizando? Siempre me consideré una buena jueza del carácter —fue hacia la ventana—. Semana tras semana se han estado riendo de mí. No estoy segura de que alguna vez lo supere. Pero eso no es nada —se volvió—. Eso no es nada comparado con lo que siento al pensar en cómo me permití creer que estabas enamorado de mí.

—Si fue una mentira, ¿qué hago aquí, diciéndote que te amo?

—No lo sé —cansada de pronto, se apartó el pelo de la cara—. Y no parece importar. Estoy vacía, Roman. Durante un rato hoy, tuve la certeza de que iba a matarme.

—Oh, Charity —la abrazó, y cuando ella no se resistió, enterró la cara en su

cabello.

—Pensé que iba a matarme —repetió con los brazos rígidos a los costados—. Y no quería morir. De hecho, nada era tan importante para mí como mantenerme viva. Cuando mi madre se enamoró y ese amor resultó traicionado, se rindió. Yo nunca me he parecido mucho a ella —se apartó de sus brazos—. Puede que sea crédula, pero jamás he sido débil. Pretendo empezar desde donde lo dejé, antes de todo esto. Voy a seguir dirigiendo la posada. Sin importar lo que haga falta, voy a borrarte a ti y estas últimas semanas de mi vida.

—No —furioso, le tomó la cara entre las manos—. No lo harás, porque sabes que te amo. Y me hiciste una promesa, Charity. Sin importar lo que pasara, no iba a dejar de quererte.

—Le hice esa promesa a un hombre que no existe —dolía. Podía sentir cómo el dolor la atravesaba de un lado a otro—. Y no amo al hombre que sí existe —dijo un paso pequeño pero importante hacia atrás—. Déjame sola.

Cuando él no se movió, entró en el cuarto de baño y echó el cerrojo.

Mae se hallaba ocupada barriendo cristales en la cocina. Por primera vez en veinte años, la posada estaba cerrada. Suponía que no tardaría en volver a abrir, aunque por el momento se contentaba con que la pequeña se hallara a salvo arriba, en la cama, y los policías se hubieran marchado.

Cuando Roman entró, apoyó los brazos en la escoba. Había estado acunando a Charity durante casi una hora mientras lloraba por él. Había estado preparada para mostrarse fría y distante. Sólo bastó una mirada para hacerla cambiar de parecer.

—Pareces extenuado.

—Yo... —perdido, miró en torno de la habitación—. Quería preguntar cómo estaba antes de marcharme.

—Deshecha —asintió, contenta con la angustia que vio en sus ojos—. Y obstinada. Tienes unos cortes.

Automáticamente, alzó una mano para frotarse el corte que tenía en la sien.

—¿Le dará este número? —dejó una tarjeta en la mesa—. Ahí me encontrará si... Ahí me encontrará.

—Siéntate. Deja que te cure.

—No, está bien.

—He dicho que te sientes —fue a un armario para sacar un frasco de antiséptico—. Ha sufrido una fuerte conmoción.

Tuvo la súbita imagen mental de Block sosteniendo el cuchillo contra el cuello de Charity.

—Lo sé.

—Se recupera con bastante facilidad de casi todo. Te ama.

Hizo una leve mueca cuando le pasó líquido antiséptico, pero no fue por el

ESCOZOR.

—Me amaba.

—Te ama —repetió—. Lo que pasa es que ahora no quiere hacerlo. ¿Hace mucho que eres agente?

—Demasiado.

—¿Vas a cerciorarte de que ese gusano de Roger Block reciba su castigo?

—Sí.

—¿Amas a Charity?

—Sí —relajó las manos.

—Te creo, así que te voy a dar algunos consejos —bufando, se sentó junto a él—. Está dolida, muy dolida. Charity es la clase de mujer a la que le gusta arreglar las cosas por su cuenta. Dale un poco de tiempo —recogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo del mandil—. Yo la guardaré por el momento.

Mientras corría detrás de Ludwig, llegó a la conclusión de que se sentía más fuerte. Y no sólo físicamente. En todos los sentidos. Los sueños sudorosos que la habían despertado noche tras noche comenzaban a desvanecerse. Ya no le resultaba tan difícil hablar, o sonreír, o fingir que volvía a tener el control. Se había prometido que volvería a rearmar su vida, y eso estaba haciendo.

Rara vez pensaba en Roman. Suspiró y se corrigió. Nunca volvería a ser fuerte si empezaba a mentirse a sí misma.

Siempre pensaba en Roman. Era difícil no hacerlo, y especialmente ese día resultaba más difícil.

Ese día tendrían que haberse casado. Giró hacia la hierba mientras Ludwig exploraba. El dolor apareció, se extendió y fue aceptado. Justo después del mediodía, con la música sonando y el sol cayendo sobre el jardín, habría puesto su mano en la de él. Y pronunciado unos votos.

«Una fantasía», se dijo, y volvió a sacar a su perro a un lado del camino. Había sido una fantasía entonces, y lo era en ese momento.

Y, sin embargo... Con cada día que pasaba, recordaba con más claridad los momentos que habían compartido. La renuencia y la ira de Roman. Luego su ternura y preocupación. Bajó la vista para ver la pulsera que brillaba en la muñeca.

Había intentado volver a guardarla en el estuche, meterla en un cajón oscuro y que rara vez abriera. Todos los días se decía que lo haría. Y cada día recordaba lo dulce, lo incómodo y lo maravilloso que había estado al regalársela.

Si hubiera sido sólo un trabajo, ¿por qué le había dado tanto más de lo que era necesario? No se refería únicamente a esa joya, sino a todo lo que simbolizaba ese círculo de oro. Podría haberle ofrecido amistad y respeto, tal como había hecho Bob, y habría confiado de la misma manera en él. Podría haber mantenido la relación en un plano estrictamente físico. Sus sentimientos habrían

sido los mismos.

Pero le había dicho que la amaba. Y al final, prácticamente le había suplicado que lo creyera.

Movió la cabeza y aceleró el paso. Se estaba mostrando débil y sentimental. Sólo era por el día... la hermosa mañana de primavera que tendría que haber sido su día de boda.

Lo que necesitaba era regresar a la posada y mantenerse ocupada. Ese día pasaría, igual que los demás.

Al principio pensó que lo imaginaba cuando lo vio de pie junto al camino. Los pies le flojearon.

Antes de poder pensar en impedirlo, las rodillas se le aflojaron.

La había oído llegar. Caminaba muy despacio, a pesar del perro ansioso. Se preguntó si sería consciente de que tenía su vida en las manos.

Al detenerse delante de él, Charity rezó para que la voz estuviera más firme que sus piernas.

—¿Qué quieres?

Se agachó para acariciar al perro feliz de verlo.

—Ya llegaremos a eso. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Has estado sufriendo pesadillas —tenía ojeras. No le facilitaría las cosas haciendo ver que no se daba cuenta.

Ella se puso rígida.

—Van desapareciendo. Mae habla demasiado.

—Al menos ella me habla.

—Tú y yo y ya nos hemos dicho todo lo que había que decir.

Cerró una mano sobre su brazo cuando iba a pasar de largo.

—Esta vez no. La última vez te desahogaste y me lo tenía merecido. Ahora me toca a mí —se inclinó para soltar la correa del perro. Libre, Ludwig corrió a casa—. Mae lo espera —explicó antes de que Charity pudiera llamarlo de vuelta.

—Comprendo —enroscó la correa en torno a su puño—. ¿Los dos habéis planeado esto?

—A ella le importas. Y también a mí.

—Tengo cosas que hacer.

—Sí. Esto primero —la acercó y, sin prestar atención a su oposición, le aplastó la boca con los labios.

Fue como beber después de pasar días en el desierto, como un fuego después de una docena de noches largas y frías. La saqueó, codicioso, como si fuera la primera vez. O la última.

Ella no pudo oponerse más. Ni a él ni a sí misma. Casi sollozando, se aferró a Roman, hambrienta y dolida. Sin importar lo fuerte que intentara ser, jamás sería lo bastante fuerte como para oponerse a su propio corazón.

Anhelante, trató de retirarse, pero él no se lo permitió.

—Dame un minuto —murmuró, pegando, los labios a su cabello—. Cada noche me despierto y lo veo con el cuchillo pegado a tu cuello. Y no hay nada que yo pueda hacer. Extiendo las manos hacia ti y no estás allí. Durante un minuto, un horrible minuto, me siento aterrorizado. Entonces recuerdo que estás a salvo. No estás conmigo, pero te encuentras a salvo. Casi es suficiente.

—Roman —con un suspiro impotente, le acarició los hombros—. No es bueno pensar en ello.

—¿Crees que podría olvidarlo? —se retiró, pero sin soltarle los brazos—. Recordaré cada segundo el resto de mi vida. Yo era responsable de ti.

—No —la furia surgió con rapidez, tanto como para sorprenderlos a ambos. Lo empujó por el pecho—. Yo soy responsable de mí. Lo era, lo soy y siempre lo seré. Y cuidé de mí misma.

—Sí —le acarició la mejilla. El moretón se había desvanecido, aunque no hubiera sucedido lo mismo con el recuerdo—. Fue una manera terrible de servir café.

—Olvidémoslo —se soltó y se dirigió hacia el agua—. No me siento especialmente orgullosa de haber permitido que me engañaran, así que prefiero no tocar el tema.

—Eran profesionales, Charity. No eres la primera persona a la que han utilizado.

—¿Y tú? —apretó los labios con fuerza.

—Cuando vas de incógnito, mientes, usas a la gente y te aprovechas de cualquier cosa que se te ofrece —ella tenía los ojos cerrados al volverla para que lo mirara—. Vine aquí a realizar un trabajo. Hacia mucho tiempo que no me permitía pensar más allá del día siguiente. Mirame. Por favor.

Ella respiró hondo y abrió los ojos.

—Ya hemos pasado por esto, Roman.

—No. Te había herido. Te había decepcionado. No estabas preparada para escuchar —con suavidad, le apartó una lágrima de las pestañas—. Espero que ahora lo estés, porque no puedo continuar mucho más tiempo sin ti.

—Fui demasiado dura contigo en aquella ocasión —le requirió casi toda la fuerza que tenía, pero logró sonreír—. Estaba dolida y mucho más conmocionada de lo que imaginaba por haber estado encerrada en la cocina con Roger. Después de declarar, el inspector Conby me lo explicó todo con más claridad. La operación, mis responsabilidades, lo que tú tuviste que hacer.

—¿Qué responsabilidades?

—El dinero. Nos ha colocado en una situación algo precaria, pero al menos sólo tenemos que devolver un porcentaje.

—Comprendo —rió y movió la cabeza—. Siempre ha sido un príncipe.

—El comerciante es el responsable de la pérdida —ladeó la cabeza—.



¿Desconocías el acuerdo que alcancé con él?

—Sí.

—Pero trabajas para él.

—Ya no. Presenté mi dimisión cuando regresé a Washington.

—Oh, Roman, eso es ridículo. Es como echar al bebé junto con el agua del baño.

Sonrió ante el pragmatismo innato de Charity.

—Decidí que me gusta más la carpintería. ¿Necesitas alguna restauración?

Jugó con la correa y miró hacia el agua.

—Últimamente no he pensado mucho en la remodelación de la posada.

—Soy barato —le alzó la cara con un dedo en el mentón—. Lo único que tienes que hacer es casarte conmigo.

—No.

—Charity —con una paciencia que desconocía poseer, la inmovilizó—. Una de las cosas que más admiro de ti es tu mente. Eres realmente aguda. Mirame, mírame de verdad. Supongo que tienes que saber que no me estoy dando de cabeza contra el mismo muro por diversión. Te amo. Debes creer eso.

—Me da miedo —murmuró.

Experimentó la primera chispa de esperanza.

—Cree esto. Tú cambiaste mi vida. La cambiaste literalmente. No puedo volver al estilo que tenía antes. No puedo avanzar a menos que estés conmigo. ¿Cuánto tiempo quieres que permanezca aquí, a la espera de poder volver a vivir?

Con los brazos cruzados, se alejó una distancia corta. La hierba alta en el borde del agua aún mostraba el rastro del rocío. Podía olerlo, y también la fragancia frágil de las flores silvestres. Entonces se le ocurrió que había bloqueado de su vida esas cosas desde que lo había echado de su lado.

Si lo que le exigía era honestidad, ¿cómo podía ofrecerle menos?

—Te he echado de menos muchísimo —movió la cabeza antes de que pudiera tocarla otra vez—. Trataba de no preguntarme si volverías. Me decía que no quería que lo hicieras. Cuando te vi en el camino, lo único que deseé hacer fue correr hacia ti. Sin preguntas, sin explicaciones. Pero no es tan sencillo.

—No.

—Te amo, Roman. No puedo evitarlo. Lo he intentado —lo miró—. No con mucha intensidad, pero lo he intentado. Creo que debajo de toda la ira y el dolor, sabía que no me mentías acerca de tu amor. No he querido perdonarte por mentirme en todo lo demás, pero... En realidad, no es más que orgullo. Si tengo que realizar una elección, prefiero aceptar el amor —sonrió y le abrió los brazos—. Supongo que eso significa que estás contratado.

Rió cuando la alzó en vilo y le hizo dar vueltas.

—Conseguiremos que funcione —le prometió, llenándole la cara de besos—. Empezando desde hoy.

—Hoy íbamos a casarnos.

—Y vamos a hacerlo.

—Pero...

—Tengo la licencia —le dio un beso en los labios y otra vuelta.

—¿Una licencia de matrimonio?

—Está en mi bolsillo, con dos billetes a Venecia.

—¿A...? ¿A Venecia? Pero ¿cómo...?

—Y Mae te compró un vestido ayer. No me dejó verlo.

—Vaya —el júbilo era tan abrumador que no le permitió fingir irritación—.

Estabas demasiado seguro de ti mismo.

—No —la besó otra vez, sintió la curva de los labios y la bienvenida—. Estaba seguro de ti.

**FIN**